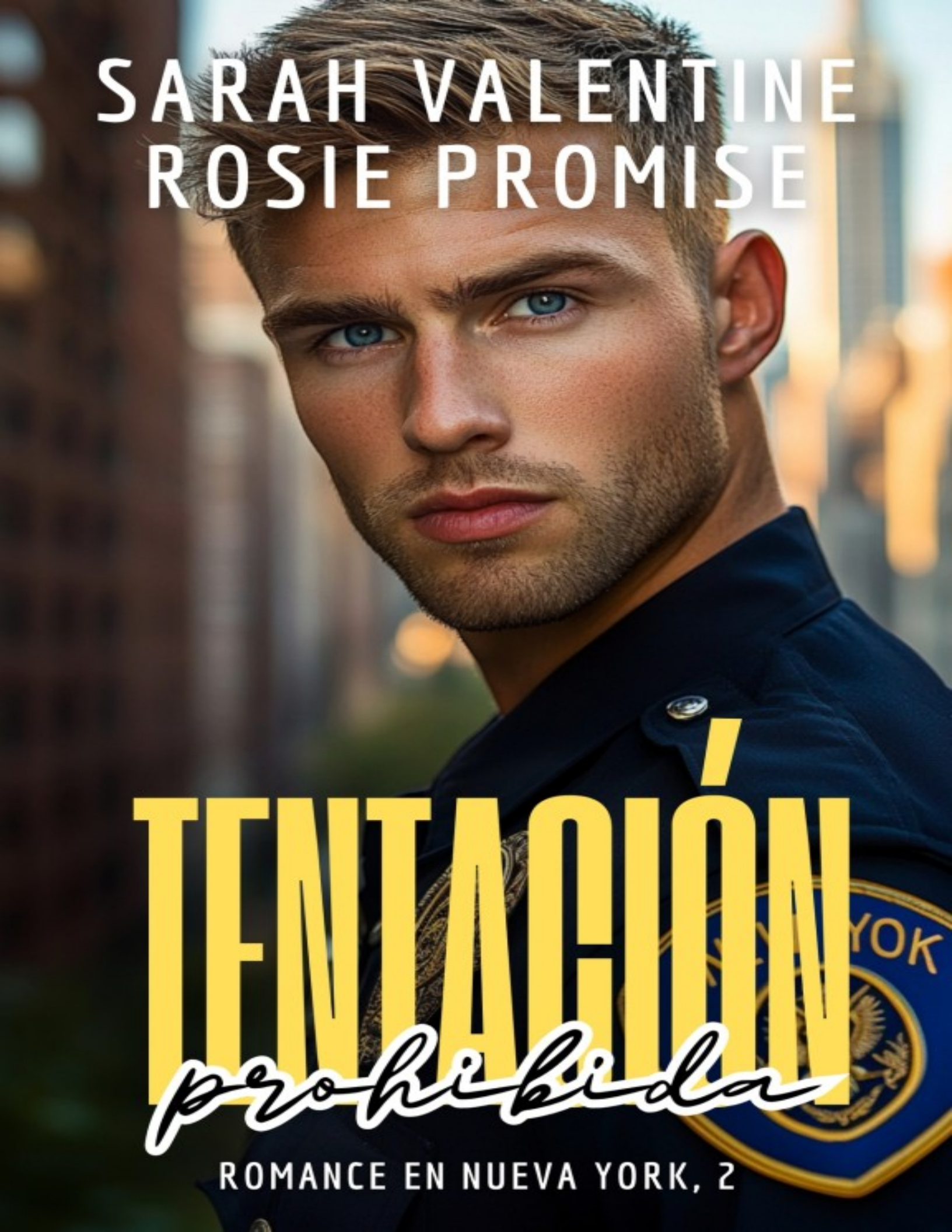

SARAH VALENTINE
ROSIE PROMISE
TENTACIÓN
prohibida
ROMANCE EN NUEVA YORK, 2

Índice

Tentación prohibida
Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Nota de las autoras
¿Dónde puedes encontrarnos?
Tenemos un regalo para ti

Tentación prohibida
Romance en Nueva York, 2

SARAH VALENTINE
ROSIE PROMISE

© Sarah Valentine, 2025
© Rosie Promise, 2025

Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

Para quienes entienden que a veces el mayor riesgo
no es desear a alguien…
sino descubrir que no puedes dejar de hacerlo.

Prólogo

Sienna

Hace 8 años

La barbacoa chisporrotea con el sonido de la carne cocinándose a fuego lento, y el aroma del carbón y las especias se mezcla con el dulzor de la limonada casera. Es un día de barbacoa típico de verano en mi familia, donde todos reímos, gritamos, comemos y bebemos. Sin embargo, yo no estoy pendiente de la algarabía de los adultos, ni de los chistes de mi hermano Axel. Mi atención está totalmente centrada en Owen Larson. Tiene el pelo rubio despeinado por el agua y el cloro, y la piel bronceada, aún húmeda después de haber salido de la piscina. Su camiseta azul, del mismo color que sus ojos, se le pega al torso, delineando los músculos que ha esculpido durante años de entrenos con el equipo de fútbol del instituto. Owen es el tipo de chico que todas las chicas desean y que nunca se fijaría en alguien como yo, que tengo seis años menos que él y solo le parezco una mocosa, que además es la hermana de su mejor amigo. Pero, a mí eso me da igual, yo lo miro. Incluso, a veces, me parece que él también me mira.

Estoy en el borde de la piscina, con los pies en el agua, jugueteando con los dedos en la superficie. Llevo un bikini blanco, que mi madre me compró hace unos meses, y que apenas he tenido la oportunidad de usar. Me siento ridícula llevándolo, porque me da

la sensación de que intento ser algo que no soy. No sé si es el modelo o el color, pero tengo la sensación de que mis nuevas curvas se hacen más evidentes cuando me pongo el bañador. Mi madre insistió en que el bikini me hacía estar aún más preciosa, pero no es lo mismo cuando estás rodeada de adultos de la edad de tus padres, que cuando el chico que te gusta está a escasos metros de ti.

—Sienna, ¿sigues en este mundo o te has ido a otro planeta? —La voz de mi hermano me saca de mis pensamientos. Cuando levanto la mirada, Axel y Owen están justo frente a mí, mirándome con sonrisas burlonas.

—Estoy aquí, pero ojalá estuviera en otro sitio —le respondo con tono sarcástico y cruzándome de brazos.

—Owen y yo vamos a hacer una ronda de saltos a la piscina. ¿Te unes o prefieres quedarte ahí jugando con los pies en el agua? —Axel me desafía con esa sonrisa de superioridad que tanto me irrita.

Sé que no debería caer en su trampa, pero mi orgullo puede más y me apunto a su reto.

—Claro que sí. —Me pongo de pie de un salto y camino hasta la plataforma de madera, que papá colocó hace un par de años junto a la piscina. Mientras me acerco hasta ellos, noto la mirada de Owen sobre mí. No sé si es mi imaginación, pero su expresión cambia por una fracción de segundo. ¿Me está evaluando? Pero entonces, sonríe con esa media sonrisa de chico que lo tiene todo bajo control y sonríe.

—¿Preparada? —me pregunta divertido.

—Más que tú, Larson —. Alzo la barbilla con desafío tras mi respuesta.

—Eso ya lo veremos —dice y antes de que pueda reaccionar, sus manos fuertes me agarran por la cintura.

Notar el roce de sus dedos en mi piel me estremece de pies a cabeza. Su piel está caliente por el sol y sus dedos me agarran de manera firme y decidida mientras me levanta sin esfuerzo. El mundo se desdibuja cuando me lanza al agua y el impacto me rodea con frescura y burbujas de aire, mientras trato de disimular la emoción

que me invade. Pero lo que más se queda grabado en mi piel no es el impacto en el agua, sino la sensación de sus manos en mi cintura.

Cuando salgo jadeando a la superficie, lo primero que veo es su sonrisa victoriosa, la misma que siempre consigue sacarme de quicio.

—¡Eres un imbécil, Owen! —le grito entre risas, apartándome el cabello de la cara.

—Y tú eres demasiado lenta. —Se encoge de hombros antes de zambullirse en el agua con la facilidad de alguien que ha pasado todos los veranos de su vida en una piscina.

Axel se ríe desde el borde de la piscina y dice en voz alta, sin saber que sus palabras se clavarán en mi mente durante años:

—Vamos, Sienna, espabila. A un tío como Owen nunca le interesaría una niña como tú.

Por más que finja que no me importa lo que me acaba de decir mi hermano y por más que me ría con ellos y siga jugando en la piscina, esas palabras se quedan conmigo. Se aferran a mi piel como el agua clorada, porque, en el fondo, mi hermano tiene razón.

El resto de la tarde transcurre con juegos en la piscina y bromas entre los chicos. Owen y Axel son inseparables, siempre en su propio mundo, compitiendo, riendo y empujándose el uno al otro con la confianza de quienes han sido amigos desde la guardería. Yo intento unirme a sus juegos, pero me doy cuenta de que no importa cuánto intente encajar con ellos, porque siempre seré la hermana menor de Axel, la niña que corre tras ellos sin llegar a alcanzarles nunca del todo.

Cuando la barbacoa está lista, todos nos reunimos alrededor de la gran mesa de madera en el jardín, cubierta con un mantel de cuadros blancos y rojos. Mi madre y mi tía traen bandejas repletas de hamburguesas y costillas, mientras mi padre descorcha otra botella de vino. Me siento entre Axel y mi prima mayor, intentando concentrarme en la comida, pero mi atención sigue escapándose hacia Owen. Lo veo charlando animadamente con mi padre y bromeando con mi madre. Encaja tan bien en mi familia que por un momento fantaseo con la idea de que algún día… No. Me sacudo la

idea de la cabeza. Es ridícula. ¿Cómo soy tan ingenua para imaginar ese tipo de cosas?

Después de la cena, cuando el sol empieza a ponerse y el aire se vuelve más fresco, me quedo en la piscina, flotando de espaldas y observando el cielo que empieza a teñirse de azul profundo y las primeras estrellas empiezan a aparecer de forma tímida. A lo lejos, escucho la risa de Owen y Axel en el porche, probablemente planeando su próximo partido de fútbol o hablando de alguna chica guapa. Lanzo un hondo suspiro y una punzada de tristeza me atraviesa el pecho. A un tío como Owen nunca le interesaría una niña con seis años menos que él como yo.

Capítulo 1

Sienna

La casa de mis padres sigue igual que siempre. La misma mesa de madera en el jardín, el mantel de cuadros rojo y blanco y, los olores que despiertan recuerdos de veranos pasados. Pero, a pesar de lo familiar que resulta todo, hay algo diferente. Algo que me tiene inquieta, porque Owen Larson está aquí.

Hace años que no lo veía en persona y, sin embargo, sigue provocándome el mismo efecto que cuando yo tenía dieciséis años y él veintidós. La diferencia es que ahora sé disimularlo mejor.

Me apoyo en la barandilla del porche con una copa de vino entre las manos y observo el bullicio que se arremolina alrededor de la barbacoa. Mi hermano se mueve entre sus amigos con esa seguridad innata que siempre ha tenido. Ríe alto, choca los puños con algunos de ellos y se despide efusivamente de otros. Está emocionado porque se marcha durante un año a vivir a Londres para estudiar un máster. Es su gran oportunidad y todos lo celebramos.

Yo también estoy feliz por él, aunque una parte de mí siente que, en cuanto él suba a ese avión, algo cambiará para siempre.

—No pensaba que te vería por aquí, Sienna. —De forma imprevista, la voz a mi espalda me resulta muy familiar.

Me giro despacio y lo encuentro a escasos pasos de mí. Owen Larson. El mismo que me tiró a la piscina hace ocho años sin un atisbo de remordimiento y el mismo que, en su día, fue mi fantasía inalcanzable o el amor platónico durante mi infancia y mi adolescencia.

No esperaba que, después de tanto tiempo, el hecho de tenerlo frente a mí me pusiera nerviosa y tuviera este efecto en mí.

Alza una ceja con expectación, como si esperara una réplica mordaz de mi parte. Así eran siempre nuestras interacciones: desafíos constantes y una guerra de palabras en la que ninguno estaba dispuesto a ceder.

—¿Y por qué no ibas a verme? Es la despedida de mi hermano —le respondo tras darle un sorbo a la copa que tengo en mi mano derecha y clavo la mirada en él, evaluándolo con descaro. Sigue tan atractivo como siempre o no, rectifico, está aún más atractivo de lo que lo recordaba. Su complexión se ha ensanchado con los años, tiene la mandíbula más marcada y su postura denota la confianza de alguien que sabe exactamente quién es.

—No lo sé, creía que estarías demasiado ocupada con ese cerebrito con el que salías —me contesta para después dedicarme una de sus sonrisas provocadoras.

Ahí está. El primer golpe de la noche. Apoyo la copa en la barandilla y me cruzo de brazos.

—Oh, ¿te refieres a mi exnovio? Qué considerado por tu parte recordármelo—le digo con ironía—. ¿Cómo se llamaba aquella rubia de bote con tetas tamaño balón con la que te veían en todas partes?

La sonrisa de Owen se ensancha.

—¿Tamaño balón? Exageras. Eran, como mucho, tamaño melón.

Me río, a pesar de mí misma. No sé qué tiene este hombre, pero siempre consigue sacarme reacciones que no planeo.

—Entonces, ¿sigues con el cerebrito? —pregunta con tono casual, aunque sus ojos reflejan algo más. Curiosidad, tal vez, o interés.

—No. —Levanto la barbilla con un aire de indiferencia. —Y tú, ¿sigues con la rubia explosiva?

—Tampoco. —Su respuesta es breve, pero el modo en que su mandíbula se tensa me dice que hay más historia detrás de esa palabra de lo que admite.

Nos quedamos en silencio. Por un momento, ninguno de los dos dice nada. El bullicio de la barbacoa sigue a nuestro alrededor,

pero en nuestra pequeña burbuja solo estamos él, yo y la tensión que se ha instalado entre nosotros.

—¿Escarmentado? —pregunto al final, apoyándome en la barandilla a su lado. Al escucharme, exhala un suspiro.

—Digamos que no tengo intención de meterme en otra relación por una buena temporada. —Me mira de reojo—. ¿Y tú?

—Igual. —Dirijo la vista hacia el jardín y veo a Axel subido a una silla y brindando por su nueva etapa en Londres. Todos lo vitorean, pero yo sigo atrapada en este pequeño intercambio de confesiones con Owen. Me giro hacia él y asiente despacio, como si evaluara mi respuesta.

—Mejor así. Nos evitamos dramas innecesarios.

—No podría estar más de acuerdo —me rio.

Sin embargo, no lo estoy, porque si de algo estoy segura es de que, en lo que respecta a Owen, los dramas son inevitables. Pero eso me lo callo.

—¡Sienna, ven aquí! —Mi hermano interrumpe nuestro momento. Me giro y lo veo haciéndome gestos desde la mesa.

—Voy. —Miro a Owen una última vez antes de alejarme. Cuando llego junto a Axel, él me pasa un brazo por los hombros y me aprieta contra él.

—No te vayas a poner sentimental, enana —bromea—. No es como si me fuera para siempre.

Le sonrío, aunque en el fondo siento que algo se me escapa entre los dedos.

—Sabes que te echaré de menos, ¿verdad? —le digo rodeándolo ahora yo con mis brazos.

—Sí, sí, ya. Ahora dame un poco de alcohol y deja de poner cara de drama. —Me suelta para coger una cerveza y brindar con el resto.

La tarde avanza entre risas y despedidas. Pero, aunque intento concentrarme en mi hermano y en nuestros amigos, mi mirada regresa, una y otra vez, a Owen, que me observa desde el otro extremo del jardín con una expresión que no sé muy bien cómo tomármela. Aunque, en algún lugar de mi mente, el eco de aquella

frase que me dijo mi hermano en este mismo lugar, sigue resonando como un recordatorio cruel:

«A un tío como Owen nunca le interesaría una niña como tú».

Pero ya no soy una niña y algo me dice que Owen Larson se ha dado cuenta.

Capítulo 2

Sienna

El frío de la noche me golpea cuando bajo del taxi frente a mi edificio. La despedida de Axel ha sido intensa, llena de risas, abrazos y promesas de videollamadas. No he dejado que la nostalgia me atrape, porque no me gustan las despedidas y a él tampoco. Pero ahora que estoy aquí, sola en la acera, con el eco lejano de Nueva York latiendo a mi alrededor y con un pequeño nudo en la garganta.

Abro la puerta del portal y subo las escaleras, y me descalzo antes de llegar al segundo piso. Me duelen los pies de llevar durante tantas horas estos tacones del infierno. Lo único en lo que pienso ahora mismo es en darme una ducha e irme a la cama. Pero cuando meto la llave en la cerradura y empujo la puerta, un sonido extraño me hace fruncir el ceño.

¿Qué es eso? ¿Un goteo? No, no puede ser… le doy al interruptor del salón, pero me sorprendo al comprobar que no hay electricidad. Arrugo el entrecejo y doy un paso y en ese momento siento algo frío sobre el suelo de madera. De repente ese goteo se vuelve incesante y cada vez lo oigo más cercano. El olor a humedad me invade antes de accionar la linterna de mi teléfono y comprobarlo por mis propios ojos.

Agua. Mucha agua. Extendida por el suelo de madera, filtrándose desde el techo y gotea por las paredes como si mi apartamento hubiera decidido convertirse en un acuario sin previo aviso. El agua me llega a la altura de los tobillos.

—No me jodas…

Dejo caer el bolso sobre la mesa del salón y corro hacia la cocina. El fregadero está intacto, pero el agua cae con furia desde una grieta en el techo. Corro hacia la llave de paso que hay bajo el fregadero y la cierra. Suelto un resoplido de alivio, pero veo un enorme charco que se expande sin freno, devorando mi alfombra favorita y la zona baja del carísimo sofá que compré hace menos de un mes y que ha dejado mi cuenta bancaria en números rojos. Abro los armarios buscando algo con lo que recoger el desastre, pero es inútil. Todo está inundado.

Me paso una mano por la cara, frustrada. Esto no puede estar pasándome hoy. Marco el número de Axel en mi móvil sin pensarlo dos veces. Responde al segundo tono, con el bullicio del aeropuerto de fondo.

—¿Ya me echas de menos? —bromea.

—Axel, mi piso está inundado. Hay agua por todas partes, se está colando desde el techo y no sé qué hacer. —Mi voz suena más aguda de lo que me gustaría. Intento calmarme, pero la imagen de mi casa destrozada por el agua no ayuda.

Él maldice por lo bajo.

—¿Has llamado al casero?

—Voy a hacerlo ahora, pero, aunque venga, esto no se soluciona en una noche.

—Mierda. —Se oye un anuncio de embarque al fondo—. Escucha, no puedo dejarte mi piso, porque lo tengo alquilado a turistas mientras estoy fuera. ¿Por qué no te quedas con mamá y papá?

—Porque viven en el fin del mundo y no quiero tardar dos horas en llegar a la oficina cada día.

—Vale… Vale… —Se queda en silencio unos segundos—. ¡Ah, pues ya está! Quédate en casa de Owen.

Mi cuerpo entero se tensa al escuchar su propuesta.

—Ni de coña.

—Sienna…

—Es una idea horrible.

—Es la única opción que tienes —dice con la calma exasperante de alguien que ya ha tomado una decisión por mí—.

Owen tiene espacio, vive en Manhattan y, a diferencia de un hotel, no te va a costar un riñón cada noche.

Aprieto los dientes. Sé que tiene razón. No tengo dinero para pagar un hotel, y quedarme en casa de mis padres no es viable. Pero eso no significa que me haga gracia la idea de compartir techo con Owen Larson.

—No me gusta —gruño.

—Lo sé, pero ahora mismo es la única opción. Llámalo, seguro que te hace hueco en su casa sin problemas. Ahora tengo que dejarte, me están pidiendo el pasaporte. Hablamos mañana. —Cuelga sin ni siquiera dejarme decir ni media palabra

Me quedo con el móvil en la mano, mirándolo con odio, como si fuera su culpa.

—Genial.

Resoplo y busco el contacto de Owen en la agenda, mientras cada vez tengo los pies más fríos por el agua gélida en la que los tengo sumergidos. Mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla. Han pasado años desde la última vez que le envié un mensaje y, aunque esta noche hemos hablado más de lo esperado, llamarlo para pedirle un favor como este es otra historia.

Pero no me queda más remedio. Así que pulso el botón y me llevo el móvil a la oreja esperando a que me conteste en cualquier momento. Tarda en responder, lo suficiente para que me plantee colgar, pero entonces su voz grave y somnolienta resuena al otro lado.

—Dime.

Me aclaro la garganta.

—Eh, Owen, soy Sienna… necesito un favor.

Silencio. Después, un suspiro.

—Esto va a ser interesante…

—Mi piso se ha inundado, parece que se debe haber roto una tubería o lo que sea. No puedo quedarme aquí y Axel me ha dicho que… tal vez tú… podrías dejarme quedarme en tu casa unos días.

Más silencio y después una risa baja y sarcástica.

—Por supuesto que lo ha hecho…

—Owen…

—Lo que me faltaba…

Owen resopla al otro lado del teléfono, y casi puedo imaginarlo pasándose una mano por la nuca con fastidio. No le hace gracia la idea de tenerme en su casa, normal, a mí tampoco. Pero aquí estoy, con los pies empapados y la paciencia en números rojos, esperando su respuesta.

—Si tienes una alternativa mejor, adelante —contesto, fingiendo indiferencia.

De nuevo nos quedamos en silencio y, poco después, lanza un suspiro prolongado.

—Voy a por ti. Dame quince minutos.

La llamada se corta antes de que pueda agradecerle o decirle que no hace falta que se moleste en venir recogerme. Así que no lo hago. Sé que necesito su ayuda, y si Owen quiere jugar a ser el tipo duro que se queja, pero que igualmente aparece en mi portal poco después, mejor para mí.

Miro a mi alrededor y suelto una maldición entre dientes. El agua sigue extendiéndose como una plaga imparable sobre el suelo de madera. Me apresuro a sacar una maleta del estante superior del armario y la abro sobre la colcha que, por suerte, sigue seca. No tengo ni idea de cuánto tiempo voy a estar en casa de Owen, pero prefiero llevarme ropa suficiente para unos días. Vaqueros, camisetas, pijama, algo de ropa interior. Todo lo lanzo sin demasiado cuidado, salvo un par de vestidos que coloco con más esmero. No porque quiera impresionar a Owen, claro, sino porque no quiero parecer una pordiosera.

Voy al baño a por mis productos esenciales y, al mirarme en el espejo, me encuentro con mi reflejo: el cabello revuelto, la expresión exasperada y la ropa pegada a mi cuerpo por la humedad. Me observo con detenimiento y una sonrisa torcida se dibuja en mis labios.

—Va a ser divertido hacerle la vida imposible a este policía chulito y lleno de músculos —susurro, disfrutando de la idea.

Si voy a estar bajo su techo, al menos voy a pasarlo bien.

Capítulo 3

Owen

El tráfico de Nueva York es un infierno, aunque a estas horas la ciudad parece haberse tomado un respiro. Las luces de los semáforos parpadean en intervalos monótonos, los pocos coches en la avenida se deslizan con pereza y el motor de mi coche ronronea, mientras me abro paso por las calles hacia el apartamento de Sienna.

Hacía bastante tiempo que no la veía en persona. La última vez fue en un evento al que ambos fuimos con nuestras parejas. Entonces nos solo nos saludamos. Un instante fugaz, un intercambio de miradas y algún comentario mordaz antes de que cada uno volviera a lo suyo. Entonces, no me detuve demasiado en observarla, al menos, no como hoy.

Pero cuando la he visto en la barbacoa, he notado el cambio al instante. Ya no es la adolescente que recordaba, ni la cría que nos seguía a Axel y a mí cuando éramos unos mocosos en el instituto, tratando de encajar en nuestro mundo de bromas y partidos de fútbol. No, ahora es una mujer y, joder, qué mujer.

Sienna Walsh es puro fuego. Su mirada brilla con esa chispa desafiante que siempre ha tenido, pero ahora está acompañada de unas deliciosas curvas de vértigo, que no sabía que tenía, y de una actitud que deja claro que es consciente del impacto que provoca allá por dónde va.

Si no fuera la hermana pequeña de Axel, le habría tirado los trastos sin dudarlo. Y probablemente, ahora mismo, estaría con ella en mi cama en lugar de ir a recogerla como un idiota. Aprieto el

volante con fuerza. Pero ¿qué estoy diciendo? Parezco imbécil, Sienna es territorio prohibido para mí, es una tentación prohibida, en letras mayúsculas y en neón. Es la hermana de Axel, joder, tengo que meterme eso en la cabeza para tenerlo muy claro y que no se me olvide durante los días en que compartamos piso.

Axel me mataría si supiera que en algún momento he pensado en ella de otra forma. De hecho, una noche de hace años me lo dejó claro, cuando después de unas cervezas, sacó el tema sin venir a cuento. Lo recuerdo como si fuera ayer.

—Owen, hay una cosa que quiero aclararte —me dijo mirándome con esa seriedad suya, como si ya supiera lo que iba a decir.

—¿Sí? —Le di un trago a la cerveza, sin darle demasiada importancia.

—Mi hermana. —Su tono no dejó espacio para dudas.

—¿Qué pasa con ella?

—Nunca te acerques a ella. Ni en broma. Ni de coña. —Sus ojos verdes me taladraron como si ya sospechara algo—. Es lo único que me importa en el mundo. No quiero que acabe con alguien como tú.

Me reí, pero no fue una risa sincera, porque la verdad es que entendí por qué me lo decía. Axel me conoce demasiado bien y sabe que nunca he sido de los que se quedan con la misma mujer demasiado tiempo, tampoco de los que ofrecen estabilidad, por lo que entiendo que lo último que querría para su hermana sería alguien como yo.

Sin embargo, aquí estoy, conduciendo hacia su casa para recogerla y llevármela a la mía. Jodido karma. Aunque a decir verdad tampoco tengo otra opción. No voy a permitir que se quede en la calle por un problema con su apartamento o se vaya a un hotel, con lo caros que son en esta ciudad. No obstante, la idea de tenerla bajo mi techo me provoca más incomodidad de la que me gustaría.

No sé demasiado bien cómo voy a organizar mi día a día. Quizá lo mejor será dejarle el sofá cama que, aunque no es el sitio más cómodo del mundo, no está del todo mal. Yo le dejaría mi

cama, pero como policía, necesito descansar bien, es lo que siempre repite mi superior en la comisaría. Estar al 100% durante mis jornadas laborales es una jodida necesidad, me juego la vida cada vez que salgo a la calle y no puedo ir falto de sueño. Aunque, he de reconocer que en más de una ocasión he roto esa regla. He pasado muchas noches sin dormir por haberlas pasado follando como un loco con mujeres de las que ni siquiera era capaz de recordar su nombre al día siguiente. Después llegaba al trabajo con demasiado café corriendo por mi cuerpo para despejarme y un mal humor de perros.

Acelero un poco y noto la tensión en los músculos de mi mandíbula. No sé en qué mierda estaba pensando Axel al enviarla a mi casa. Pero supongo que lo que más me jode es que, en el fondo, no me molesta tanto como debería la idea de poder compartir techo durante unos días con Sienna. Resoplo y trato de concentrarme en el tráfico. Poco después, llego a su edificio, aparco frente a la puerta y espero. No pienso subir a buscarla. Es mayorcita como para bajar con sus cosas y si no, que se joda. Bastante hago ya con ofrecerle un techo. Sin embargo, cuando la puerta del edificio se abre y la veo aparecer con su maleta, vestida con una minifalda vaquera ajustada y una sudadera que le cae hacia un lado y le deja un hombro al descubierto, me doy cuenta de que esto va a ser un puto problema para mí. Un problema con nombre y apellido: Sienna Walsh.

No debería estar mirándola así, porque Axel me mataría, pero mis ojos parecen tener vida propia. Esta situación va a ser una jodida tortura.

Se acerca hasta mi coche con paso firme, tirando de la maleta con una mano y sosteniendo su móvil en la otra. Cuando abre la puerta del coche y se sienta a mi lado, su perfume me invade de lleno. Un aroma dulce, con un toque cítrico que me gusta demasiado.

—¿Has tardado tanto en venir porque estabas decidiendo qué camisa combinar con tu cara de capullo? —suelta, abrochándose el cinturón con un clic seco.

—No. Estaba mentalizándome para sobrevivir a la experiencia de convivir contigo sin perder la cabeza. —Me giro hacia ella y alzo una ceja—. Aunque viendo lo que llevas puesto, puede que no lo consiga.

Sienna sonríe con picardía y cruza las piernas de forma deliberada. Sé que lo hace a propósito, porque siempre ha sido una provocadora.

—¿Te molesta mi falda? Qué pena. Es lo primero que he cogido —suelta encogiéndose de hombros con inocencia, aunque tiene poco de inocente.

—Claro —mascullo y piso el acelerador.

Conduzco en silencio durante unos minutos, pero la tensión dentro de mi coche puede cortarse con un cuchillo. Sé que no tardará en soltar alguna pulla, porque Sienna no es de las que se quedan calladas y, evidentemente, no me equivoco.

—¿Sabes? Podría haberme ido a un hotel, pero he preferido *disfrutar* de la hospitalidad de un viejo amigo. No esperaba que vinieras a buscarme en persona, ha sido todo un detalle.

Suelto una carcajada seca.

—No te confundas. Lo hago porque Axel me lo ha pedido. Si fuera por mí, estarías buscando alojamiento en otro sitio.

—Eres tan encantador como siempre y, también, hospitalario. —Apoya la cabeza en el reposacabezas y me mira de reojo—. ¿Sabes lo más gracioso de todo?

—Sorpréndeme…

—Me acuerdo de cuando eras el típico capullo rompecorazones del instituto. Siempre ibas con una chica distinta del brazo.

—¿Y?

—Nada. Simplemente me resulta curioso verte ahora, tan serio y responsable. Como si la diversión se hubiera extinguido en tu vida.

Aprieto los dientes y mantengo la vista en la carretera.

—No necesito diversión. Ahora tengo otras prioridades.

—¿Prioridades? Ah, sí. Tu trabajo. Tu gimnasio. Tus… ¿cómo las llamabas? Ah, sí. Noches sin compromiso. —Mueve las manos en

el aire con fingida inocencia—. Qué gran vida la tuya, Owen.

Pongo el intermitente y giro en la calle que lleva hacia mi apartamento. Resoplo, harto de su actitud, pero también consciente de que, si dejo que esto continúe, vamos a acabar provocándonos hasta que las cosas se salgan de control.

—¿Vas a estar dando por culo todo el trayecto o piensas agradecerme que te haya recogido? —espeto mirándola de reojo.

Sienna sonríe con autosuficiencia.

—Tienes razón. Gracias. Eres un caballero. Un caballero con muy poca paciencia, pero un caballero, al fin y al cabo.

Niego con la cabeza y acelero un poco más. Cuanto antes lleguemos, antes podré dejar de pensar en lo mucho que me jode tenerla sentada a mi lado con esa falda ridículamente corta y esas botas, que hacen que quiera hacerle cosas que no debería ni plantearme.

Esto va a ser un puto infierno.

Capítulo 4

Owen

De vez en cuando, la miro de reojo, y ella está exactamente como esperaba: relajada en su asiento, con una media sonrisa en los labios y esa actitud de quien sabe que está tocándome los cojones y disfruta haciéndolo.

No pienso darle el gusto de decirle nada sobre su maldita falda o las botas que hacen que sus piernas parezcan todavía más largas. Pero lo que sí voy a hacer es poner ciertas cosas en claro antes de que crucemos la puerta de mi apartamento. Porque si voy a compartir mi espacio con ella, aunque sea temporalmente, necesito marcar los límites.

Carraspeo y exhalo lentamente antes de hablar.

—Escucha, antes de que lleguemos, hay unas cuantas reglas que quiero dejar claras —le digo con voz firme, sin apartar la mirada de la carretera.

Sienna arquea una ceja y se gira ligeramente hacia mí, con evidente interés. Sé que esto va a ser un jodido juego para ella.

—¿Reglas? Qué típico de un policía… —Su tono es burlón, aunque yo ignoro su provocación.

—Nada de fiestas en mi casa —empiezo—. Nada de tocar mis cosas. Nada de entrar en mi habitación sin permiso. Y, sobre todo, nada de traer hombres.

Sienna abre los ojos exageradamente, llevándose una mano al pecho en un gesto dramático.

—¿Nada de hombres? Vaya, Owen, ¿vas a imponerme celibato mientras esté en tu casa?

Pego los dedos al volante con más fuerza y me obligo a no caer en su trampa. No voy a entrar en su juego, ni a morder el anzuelo.

—No me importa lo que hagas con tu vida privada, pero en mi casa, nadie folla en mi sofá salvo yo.

Se hace un silencio, seguido de una carcajada larga, sonora y descarada por su parte.

—Dios, Owen, ¿te escuchas cuando hablas? Eres un puto maniático del control. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Me encojo de hombros.

—Varias veces, aunque no me quita el sueño.

Sienna se cruza de brazos y ladea la cabeza, mirándome con una expresión que no me gusta nada. Es ese brillo en los ojos que me dice que está tramando algo, que me va a tocar los huevos y que lo va a disfrutar.

—Muy bien, agente Larson, acepto sus normas —dice con falsa sumisión—. Aunque espero que haya excepciones para ciertas situaciones.

—No, no las hay ni las habrá.

—Vaya. Qué pena —responde en tono pensativo—. Porque justo estaba pensando en invitar a un par de amigos para una noche de cócteles y…

—Sienna…

—Tranquilo, tranquilo, era una broma. Aunque no deja de ser curioso que impongas estas reglas como si a ti afectara lo que haga con mi vida amorosa. A menos que… —Deja la frase en el aire y me observa con esa mirada de quien acaba de descubrir una debilidad en su oponente.

Aprieto la mandíbula y acelero un poco más.

—No, no me afecta. Solo quiero evitar incomodidades.

—Ajá. Claro. —Sonríe con autosuficiencia y se gira hacia la ventana, como si el tema ya no le importara.

Pero sé que esto no ha terminado. Nada con Sienna se acaba así de fácil. Además, tengo muy claro que, aunque imponga todas las normas del mundo, me repita una y otra vez que es la hermana

de Axel y que debería ser inmune a ella, hay algo que no cambia para mí.

—Me parece curioso, Owen…

Levanto una ceja, sabiendo que va a soltar algo que no me va a gustar.

—Que digas que nadie más que tú tiene permiso para follar en ese sofá —continúa con voz melosa—. ¿Eso significa que… tienes un historial bastante activo en ese mueble?

Pego una frenada más brusca de lo necesario cuando el semáforo se pone en rojo. La miro de reojo y me encuentro con su sonrisa ladeada. Está disfrutando con esto.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Por supuesto que lo es. Voy a sentarme ahí y tal vez a dormir en él… Quizá debería preguntar qué tipo de precauciones debo tomar. ¿Necesito una manta antibacteriana? ¿O debería quemarlo directamente?

Niego con la cabeza y suelto un suspiro.

—No tienes remedio.

—Y tú eres un aburrido.

El semáforo cambia y sigo conduciendo. Dentro de poco llegaremos a mi apartamento y tengo muy claro que, en cuanto Sienna pise mi casa, las cosas van a complicarse aún más.

Aparco frente a mi edificio y apago el motor. Sienna se estira en el asiento, como si el viaje le hubiera resultado agotador, y suelta un suspiro exagerado antes de desabrocharse el cinturón. La ignoro mientras bajo del coche y abro el maletero para coger su maleta. No es grande, pero pesa como si llevara piedras dentro.

—¿Qué cojones has metido aquí? —gruño, sacándola con esfuerzo.

—Lo esencial —responde con una sonrisa inocente mientras cierra la puerta del coche. —Unas cuantas opciones de ropa, mi neceser y quizá… un par de sorpresas.

Alzo una ceja.

—¿Sorpresas?

—Sí, pero no te preocupes, son solo para mí. No tendrás que participar… a menos que quieras. —Su tono es descarado y sé que lo hace a propósito, solo para ver cuánto puedo aguantar antes de perder la paciencia.

No le doy el gusto de responder y camino hacia la puerta del edificio, con ella siguiéndome a paso lento, como si esto le divirtiera más de la cuenta. Entramos en el ascensor y pulso el botón de mi piso. Mientras ascendemos hasta el apartamento, puedo sentir su mirada clavada en mí y no necesito verla para saber que está disfrutando de esto.

Cuando las puertas se abren, salgo primero y abro la puerta de mi apartamento. Mi casa es un espacio amplio, con líneas limpias, decoración minimalista y nada que no sea estrictamente necesario. No hay fotos en las estanterías, ni adornos innecesarios. Mi casa es funcional, como a mí me gusta.

—Bueno, bienvenida —digo sin ganas, dejando su maleta en la entrada.

Sienna entra y recorre el lugar con la mirada. No dice nada, pero sé que está analizándolo todo.

—Me lo imaginaba más… —hace una pausa y ladea la cabeza —. Acogedor.

—Esto no es un hotel de lujo. Aquí se viene a vivir, no a hacer turismo —le espeto, cerrando la puerta tras de mí.

—Sí, ya veo que el encanto no es lo tuyo —responde, paseando la yema de los dedos por la encimera de la cocina—. ¿Todo negro y gris? Dios, Owen, al menos podrías haber puesto algo de color. ¿Quién te ayudó a decorar? ¿Batman?

Pongo los ojos en blanco y camino hasta el sofá, golpeando el respaldo con la mano.

—Aquí dormirás tú. El sofá se convierte en cama, no es gran cosa, pero sirve. Las sábanas y las mantas están en el armario del pasillo. No te acostumbres demasiado, en cuanto arreglen tu apartamento, vuelves a tu casa.

Sienna no responde. En su lugar, avanza sin prisa por el apartamento hasta llegar a la puerta de mi habitación. La abro antes de que ella tenga la brillante idea de hacerlo por su cuenta.

—Y esta es mi habitación. No entres aquí bajo ninguna circunstancia. ¿Queda claro?

Sienna se apoya en el marco de la puerta y sonríe.

—Lo que tú digas, Larson.

Pero entonces, antes de que pueda detenerla, avanza con toda la desfachatez del mundo y se tira sobre mi cama, con los brazos extendidos y una sonrisa de satisfacción.

—Dios, qué cómoda. Creo que me gusta más que el sofá —dice, girando la cabeza hacia mí.

Aprieto la mandíbula y me cruzo de brazos sin apartar la mirada de ella.

—Sienna, levántate de mi cama.

—Mmm… no sé, es bastante cómoda. Quizá podríamos intercambiarnos. Tú duermes en el sofá y yo aquí.

—No.

—¿No? Qué rudo eres. —Se gira boca abajo, apoya la barbilla en una mano y me mira con una expresión divertida—. ¿Tienes miedo de que me meta en tu cama por la noche?

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo antes de responder.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Sienna sonríe más.

—Oh, claro que la tengo.

No dice nada más, pero no hace falta. La manera en que me mira es suficiente para saber que está jugando con fuego y que le divierte probar mis límites. Supongo que le divierte ver hasta dónde puede empujarme antes de que haga algo al respecto.

Agarro la almohada junto a ella y la lanzo contra su cara, lo que provoca una risa escandalosa de su parte.

—¡Owen! ¡Qué agresivo!

—Fuera de mi cama, Walsh.

Se levanta lentamente, con esa sonrisa burlona todavía en su cara, y camina hacia la puerta con paso tranquilo.

—No te preocupes. No voy a ser demasiado molesta —me dice, antes de desaparecer por el pasillo.

Pero la conozco demasiado bien para creerla. Sé que Sienna nunca hace nada sin una intención detrás, y por la forma en la que ha sonreído antes de salir de mi habitación, tengo claro que este es solo el principio de mi puto infierno personal.

Capítulo 5

Sienna

La cocina de Owen es tan impersonal como el resto de su apartamento. Todo es de acero inoxidable, las superficies son extremadamente pulcras y no hay ni un solo objeto fuera de su lugar, nada que ver con mi casa… Tampoco hay ni una planta, ni un imán en la nevera, nada que indique que aquí vive alguien con emociones.

Me siento en una de las sillas de la isla mientras él coge dos platos y reparte en cada uno una ensalada que parece sacada de un anuncio de comida saludable: aguacate, pollo a la plancha, espinacas y alguna que otra semilla.

—¿De verdad piensas que esto es una cena? —le pregunto, arqueando una ceja mientras pincho una hoja de espinaca con el tenedor.

—Es comida. Proteína, fibra, grasas saludables. Lo básico para no acabar con un ataque al corazón antes de los cuarenta —responde sin levantar la mirada de su plato.

—¿Y qué hay del placer de comer? —le pregunto mientras hago girar el tenedor en mi mano—. Esto no tiene alma. ¿Has pensado en pedir una pizza como una persona normal?

—En mi casa no se come comida basura —replica con tono seco.

—Vaya, qué lástima. Me moría por un par de porciones con extra de queso o mejor… ¡Con pepperoni y una Coca-Cola bien fría!

—No.

Suelto una carcajada al oír una respuesta tan tajante.

—¿De verdad me estás prohibiendo pedir comida a domicilio?

Él finalmente alza la mirada y me lanza una de esas expresiones de policía inflexible.

—No te lo estoy prohibiendo. Pero si vas a comer en mi casa, comes lo que hay y aquí no hay pizzas.

Chasqueo la lengua y niego la cabeza.

—Tienes un serio problema de control, Larson.

—No tengo ningún problema. Simplemente no me da la gana llenar mi cuerpo de grasa saturada.

—¿Y qué? ¿Tu dieta es tan perfecta como tu vida? ¿Solo trabajo, gimnasio y ensaladas aburridas? Porque suena jodidamente deprimente.

Deja el tenedor sobre el plato y apoya los antebrazos en la mesa, clavando los ojos en mí con ese azul gélido que debería intimidarme, pero que solo consigue hacerme sonreír más.

—¿Sabes lo que es deprimente? Levantarse con resaca, comerse una pizza a las tres de la tarde y preguntarse por qué te sientes como una mierda. Yo elijo sentirme bien. Lo que hagas tú con tu vida no es asunto mío —me suelta casi de carrerilla y acaba encogiéndose de hombros antes de comerse el trozo de aguacate, que tiene pinchado en su tenedor.

Me llevo un trozo de pollo a la boca y mastico lentamente, disfrutando de su mirada fija en mí.

—Bueno, bueno… veo que tenemos una diferencia filosófica sobre la felicidad.

—Tú llamas felicidad a hincharte de comida basura y hacer lo que te da la gana sin consecuencias. Yo lo llamo irresponsabilidad.

—Y yo lo llamo vivir. ¿Alguna vez has intentado, no sé… relajarte? No todo en la vida es control, músculo y madrugar para salir a correr antes del amanecer.

Él resopla y vuelve a su ensalada sin responder. Sé que le he tocado la fibra sensible. Por algún motivo, la idea de que lo vea como un maniático del orden lo irrita, por lo que no dudo en seguir presionándole un poco más.

—Déjame adivinar, ¿fue una de tus exnovias la que te convirtió en este robot de la disciplina? —comento con sorna,

apoyando un codo en la mesa y mirándolo con fingido interés.

Él me mira, aunque ni siquiera parpadea.

—¿Y tú? ¿Siempre has sido así de insoportable o tu última relación te hizo así?

Sonrío.

—No cambies de tema. Me interesa más la tuya. ¿Alguna vez te han visto como alguien con quien se pueda tener algo serio?

Un músculo en su mandíbula se tensa. Bingo.

—Alguien lo insinuó una vez —dice, pero su tono cambia, como si de repente no quisiera seguir por ahí. Retoma su ensalada, dando el tema por zanjado.

Pero yo no he terminado, porque lo que acaba de decir es lo más interesante que ha salido de su boca en toda la noche.

Me quedo en la cocina después de recoger la mesa, aunque eso de *recoger* es un decir, porque Owen lo tiene todo tan meticulosamente organizado que apenas he tenido que hacer algo. Cojo un vaso del mueble, lo lleno de agua y me apoyo en la encimera con los codos mientras bebo.

Miro a mi alrededor y confirmo que este apartamento continúa pareciéndome terriblemente frío y demasiado ordenado y perfecto. Me da la sensación como si aquí no viviera alguien de carne y hueso, sino un robot con complejo de control absoluto. No hay nada que delate un poco de caos o de vida… real. Y eso me dice mucho sobre cómo es de verdad Owen Larson.

Cuando más absorta estoy en mis pensamientos, lo oigo entrar. No me giro para mirarle, pero noto su presencia de inmediato. No es solo el sonido de sus pasos, sino también la manera en la que la atmósfera cambia cuando está cerca y la electricidad invisible que se instala entre nosotros.

—No dejes los platos en el fregadero si ya está vacío —dice con su tono seco, mientras abre la nevera.

Ruedo los ojos y me giro despacio, apoyando la cadera en la encimera mientras lo observo. Está sacando una botella de agua y miro cómo se tensa ligeramente su camiseta en la zona de sus hombros cuando la cierra. Todo en él exuda una disciplina asfixiante.

—¿Sabes qué? Eres increíble —respondo con sorna—. De todas las cosas que podrías decirme después de nuestra magnífica cena sana, saludable y perfecta, decides quejarte, porque he dejado un plato en el fregadero durante dos minutos.

Él me lanza una mirada cargada de paciencia.

—Si cada cosa se deja donde no debe estar, acabamos viviendo en medio del caos. Es simple.

—Ah, claro. Dios nos libre de que tu impecable apartamento parezca habitado —respondo con tono burlón.

Al escucharme, se apoya contra la encimera y se cruza de brazos sobre su pecho. Me observa con esa mirada azul penetrante que pretende ser impasible, pero que para mí salta a la vista que esconde algo, que me da ganas de seguir tirando de la cuerda para descubrir qué es.

—A ti te molesta que las cosas estén en su sitio —afirma, inclinando ligeramente la cabeza.

—No me molesta, simplemente me parece… inquietante —le doy un sorbo al agua, fingiendo estar pensativa—. Es como si tuvieras un miedo irracional al desorden. Quizá debería empezar a mover algunas cosas de sitio, solo para ver cuánto tardas en explotar.

Su mandíbula se tensa.

—No lo harás.

—Ah, ¿no?

—No.

La manera en que lo dice me hace sonreír. Es un reto. Me lo está dejando en bandeja.

—Lo dices como si pudieras evitarlo —provoco, alzando una ceja.

Owen suspira y se pasa una mano por el pelo, como si estuviera esforzándose por no perder la paciencia.

—¿Siempre has sido así de insufrible o solo te conviertes en un ser del inframundo cuando compartes techo con alguien?

Me encojo de hombros.

—Depende. ¿Siempre has sido así de controlador o solo cuando te sacan de tu zona de confort?

Nos miramos durante un largo instante y me doy cuenta de que estamos apenas a medio metro de distancia. Puedo ver el movimiento sutil de su garganta cuando traga y el leve fruncimiento en su ceño, como si estuviera librando una batalla interna.

No soy la única que nota la tensión que nos rodea, porque él es el primero en reaccionar. Se aparta bruscamente de mí y vuelve la mirada hacia cualquier otro punto de la cocina que no sea yo.

—Joder… —masculla, casi para sí mismo.

Pero yo lo oigo y mi sonrisa se ensancha aún más, porque acabo de descubrir algo que podría ser muy, pero que muy divertido de explotar.

Capítulo 6

Owen

No puedo dormir. Llevo más de una hora tumbado en la cama, mirando el techo, con la mandíbula apretada y el cuerpo tenso como un jodido cable de acero. Cierro los ojos, respiro hondo e intento relajarme, pero es inútil. Sienna sigue ahí, metida en mi cabeza como un veneno que se extiende lento y jodidamente efectivo.

No debería estar pensando en ella. Al menos, no de esta manera tan sucia y visceral. Pero la imagen sigue repitiéndose en mi mente, una y otra vez. Sienna en la cocina, apoyada contra la encimera, descalza, con esos putos *shorts* diminutos, que apenas cubrían su culo. La forma en la que inclinó la cabeza, divertida, mordiéndose el labio inferior con descaro y con esa media sonrisa que parecía lanzarme un desafío… La manera en que la luz de la nevera iluminó su piel, el reflejo en sus clavículas y la curva suave de sus piernas…

Respiro hondo y me paso una mano por la cara, intentando ignorar la dureza creciente entre mis piernas, pero es imposible. Mi cuerpo reacciona como si fuera un maldito adolescente sin control, como si la racionalidad no tuviera cabida en este jodido escenario. Me giro en la cama, con frustración, como si eso fuera a ayudar, pero no lo hace. No hay nada que ayude cuando el problema está en mi cabeza.

Esto no debería estar pasándome. Joder, es la hermana pequeña de Axel. Me repito esa frase como un mantra, como si con eso pudiera reprogramar mi propio deseo y lograr que mi cuerpo dejara de ansiarla. Pero no funciona, porque Sienna dejó de ser la

hermana menor de mi amigo hace años. Ahora es una mujer, y joder, qué mujer. Provocadora, descarada y con esa jodida manera de moverse que hace que mi cuerpo se tense sin quererlo.

Sienna es una tentación con patas… Una tentación prohibida totalmente para mí y ese es el problema, porque cuanto más intento alejarme de la idea, más me envenena la sangre.

Cierro los ojos, respiro hondo e intento pensar en cualquier otra cosa. En el trabajo, en la cantidad de papeleo que tengo acumulado en la comisaría en las largas horas de entrenamiento en el gimnasio. En cualquier mierda que no implique a Sienna Walsh y sus labios entreabiertos, mientras me provocaba en la cocina, pero mi propio cuerpo me traiciona.

Maldigo en voz baja y me giro de nuevo en la cama, con los músculos en tensión y con una erección que no pienso atender. Porque no debería y no voy a darle ese jodido poder sobre mí.

Esto no puede seguir así. Mañana, voy a poner más límites entre ella y yo, o esto va a acabar jodiéndome la cabeza de una manera en la que no quiero ni pensar.

El calor sigue en mi cuerpo, aferrándose a mí como si fuera mi sombra. No importa cuánto intente ignorarlo, ni cuántas veces cierre los ojos y me repita que esto no es una opción. Es la hermana pequeña de Axel es algo totalmente prohibido para mí, por lo que no debería estar reaccionando así. Pero lo hago.

Gruño frustrado y me levanto de la cama de golpe. No tiene sentido seguir tumbado como un imbécil, atrapado en mi propia tortura. Necesito una ducha fría. Algo que me despeje y que me devuelva la jodida cordura antes de que mi propio cuerpo me traicione aún más.

Cruzo la habitación a zancadas y entro al baño sin encender la luz. El agua cae helada sobre mi piel y respiro hondo, permitiendo que el frío me ayude a enfriar todo lo demás. Pego las manos a la pared y bajo la cabeza, mientras el agua choca con mi nuca y resbala por mi espalda. Cierro los ojos e intento pensar en cualquier otra cosa. Pero incluso aquí, en el puto baño, la imagen de Sienna sigue persiguiéndome. Su piel, su sonrisa y su puta manera de

desafiarme como si esto fuera un juego. La deseo. Lanzo un largo resoplido. Joder, la deseo demasiado y no sé cómo voy a soportar tenerla tan cerca y no poder ni siquiera rozarla.

Salgo de la ducha con el ceño fruncido y el agua resbalando por mi torso. Me paso una toalla por el pelo con movimientos bruscos y me la enrosco a la cintura, aún sintiendo el peso de la erección entre mis piernas. Respiro hondo una vez más y abro la puerta, decidido a volver a la cama y olvidar todo esto de una maldita vez.

Pero entonces me la encuentro. Sienna está en el pasillo, justo frente a mí. Se detiene al verme y yo también me quedo inmóvil, sin saber qué hacer. Viste solo una camiseta larga, lo suficientemente holgada como para que se le caiga por uno de sus hombros y lo suficientemente corta como para que apenas cubra la parte alta de sus muslos. Sus piernas están desnudas, y mi mirada traicionera se desliza por ellas antes de que pueda evitarlo. Joder. Trago en seco y aparto la vista, clavándola en cualquier otro sitio que no sea en su delicioso cuerpo.

—Te estás volviendo muy raro, tío —me dice con voz divertida, ladeando la cabeza mientras me observa.

Sigo sin mirarla. Paso junto a ella, manteniendo el rostro impasible y esforzándome por no reaccionar.

—No me hagas caso. Solo intento recordar por qué he aceptado compartir techo contigo.

Escucho su risa suave y eso solo empeora las cosas. La oigo moverse y acercarse ligeramente antes de alejarse. Me tenso cuando pasa por mi lado y puedo oler su perfume, esa mezcla maldita de algo dulce y provocador, que se queda flotando en el aire demasiado cerca de mis fosas nasales.

—Dímelo si lo recuerdas.

Se gira justo antes de cerrar la puerta y me lanza una última mirada provocadora y desafiante. Y yo me quedo ahí, inmóvil, sintiendo cómo la sangre vuelve a concentrarse en el lugar equivocado, mientras mi corazón bombea demasiado rápido.

Jodida Sienna.

Capítulo 7

Sienna

El apartamento está en silencio, salvo por el leve murmullo de la televisión en el salón. Me muerdo el labio con una sonrisa traviesa mientras me miro en el espejo del pasillo. Mi plan es simple: seguir empujando a Owen hasta que deje de fingir que no le sucede lo mismo que a mí, porque está igual que yo por mucho que se esfuerce en disimularlo. Lo vi en su expresión cuando hace un rato me he cruzado con él en el pasillo, con la toalla aún húmeda alrededor de sus caderas, con la respiración entrecortada y la mirada perdida donde no debía.

No es inmune a mí. Ni de lejos.

Me envuelvo en una manta y dejo que mi camiseta, una vieja y grande que me gusta ponerme para estar por casa, cuelgue de mi cuerpo de manera estratégica. Lo suficiente para cubrirme y lo justo para dejarle ver lo que quiero. Descalza y con paso ligero, salgo al salón y lo encuentro en el sofá, con los pies apoyados en la mesa y el mando en la mano. La luz de la pantalla ilumina su rostro serio, concentrado en la película como si fuera lo más interesante del mundo. Se le ven aún más marcados los músculos con la camiseta ajustada que lleva y noto que su cabello sigue húmedo, porque no hace mucho que ha salido de la ducha. Perfecto.

—Me ha dado frío y he cogido esta manta —le cuento con voz suave mientras me acerco, asegurándome de arrastrar los pies un poco, para que mi presencia no le pase desapercibida.

Owen gira la cabeza y me lanza una mirada fugaz antes de volver a la pantalla.

—¿Y? —responde sin demasiado interés, pero noto cómo su mandíbula se tensa ligeramente.

—Y que he decidido venir a ver una peli. —Me encojo de hombros, caminando hasta el sofá y acomodándome junto a él. Me siento y coloco los pies como él sobre la mesa de centro y me cubro con la manta, aunque permito que mi pierna roce ligeramente la suya cuando me acomodo. Su cuerpo se endurece al instante, como si hubiera recibido una descarga eléctrica al sentirme a su lado.

Owen suspira, pero no dice nada. Sé que está haciéndose el indiferente, fingiendo que mi presencia no lo afecta, pero el ligero endurecimiento de sus puños me dice lo contrario. Me acurruco bajo la manta y dejo que uno de mis muslos quede al descubierto de forma casual y de inmediato noto cómo cambia su postura.

—Si quieres me voy a mi habitación para que puedas ponerte a dormir, ya continuaré viendo la peli mañana —dice al cabo de un rato, con la voz algo ronca.

—Tranquilo, no pasa nada —respondo, dándole otro sorbo a la taza de té que he traído conmigo—. Además, todavía no tengo sueño y parece que esta película está interesante.

Miente. Sé que no estaba prestando atención a la película, solo la tenía de fondo y ahora, con mi presencia tan cerca, parece estar aún más tenso. Sonrío para mis adentros.

Me estiro, dejando que la manta resbale por mis hombros hasta caer sobre el sofá, dejando aún más piel al alcance de sus ojos. El aire parece tensarse y puedo sentir su mirada desviarse fugazmente, como si su cuerpo estuviera en guerra con su autocontrol.

—¿Siempre vas vestida así por casa? —pregunta finalmente, sin mirarme directamente.

—Solo cuando quiero poner incómodo a mi compañero de piso —respondo con picardía.

Owen endurece su gesto y finge concentrarse más en la pantalla. Su mano se aprieta alrededor del mando y su respiración

se hace más pesada. Me encanta verlo así, debatiéndose entre su autocontrol y lo que realmente quiere hacer.

—No deberías… —dice, pero su propia voz suena tensa, como si estuviera luchando consigo mismo.

Me acerco un poco más, apoyando mi codo en el respaldo del sofá y me giro hacia él.

—¿No debería qué? —pregunto con inocencia fingida.

—Nada —gruñe, sin mirarme.

Está al límite. Lo sé porque se le marca aún más la mandíbula y sus nudillos se tensan contra el mando de la televisión. No tarda en levantarse bruscamente y apaga la pantalla con un movimiento seco.

—Me voy a la cama —anuncia sin mirarme.

Sonrío, observando cómo se marcha con pasos firmes y tensos, con los hombros rígidos y la mandíbula apretada. Se encierra en su habitación sin siquiera mirarme de nuevo.

Esto se está poniendo interesante. Me muerdo el labio y susurro para mí misma, divertida:

—Veamos cuánto tarda en romper sus propias reglas.

Capítulo 8

Owen

Regreso a mi habitación con el ceño fruncido y el cuerpo aún tenso. Me paso una mano por la cara y suelto un suspiro. Necesito dormir y sacarme de la cabeza la imagen de Sienna en el sofá, envuelta en esa maldita manta y dejando ver más centímetros de piel cada vez que se movía.

Me quito la camiseta y la dejo sobre la silla. Me acerco a la cama, pero antes de meterme bajo las sábanas, un pensamiento me asalta de repente. No le he explicado a Sienna cómo se abre el sofá. Joder, así que giro sobre mis talones y salgo de la habitación. No es que me preocupe que pase la noche incómoda, pero… Bueno, sí, sí que me preocupa o tal vez un poco, pero sobre todo no quiero que mañana me lance alguna pulla por no haber tenido la *delicadeza* de explicarle cómo convertir el sofá en cama. La conozco y sé que usaría cualquier excusa para tocarme los huevos.

Cuando llego al salón, la veo que sigue sentada en el sofá, con la manta sobre las piernas y el móvil entre las manos. Sus labios se curvan en una media sonrisa cuando me ve aparecer, como si ya supiera que iba a volver en cualquier momento.

—¿Te has dado cuenta de que me has echado de menos y has venido a disculparte? —pregunta con burla.

Ignoro su comentario y me cruzo de brazos.

—Tampoco te vengas arriba… Solo he venido a explicarte cómo se abre el sofá para que puedas dormir bien.

Sienna resopla y deja el móvil sobre la mesa.

—Por favor, Owen. No puede ser tan difícil —responde, con ese tono de suficiencia que me dan ganas de meterla en la ducha bajo un potente chorro de agua fría. Buff… No, no, ¿qué digo? Si la metiera bajo el agua fría seguro que se le marcarían los pezones bajo la camiseta mojada y… Pero… ¿qué estoy diciendo? A este paso, voy a perder la cabeza…

Levanto una ceja.

—Ah, ¿no? Entonces hazlo tú sola.

—Hecho —me responde, levantándose con determinación.

Estira los brazos, se sacude la manta y se coloca frente el sofá. Me cruzo de brazos y me apoyo en el umbral de la puerta, disfrutando más de la escena de lo que debería. Sienna se agacha y empieza a trastear con la parte inferior del sofá, buscando la forma de desplegarlo.

Cada vez que se inclina, la camiseta que lleva, que ya de por sí es demasiado corta para llevarla sin pantalones, se le sube un poco más. Me obligo a desviar la mirada, pero la tentación es jodidamente fuerte. Cada movimiento suyo parece un jodido golpe bajo.

—Mierda… —murmura cuando tira de un lateral sin éxito.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —pregunto con fingida inocencia.

—No. Cállate —me ordena.

Al escuchar su respuesta, me muerdo el interior de la mejilla para no soltar una carcajada. Sigue peleando con el sofá, empujando, tirando y tratando de forzar un mecanismo que claramente no entiende. Pero entonces… ocurre. Da un tirón más fuerte de la cuenta y una pieza del sofá se desprende. Se queda con ella en la mano, mirando el objeto con expresión de sorpresa y culpabilidad.

Yo parpadeo, en completo silencio, mientras no pierdo detalle de lo que hace.

Sienna sigue mirando la pieza del sofá que se ha desprendido, sosteniéndola entre sus manos como si estuviera intentando entender qué demonios ha pasado. Su expresión mezcla diversión y culpabilidad, lo que me hace sospechar que, lejos de sentirse mal

por haber roto algo, está más entretenida con la idea de ver mi reacción.

—Ups —dice con voz inocente, pestañeando con fingida sorpresa.

Cierro los ojos y exhalo despacio. Mierda. Sabía yo que esto no iba a acabar bien. Me lo esperaba. En el fondo de mi jodida alma sabía que algo así pasaría en cuanto se autoimpuso el reto de abrir el sofá sin mi ayuda. Debería haber aprendido ya que Sienna y los desafíos solo conducen al caos absoluto.

—¿Cómo cojones lo has roto en menos de dos minutos? —pregunto con incredulidad, acercándome para ver lo que ha sucedido.

Ella se encoge de hombros y me muestra la pieza que tiene entre los dedos.

—Solo he tirado de aquí y… ¡puf! Se ha soltado.

—¿Puff? No es magia. Has arrancado el puto mecanismo.

Extiendo la mano para que me dé la pieza y, tras dudar unos segundos, me la pasa. Me arrodillo junto al sofá y examino la zona donde debería encajar, pero el problema es peor de lo que creía. No se trata solo de que un tornillo se haya soltado, sino que una de las bisagras está dañada y sin ella el sofá no se puede abrir.

Aprieto la mandíbula.

—No se puede abrir —sentencio con resignación, dejando la pieza sobre la mesa.

—¿De verdad? —Sienna se agacha a mi lado y, como si no fuera suficiente con la noche infernal que ya me está haciendo pasar, su camiseta vuelve a deslizarse por su hombro y deja de nuevo al descubierto la línea de su clavícula y parte de su pecho. Pero logro apartar la mirada al instante y respiro hondo.

—Seguro. Si intentamos forzarlo, terminaremos rompiéndolo más.

—Vale… —Se pone en pie y coloca las manos en las caderas —. Pues si no hay sofá, supongo que dormiré en el suelo.

¿En el suelo? ¿Ella? Frunzo el ceño.

—Ni de coña.

—¿Tienes una idea mejor? —me desafía.

Sí, aunque no me gusta una mierda. Aprieto los dientes y me paso una mano por la nuca mientras miro el sofá inutilizado. Solo hay una solución, pero va contra todo el autocontrol que me queda.

—Duerme en mi habitación.

Su sonrisa se ensancha.

—Vaya, Owen… no sabía que ibas tan rápido.

Ruedo los ojos.

—Cierra la boca. Tú dormirás en mi cama. Yo me quedaré en el sofá —me doy prisa en aclararle.

—Pero si has dicho que no se puede abrir…

—No hace falta abrirlo. Ya he dormido aquí antes sin necesidad de convertirlo en una cama.

Sienna me observa con los brazos cruzados y una expresión de quien está a punto de salirse con la suya.

—¿Me estás diciendo que vas a encoger tu metro noventa y tantos en este sofá estrecho mientras yo duermo en una cama cómoda y espaciosa?

—Exacto.

—No tiene sentido.

—Sí, créeme… Lo tiene.

Se queda mirándome en silencio, evaluando mis palabras y buscando la forma de llevarme la contraria.

—¿Y si compartimos la cama? —me pregunta con descaro.

El músculo de mi mandíbula se tensa de inmediato.

—No.

—Oh, vamos… No es tan grave. Solo dormir. Nada de sexo salvaje, lo prometo.

Resoplo y sacudo la cabeza.

—Vete a la cama, Sienna.

—Manda huevos… —murmura para sí, pero camina en dirección a mi habitación sin protestar más.

La observo desaparecer por el pasillo y escucho la puerta cerrarse con un suave clic. Bien. Ha sido más fácil de lo que esperaba.

Ahora viene lo difícil. Me dejo caer en el sofá y me acomodo como buenamente puedo. No es la primera vez que duermo aquí. En

noches de trabajo interminables o en días en los que no quería ver a nadie, este sofá me ha servido de refugio, pero ahora es diferente. Ahora es una tortura.

Cada vez que intento cerrar los ojos, la imagen de Sienna aparece en mi cabeza. Su piel desnuda, la forma en la que esa camiseta se deslizaba por su hombro, su risa cuando intentaba abrir el sofá… Todo.

Gruño para mis adentros y me revuelvo en el sofá, buscando una posición que me permita al menos descansar un poco. Pero entonces escucho un ruido en mi habitación. Contengo el aliento. Solo ha sido un movimiento. Seguramente se ha girado en la cama o ha acomodado la almohada. Nada importante.

Cierro los ojos de nuevo. Otro ruido. Ahora es el crujido del colchón al moverse. Puta mierda. Puedo imaginarla con su cuerpo bajo mis sábanas, el pelo esparcido sobre mi almohada y su respiración tranquila mientras se acomoda.

Mis músculos se tensan. Joder. Esto no está funcionando. Me giro en el sofá y me obligo a no pensar en ella, a no imaginarla y a no desear lo que no debo desear. Pero es inútil, porque Sienna Walsh está en mi cama y yo estoy aquí, atrapado en mi propia puta tortura.

Capítulo 9

Sienna

El apartamento es un mar de sombras. Todo está en silencio, salvo por el leve murmullo del viento contra las ventanas y algún que otro ruido ocasional de la calle.

Yo continúo despierta. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me metí en la cama, pero cada vez que cierro los ojos, solo veo a Owen en el sofá e incómodo. Demasiado grande para ese espacio diminuto, intentando encajar su metro noventa de puro músculo en un mueble que claramente no está hecho para él.

Intento ignorarlo y concentrarme en el ritmo pausado de mi respiración, en la sensación de las sábanas contra mi piel y en la calidez de la habitación… pero nada funciona. Mi cuerpo sigue inquieto y mis pensamientos continúan atascados en él.

Me revuelvo entre las sábanas, con los ojos cerrados, tratando de no pensar en la forma en la que me atrapó con su mirada antes de irse al sofá, en la manera en que su pecho subía y bajaba con cada respiración contenida, en su mandíbula tensa o en sus manos enormes aferrándose al respaldo del sofá como si necesitaran sujetarlo todo para no agarrarse a mí.

Esto no está bien. No debería estar disfrutando de todo esto. Ni debería estar pasándomelo tan bien viendo cómo se retuerce cada vez que me acerco demasiado o cada vez que mi ropa le deja ver más piel de la que su autocontrol es capaz de soportar. Pero lo hago y me resulta muy adictivo.

Me giro en la cama y miro el techo con los ojos bien abiertos. Lanzo un hondo resoplido. Es inútil. No voy a dormir. Respiro hondo

y decido que lo mejor es levantarme. No sé qué hora es, pero el insomnio ya ha ganado esta batalla. Así que salgo de la cama con cuidado y evitando hacer ruido. No quiero despertarlo o sí… No lo sé. Lo único que tengo claro es que necesito ir al baño, aunque ni siquiera necesito hacer pis, pero necesito moverme.

Camino por la habitación en la oscuridad y abro la puerta con sigilo. El pasillo está en penumbra, iluminado solo por la tenue luz anaranjada de la ciudad que se cuela a través de las cortinas. Camino descalza hasta el baño, permitiendo que el frío del suelo me ayude a despejarme.

Dentro, en el espejo veo que tengo las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos.

Parezco… Parezco alguien que está metida en algo peligroso. Y me gusta. Cierro los ojos un segundo, apoyo las manos en el lavabo y respiro hondo. Me giro y abro la puerta del baño, saliendo de nuevo al pasillo con la misma cautela con la que he venido. Pero esta vez, en cuanto doy un paso más… Me tropiezo con algo sólido. Un sonido ahogado escapa de mis labios cuando pierdo el equilibrio. Siento el vacío a mi alrededor, el golpe inminente contra el suelo, y entonces… Unas manos fuertes me atrapan antes de que caiga. Todo ocurre en cuestión de segundos. Mi cuerpo queda suspendido en el aire por un instante, sostenido por brazos firmes, cálidos y seguros. Mi pecho queda pegado al suyo y mis manos presionadas contra la piel desnuda de su torso. Mi respiración se detiene y mi corazón se acelera. Sus manos están en mi cintura, sujetándome con fuerza, pero sin apretar demasiado. Como si estuviera conteniéndose, porque hay algo que no puede controlar del todo.

Ambos nos quedamos en silencio. Solo se escucha el latido furioso de mi corazón y el leve sonido de su respiración.

No se aparta, ni yo tampoco. Podría hacerlo y fingir que ha sido solo un accidente, un simple mal cálculo en la oscuridad, pero no lo hago. Me quedo ahí, atrapada entre su cuerpo y la gravedad, disfrutando del calor que desprende, de la manera en que su aliento roza mi piel.

Él también se queda quieto. Siento el temblor sutil de sus músculos tensos y la contención en cada centímetro de su cuerpo.

Joder, este momento es muy íntimo y, sobre todo, demasiado prohibido.

Alzo la mirada y me encuentro con sus ojos en la penumbra. Azules, profundos y ardientes. Me humedezco los labios sin darme cuenta.

—Eh, si me querías tener entre tus brazos, solo tenías que pedírmelo —susurro, con una sonrisa pícara.

Owen gruñe. Un sonido bajo y contenido, que parece vibrar contra su pecho y, entonces, me suelta. Me tambaleo ligeramente, sorprendida por la brusquedad con la que rompe nuestro contacto. El calor de su cuerpo desaparece en cuestión de segundos, pero mi piel sigue ardiendo.

La distancia entre nosotros se restablece, pero algo ha cambiado.

—Vuelve a la cama, Sienna. Ahora. —Su voz suena como un maldito trueno en la noche.

Mi sonrisa se ensancha, porque sé que está jodido y que su autocontrol está pendiendo de un hilo. Me doy la vuelta, dejando que la tela de mi camiseta se mueva con el balanceo de mis pasos.

Cuando cruzo el umbral de la habitación, susurro lo suficientemente bajo como para que solo él lo escuche:

—Lo sabía.

Capítulo 10

Sienna

Esta mañana, el silencio en la cocina es tan tenso que podría cortarse con un cuchillo. Owen está sentado frente a mí, con los codos apoyados en la mesa y la mandíbula apretada. Su café humea en la taza, pero no le ha dado ni un solo sorbo. Apenas me ha mirado desde que he entrado en la cocina y eso, sinceramente, me resulta bastante divertido, porque sé lo que está haciendo: evitarme, ignorarme o, al menos, intentarlo. A mí me da exactamente igual lo que quiera mostrar qué está haciendo, porque anoche gané. Lo empujé hasta su límite. Lo vi perder el control por unos segundos y sentí cómo se tensaba, contenía la respiración y peleaba contra lo que realmente quería hacer. Cuando lo obligué a soltarme, le quedó claro que estaba jodido y por eso está serio, callado y a la defensiva.

Me apoyo en la encimera con calma, cojo un bol y me sirvo unos cereales integrales y sin azúcar, que encuentro en uno de los muebles de la cocina, con leche. Hago ruido adrede. Primero al abrir el armario, luego al dejar la cuchara sobre la mesa con un leve tintineo y noto cómo Owen se crispa.

Lo miro de reojo y veo que está con los ojos fijos en la pantalla de su móvil, aunque no la ha tocado ni una sola vez. Ni siquiera está prestando atención a lo que aparece en ella, porque su verdadero problema soy yo y recordar cómo anoche lo tuve entre la espada y la pared.

Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír demasiado, cojo la cuchara y me llevo el primer bocado de cereales y leche a la boca, despacio, recreándome. Ambos continuamos en silencio, hasta

que me aburro. No me gusta que ignore lo que sucedió, ni que actúe como si no hubiera pasado nada, ni hubiera sentido mi aliento sobre su piel, mi cuerpo pegado al suyo y cómo me agarró fuerte en mi cintura.

Así que decido darle un empujón.

Lentamente, me estiro llevando los brazos hacia arriba, arqueando la espalda y dejando que mi camiseta se suba. Solo un poco, lo suficiente y entonces lo escucho. El sonido del café derramándose sobre la mesa.

¡Conseguido!

Abro los ojos justo a tiempo para ver cómo coge una servilleta con brusquedad y limpia la mancha, con la mandíbula tan tensa que parece que va a romperse. Mientas, sigo observándolo, divertida, aunque intentando no reírme, porque sé que ha visto mis muslos expuestos, las curvas de mis caderas y la piel desnuda que mi camiseta ha dejado al descubierto por culpa de ese inocente estiramiento matutino.

Sé que está jodido, aunque también sé que no va a admitirlo.

Se limpia las manos y, por fin, me mira de manera fría y dura, tratando de aparentar que nada de esto le afecta. Yo mantengo la calma y sostengo su mirada, con el bol en la mano y la cuchara entre los dedos.

—Si sigues frunciendo el ceño así, te van a salir arrugas —comento con naturalidad, llevándome otro bocado a la boca.

Owen deja la servilleta sobre la mesa con más fuerza de la necesaria y veo un brillo en su mirada, que me provoca un cosquilleo en el estómago.

Se inclina un poco hacia adelante y, con voz baja y ronca, me responde:

—Y si sigues jugando, vas a descubrir lo que pasa cuando alguien pierde la paciencia.

Al escucharle, mis labios se curvan en una sonrisa lenta y provocadora. Apoyo el codo en la mesa, acerco mi cara unos centímetros más a la suya y susurro, con la voz más dulce que tengo:

—Eso suena interesante.

Él no responde. No es necesario, porque lo veo en su mirada y en la manera en que su respiración cambia, en el leve tic en su mandíbula y en la forma en que su mano se cierra alrededor de la taza de café como si quisiera romperla.

Sé que estoy jugando con fuego. Pero lo que más me excita de todo esto… Es que Owen también lo sabe.

Cuando acabo mi desayuno y Owen se ha marchado a trabajar, cierro la puerta de la habitación con calma. El sonido de la puerta al cerrarse resuena en el silencio, pero dentro de mi cabeza todo es ruido.

No sé cuántos segundos me quedo apoyada contra la madera, con los brazos cruzados sobre mi pecho y el corazón latiéndome en los oídos.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Acabo de provocar a Owen otra vez. Lo he desafiado y aunque parece inquebrantable en apariencia, empieza a mostrar grietas. Tengo la sensación de que tal vez estoy jugando con algo que no puedo controlar del todo.

La adrenalina aún me recorre el cuerpo, y me deja esa sensación de hormigueo bajo la piel, como si mi cuerpo todavía esperara su contacto, como si su mirada profunda y azul y su voz grave siguieran colándose en mis pensamientos sin permiso. Porque Owen no es cualquier hombre para mí, de hecho, nunca lo ha sido.

Me separo de la puerta y camino hasta la cama, dejándome caer sobre el colchón. Me cubro los ojos con un brazo y exhalo un largo suspiro. En este momento, la habitación me parece demasiado grande, silenciosa y ajena a lo que ha sucedido en la cocina durante el desayuno.

Pero ¿qué esperaba? ¡Que él soltara el maldito café, me agarrara por la cintura y me empotrara contra la encimera, admitiendo de una vez que me quiere tanto como yo lo quiero? No, él nunca haría eso, porque no me ve así. ¿O sí?

Me muerdo el labio y cierro los ojos. Mi cuerpo está caliente, mi piel arde en los lugares donde su mirada me recorrió antes de que apartara la vista con fastidio. Está jodido. Lo sé y lo noto en

cada movimiento suyo, en la tensión con la que se agarra a cualquier cosa para no aferrarse a mí.

Pero… ¿Y si solo soy un reto para él?

Esa idea es como un jarro de agua fría que se precipita de lleno sobre mí, porque esta historia ya me la conozco. Esta sensación de ser invisible o solo una sombra en el fondo de la habitación, mientras él se fijaba en otras.

Cuando era adolescente y Owen Larson era el chico popular que todo el mundo quería, yo no era más que la hermana pequeña de Axel. La que nadie miraba. La que siempre se quedaba fuera del grupo cuando ellos planeaban algo divertido. La que pasaba horas ensayando frente al espejo cómo atraer su atención para que, cuando por fin me atreviera a hablarle, él apenas alzara la mirada antes de volver a lo que estuviera haciendo. Era demasiado joven e insignificante para él. Además, de todo eso, la maldita frase de mi hermano sigue persiguiéndome como un fantasma del pasado.

«Un tío como Owen nunca se fijaría en ti».

Aprieto los ojos con fuerza y una risa amarga se escapa de mi garganta. Joder. ¿Es eso lo que está pasando ahora? ¿Soy solo un juego para él? ¿Una forma de probarse a sí mismo que puede resistir la tentación, pero que al final del día no haría nada al respecto porque yo no soy digna de jugar en su misma liga?

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza y noto el ardor de la inseguridad recorrerme el cuerpo. No quiero pensar en esto, ni tampoco quiero que me importe, pero lo hace. Demasiado. Porque esta vez, no soy una adolescente admirando a Owen desde la distancia. Esta vez, él también me mira y si estoy equivocada y todo esto es solo parte de un juego en el que él ya sabe el final… Voy a salir más rota de lo que estoy.

Capítulo 11

Owen

—¿Tienes la cabeza en otro sitio o qué?

Levanto la vista del informe que tengo delante y me encuentro con la mirada de Collins, mi compañero en la comisaría. Está sentado frente a mí, con los brazos cruzados y esa expresión entre curiosa y burlona que usa cada vez que intenta meterse conmigo.

Frunzo el ceño y dejo el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Qué dices?

Collins se inclina un poco hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio con gesto despreocupado.

—Digo que llevas días raro. Distraído, con la mandíbula más apretada de lo normal y como si no hubieras dormido en un mes. —Entrecierra los ojos y me observa con detenimiento—. Y eso no es normal en ti, colega.

Aprieto los dientes y cojo de nuevo el bolígrafo, como si eso bastara para ignorarlo.

—Estoy bien.

—Ajá. Claro.

Sé que no va a dejarme en paz hasta que no le cuente algo de lo que él cree que debo explicarle. Collins es como un puto sabueso cuando huele algo fuera de lo común. Y yo, evidentemente, estoy fuera de lo común.

No he dormido. Me he despertado con el cuerpo en tensión, el sudor pegado a la piel y los restos de sueños demasiado reales, protagonizados por Sienna, revolviéndome la cabeza. Joder. Intento

centrarme en el informe, pero no tardo en notar que Collins continúa mirándome con expectación.

—¿Quieres algo? —pregunto con tono seco.

—Sí. Quiero saber en qué coño estás metido.

Mi mandíbula se tensa.

—No estoy metido en nada.

Collins deja escapar una risa baja y se recuesta en la silla, pasándose una mano por el pelo.

—No me jodas, Larson. Te conozco. Algo está pasando. ¿Es trabajo? ¿Alguien te está tocando los huevos? ¿O es algo más… personal?

No reacciono, ni siquiera parpadeo. Pero lo odio, porque sé que a Collins mi silencio le da la respuesta que necesita.

—Es algo personal.

No digo nada y trato de no inmutarme.

—Por tu cara de asesino en serie, diría que es una mujer.

Aprieto más los dedos alrededor del bolígrafo y Collins suelta una carcajada.

—No puede ser solo una mujer. Tiene que ser *la* mujer.

—No es nada —gruño, pasando una página del informe sin siquiera leerlo.

Collins niega con la cabeza, disfrutando demasiado de la situación.

—Mira, no sé qué mierda estás haciendo, pero si sigues con esa cara de funeral y esa energía de tipo al borde del colapso, vas a terminar metido hasta el cuello en algo de lo que no vas a poder salir.

Levanto la vista y lo miro con frialdad.

—No estoy metido en nada.

Collins apoya las manos en la mesa y se encoge de hombros.

—Si tú lo dices…

No insisto, porque lo último que quiero es seguir con esta conversación y, por suerte, parece que él tampoco. Suelta un último suspiro y se levanta, dándome un par de palmadas en el hombro antes de irse a su escritorio. No obstante, su advertencia se queda conmigo.

«Vas a terminar metido hasta el cuello en algo de lo que no vas a poder salir».

No me jodas. No necesito que me lo diga. Ya lo sé.

Cuando llego a casa por la tarde, después del gimnasio, me siento como la mierda. Estoy cansado, demasiado. A diferencia de otros días, el entrenamiento no me ha servido para despejarme, ni para calmar el puto fuego que me recorre las venas cada vez que pienso en ella. Porque, antes de ir al gimnasio, cuando llegué del trabajo, intenté dormir un poco. Una jodida siesta para recuperar el sueño que Sienna me ha robado esta noche, pero no ha funcionado. En lugar de descansar, he tenido sueños demasiado reales, en los que Sienna no solo está en mi apartamento porque su piso se ha inundado, sino porque así lo desea. Además, está en mi cama y yo no tengo que contenerme y ambos nos devoramos el uno al otro.

Buff, prefiero no recordar los detalles, pero siguen en mi cabeza, aunque intente sacarlos de ella. Su piel contra la mía, mi cuerpo encajando perfectamente en el suyo. Su deliciosa boca abierta en un jadeo mientras la sujeto por las caderas y la mantengo justo donde la quiero. La sensación de su aliento cálido contra mi cuello. Su voz susurrando mi nombre.

Me he despertado con el corazón desbocado y con el calor recorriéndome todo el cuerpo. La erección bajo mis pantalones me ha confirmado lo que ya sé: esto se está volviendo insostenible y me está volviendo loco.

Me restriego la cara con las manos y exhalo un suspiro frustrado. No puedo seguir así. No puedo continuar deseándola de esta manera ni permitiéndome imaginar cómo sería tenerla debajo de mí, encima de mí, contra la pared de mi habitación mientras me mira con esos ojos llenos de desafío y puro fuego.

Necesito ponerle un jodido freno a esto antes de que sea demasiado tarde y termine metiéndose en mi cabeza y en mi vida de una forma en la que no debería.

Collins tiene razón, si no tengo cuidado, voy a terminar metido hasta el cuello en algo de lo que no podré salir.

Me ha servido de poco entrenar hasta el límite de mis fuerzas, llevar mis músculos al extremo y quedarme sin un puto ápice de energía. Lo he intentado, he levantado más peso del que debería, he corrido hasta que el sudor me ha empapado la camiseta y mi respiración se ha vuelto pesada, pero, aun así, no ha funcionado. Sienna continúa instalada en mi cabeza como una jodida adicción, que no sé cómo cortar de raíz.

La ducha que me he dado en el vestuario ha sido con agua fría, no por decisión propia, sino porque mi cuerpo sigue reaccionando de la peor manera cada vez que la imagino o cada vez que recuerdo la puta imagen de su camiseta subiéndose por sus muslos me invade en el momento más inoportuno.

Ajusto la bolsa de deporte sobre mi hombro y resoplo mientras subo las escaleras hasta mi apartamento. Me duele todo, mis músculos están tensionados por el esfuerzo, pero al menos he conseguido cansarme lo suficiente como para tener la esperanza de que esta noche podré dormir sin sueños que me persigan.

Pero esa esperanza dura exactamente tres segundos cuando abro la puerta, la veo. Sienna está en el pasillo, delante del baño, con su larga melena castaña cayéndole por la espalda. La piel de sus hombros brilla con las gotas de agua que aún se deslizan por su clavícula y desaparecen en la toalla blanca que apenas cubre su cuerpo. Se lleva una mano al pelo y lo aparta de su cuello con un movimiento natural, sin siquiera darse cuenta de que está encendiendo cada alarma de mi sistema. Su piel está enrojecida por el vapor de la ducha y sus labios ligeramente entreabiertos mientras se muerde el inferior en un gesto distraído. Ni siquiera me ha visto todavía, lo que me da un segundo extra para procesar la imagen y recordar que tengo que respirar.

Cuando finalmente levanta la mirada y se encuentra con la mía, arquea una ceja y sonríe, como si no tuviera ni la más mínima idea del infierno que acaba de desatar dentro de mí.

—¿En serio, Sienna? —gruño con la voz aún ronca por el esfuerzo del gimnasio.

Ella parpadea, fingiendo confusión.

—¿Qué? —Se encoge de hombros como si su apariencia no fuera un jodido ataque directo a mi autocontrol—. Tú me dijiste que podía vivir aquí y darme una ducha es algo que suelo hacer en mi día a día.

Mi mandíbula se tensa. Aprieto la bolsa de deporte en mi mano con fuerza, porque es lo único que me impide hacer algo de lo que sé que después me arrepentiría.

—Empiezo a arrepentirme —musito, acercándome unos pasos y notando cómo la intensidad en el pasillo crece.

Pero Sienna sonríe, esa sonrisa lenta y traviesa que me hace saber que todo esto no es accidental.

—No, no lo haces —susurra con confianza.

Y ese es el problema, porque tiene razón. No me arrepiento en absoluto, aunque reconozco que me jode mucho.

Capítulo 12

Sienna

Apenas he acabado de subirme la cremallera del vestido cuando tengo claro que va a ser una noche interesante.

Me miro en el espejo y ajusto la tela negra del escote. El vestido que he elegido para esta noche es corto, ceñido, elegante, con tirantes finos y una falda de tul a medio muslo, que insinúa sin enseñar demasiado cada vez que me muevo. No es un vestido demasiado provocativo, pero es lo suficiente como para llamar la atención.

Sonrío mientras me miro al espejo después de aplicarme un labial de color rojo brillante.

Esta noche salimos a cenar con los amigos de Axel. Después de su despedida, decidieron que deberíamos vernos más a menudo y, aunque al principio pensé en decir que no, algo en mi interior me impidió rechazar la invitación. Además, Owen también va y esa es la parte más interesante.

Desde que me he instalado en su apartamento, la tensión entre nosotros ha ido creciendo progresivamente. Además, después del último encuentro en el pasillo, con su mirada clavada en mi cuerpo húmedo por la ducha y su mandíbula tensa, sé que quien está luchando contra algo que no puede controlar es él.

Me muerdo el labio mientras me pongo los tacones. Esta va a ser una noche divertida.

Cuando salgo de la habitación, Owen ya está en la entrada, esperándome con las llaves del coche en la mano. Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa negra remangada hasta los codos, lo

que deja a la vista esos brazos fuertes, que sé que podrían inmovilizarme sin mucho esfuerzo en un segundo. Aunque lo que más me llama la atención es su expresión. Está serio, quizás demasiado.

Alzo una ceja y camino hacia él con calma, disfrutando de la manera en que su mirada me recorre de arriba abajo en cuanto mis tacones resuenan en el suelo.

—¿Te has arreglado para mí? —pregunto con fingida inocencia.

Owen parpadea y resopla, como si acabara de recordarse a sí mismo que debe respirar.

—Para la cena —gruñe, sin mirarme demasiado tiempo.

Sonrío al darme cuenta de que ya está jodido y ni siquiera hemos salido del apartamento.

El trayecto hasta el restaurante es silencioso. Owen conduce con la mandíbula apretada, con una mano firme en el volante y la otra descansando en su muslo. No me mira, pero yo sí lo miro a él.

Desde mi asiento, cruzo las piernas con total naturalidad y noto el ligero movimiento de su garganta cuando traga saliva. Lo veo, por el rabillo del ojo, desviando la mirada hacia mis muslos, aunque lo hace rápido, como si intentara convencerse de que no me está mirando, pero lo está haciendo. Sonrío para mis adentros y apoyo la cabeza en el reposacabezas, fingiendo que no me doy cuenta. Dejo que la falda de tul de mi vestido se deslice un poco más por mis muslos. Nada descarado, ni que no pudiera ser un simple movimiento casual, pero Owen lo nota. Veo cómo sus dedos aprietan con más fuerza el volante.

—¿Te pasa algo? —pregunto con fingida dulzura.

Él no me contesta de inmediato. Se queda unos segundos en silencio, con la mirada fija en la carretera, como si estuviera decidiendo si vale la pena responder o no.

—No —murmura al final.

Pero su voz es más ronca de lo normal. Sonrío. Esto va a ser más divertido de lo que esperaba.

Cruzo las piernas con calma, como si fuera la cosa más natural del mundo, y el tul de mi vestido se desliza aún más,

dejando mi muslo expuesto al resplandor tenue de las luces del coche. No digo nada, no lo necesito.

Desde el rabillo del ojo, lo veo tragar saliva. Sus dedos se cierran un poco más sobre el volante.

Casi sonrío.

—Conduce con cuidado, Owen —murmuro en voz baja, con una dulzura cargada de veneno—. No quiero que te distraigas.

Frunce más el ceño, endurece la mirada y agarra el volante con fuerza.

—Cállate.

Su voz es un gruñido bajo y yo solo inclino la cabeza con fingida inocencia.

—¿He dicho algo malo?

No me responde. Solo acelera un poco más y fija la mirada en el asfalto como si de verdad lo necesitara para no perder el control.

Para cuando llegamos al restaurante, la tensión entre nosotros está tan presente que parece que viajemos tres dentro del vehículo. Owen apaga el motor, suelta el volante con demasiada brusquedad y sale del coche sin decir una sola palabra.

Sonrío para mis adentros.

Esta noche va a ser muy, muy interesante.

El restaurante es uno de esos lugares modernos de Manhattan, donde las luces son tenues y la decoración está diseñada para parecer elegante sin ser pretenciosa. Cuando entramos, el grupo ya está reunido en una mesa al fondo. Reconozco a algunos de los amigos de Axel y hay rostros nuevos también. Perfecto. Me adelanto, dejando que Owen me siga en silencio. Siento su mirada en mi espalda, en el balanceo de mis caderas y en cada movimiento calculado de mi cuerpo que le dedico, pero no me detengo. Esta noche, él no tiene el control.

Cuando nos acercamos a la mesa, las conversaciones se interrumpen por un segundo cuando algunos de los chicos me miran. Es obvio que no esperaban que viniera vestida así.

—¡Sienna! —exclama Jake, un viejo amigo de mi hermano, levantándose para darme un abrazo—. Vaya, estás… diferente.

Sonrío con diversión.

—¿Diferente bien o diferente mal?

—Diferente jodidamente bien —dice otro de los chicos, lanzándome una mirada descarada.

Escucho la risa baja de algunas de las chicas, pero no me importa. Sé exactamente lo que estoy haciendo. Me siento junto a Jake, y Owen ocupa el asiento libre que hay frente a mí. Desde donde estoy, puedo verlo perfectamente y notar la forma en la que su mirada se endurece cuando uno de los chicos me lanza un cumplido demasiado obvio y, justo en ese momento, es cuando decido jugar sucio.

Me inclino ligeramente hacia Jake, apoyando el codo en la mesa y dejando que la falda de mi vestido se deslice un poco más arriba.

—¿Cómo es que nunca nos habíamos hablado antes? —pregunto con fingida curiosidad.

Jake sonríe.

—Bueno, probablemente porque Axel nos tenía vigilados. No sé si lo sabes, pero tu hermano siempre ha sido bastante protector contigo.

Suelto una risita y niego con la cabeza.

—Sí, lo sé.

—Pero supongo que ahora que él no está… —Jake sonríe con un brillo de diversión en los ojos—. ¿Eso significa que podemos ser amigos?

No pierdo la oportunidad.

—¿Quién ha hablado de ser solo amigos? —murmuro con un tono lo suficientemente bajo como para que solo él me escuche.

Veo la forma en la que Jake se queda un poco sorprendido, pero divertido. Sin embargo, lo que realmente me interesa es lo que está pasando al otro lado de la mesa. Owen no ha dicho una sola palabra desde que nos sentamos, solo nos observa.

Siento su mirada como una quemadura sobre mi piel. No me está mirando como un hombre que quiere disimular su interés. No, su mirada es oscura y peligrosa. Está al límite y yo disfruto de eso cada segundo.

El trayecto de regreso al apartamento es puro fuego contenido. La temperatura dentro del coche se vuelve sofocante, aunque el aire acondicionado esté encendido.

Owen conduce agarrando el volante con fuerza, con la mandíbula apretada y la mirada fija en la carretera como si su vida dependiera de ello. Lo noto tenso, rígido, como si estuviera librando una batalla interna, que no tiene ninguna intención de ganar y me encanta.

Me acomodo en el asiento del copiloto, cruzando las piernas lentamente, dejando que el tul de mi vestido se deslice apenas un poco más por mis muslos. Lo hago despacio y con toda la intención del mundo. Desde el rabillo del ojo, veo cómo sus dedos aprietan más fuerte el volante. Sonrío para mis adentros.

Juego con un mechón de mi pelo, enredándolo entre mis dedos antes de soltarlo, dejando que las ondas caigan sobre mi hombro con un movimiento perezoso. Luego, deslizo la lengua por mis labios con suavidad, sintiendo la textura cremosa del labial rojo aún sobre ellos. Sé que me está viendo. Lo noto y no necesita mirarme directamente para que su cuerpo delate lo que está pasando por su cabeza.

—¿Te divierte jugar conmigo? —me pregunta de repente con la voz rasposa, atrapando mi muñeca con su mano libre cuando para en un semáforo.

El contacto me pilla desprevenida. Su palma es grande, cálida y firme alrededor de mi piel. Su pulgar roza de forma involuntaria la parte interna de mi muñeca y un escalofrío me recorre la columna, aunque no retiro mi brazo.

Levanto la vista y me encuentro con su perfil tenso, la sombra de su mandíbula endurecida por la penumbra del coche y el reflejo de las luces de la ciudad dibujando líneas doradas en su piel. Me muerdo el labio con descaro.

—Tú eres el que está jugando —digo en voz baja—. Yo solo quiero que admitas que me deseas.

Owen suelta un largo suspiro y su agarre en mi muñeca se intensifica un poco más, lo justo para hacerme saber que está

conteniendo algo dentro de sí y su respiración se vuelve más profunda.

—¿Tienes idea de lo jodidamente difícil que me lo estás poniendo? —susurra, sin apartar los ojos de la carretera.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. La noche entera ha sido un juego peligroso de empujar los límites, pero ahora siento que estoy a punto de cruzar un punto de no retorno. La tensión entre nosotros es insoportable, eléctrica, como una tormenta a punto de estallar.

No lo sé, pero quizá esta vez sí quiero que estalle.

Capítulo 13

Owen

Conduzco en silencio con la mandíbula apretada, agarrando con firmeza el volante y los músculos de los brazos en tensión. No miro a Sienna, porque sé que, si lo hago, se acabó la mínima resistencia que aún intento mantener y la mentira de que todo esto es un juego que puedo controlar.

Además, lo peor de todo es que ella sabe que estoy al límite.

La veo, incluso sin mirarla. Puedo sentir su cuerpo a solo unos centímetros del mío, su perfume embriagador y la forma en la que se recuesta en el asiento con la seguridad de quien está disfrutando de cada segundo de este jodido tormento. La falda de su vestido sigue en su sitio, pero sé que en un simple movimiento puede dejar expuesta más piel de la que debería y justo, ahora, lo hace.

Parece que me escuche y sepa qué hacer en cada instante para volverme más loco aún.

Cruza las piernas con calma calculada, dejando que el tul de su vestido se suba un poco más por sus muslos. Su gesto es casi imperceptible, pero en mi cabeza es un puto incendio que me recorre la espina dorsal y me lanza directo a un abismo del que ya no hay salida.

Mis nudillos están blancos por la fuerza con la que sujeto el volante. Mi respiración se ha vuelto más lenta y tengo cada puto músculo de mi cuerpo en tensión.

Sienna lo nota y juega con un mechón de su pelo, enredándolo entre sus dedos con un aire distraído, como si no estuviera haciéndolo a propósito, como si no supiera que está

volviéndome loco. Luego, se muerde el labio, con una lentitud que me hace apretar los dientes con fuerza. Está disfrutando, se está regodeando en la guerra que me ha declarado esta noche.

De golpe, piso el freno con brusquedad. El coche se detiene de inmediato, las ruedas chirrían contra el asfalto y Sienna se tambalea ligeramente en su asiento. Jadea por la sorpresa y me mira con los ojos abiertos de par en par. Es la primera vez que la pillo desprevenida esta noche. Respiro hondo. Intento contenerme y ser racional, pero fracaso.

Me giro hacia ella despacio. El aire se condensa entre los dos en cuanto nuestras miradas se encuentran. Sus labios aún están entreabiertos por el impacto, su pecho sube y baja de forma sutil, pero su expresión es lo que me remata.

—¿Te divierte jugar conmigo? —mi voz suena más grave y rota de lo que me gustaría.

Sienna me dedica una sonrisa dulce, pero llena de veneno.

—Tú eres el que está jugando. Yo solo quiero que admitas que me deseas.

Mierda.

No tengo salida, de hecho, nunca la ha habido.

En un instante, el aire dentro del coche se vuelve sofocante. Mi pecho se expande con cada respiración, pero el oxígeno no me sirve de nada cuando Sienna me mira así de desafiante. Con esa boca brillante y ese vestido que parece haber sido diseñado para que pierda la cordura por completo.

Me inclino hacia ella apenas unos centímetros, pero lo suficiente para notar cómo su cuerpo se tensa, cómo su lengua humedece sus labios y cómo su respiración se entrecorta por un segundo.

No me dice nada, aunque sus ojos me hablan sin necesidad de palabras y es entonces cuando pierdo el control. Mis labios chocan contra los suyos en un beso brusco y hambriento, de esos que no piden permiso, sino que solo reclaman lo que llevan demasiado tiempo conteniendo.

Sienna no se queda atrás y me responde con la misma intensidad y con la misma rabia latente. Sus dedos se hunden en mi

camisa, tirando de mí con una necesidad que es gasolina pura en mi sangre. Un puto incendio que no tiene vuelta atrás. Mi mano se desliza hasta su nuca, enredándome en su pelo mientras profundizo el beso. Joder, cómo la deseo.

Su aliento choca con el mío, sus uñas se aferran a mi piel y yo solo puedo pensar en una cosa: Esto ya no es un juego.

Me separo de golpe de ella, con la respiración entrecortada y la cabeza hecha un puto caos. Mi pecho sube y baja con cada respiración y mis labios todavía hormiguean con el eco de los suyos.

Miro a Sienna y me encuentro con sus ojos encendidos, su piel sonrojada y su respiración tan agitada como la mía. Su cabello está algo revuelto, su vestido ligeramente desplazado y su boca… joder, su boca sigue húmeda, entreabierta y esperando más.

Un pensamiento se clava en mi cabeza como un puñal:

—Esto es un jodido error —gruño con voz áspera, obligándome a mirarla con dureza.

Sienna no parpadea. En lugar de eso, su lengua asoma apenas un instante para humedecer sus labios, provocadora, sin ni siquiera intentarlo.

—Entonces, ¿por qué quieres repetirlo? —su voz es un susurro cargado de fuego y de una certeza que me parte en dos.

No le contesto, no porque no tenga respuesta, sino porque cualquier cosa que diga en este momento me va a condenar más de lo que ya estoy.

Agarro el volante con más fuerza de la necesaria, pongo el coche en marcha y conduzco hacia el apartamento en completo silencio. La tensión sigue entre nosotros latente y pesada.

No miro a Sienna ni una sola vez, porque sé que si lo hago, me perderé otra vez y perderme en ella es lo último que necesito ahora.

Cuando llegamos, dejo el coche en el garaje. Entro en el apartamento antes de que mi cerebro termine de procesar lo que ha sucedido esta noche. Voy directo al baño, sin siquiera comprobar si Sienna me sigue. Creo que no lo hace o, al menos, no la oigo.

Cierro la puerta, me quito la ropa, enciendo la ducha y dejo que el agua caliente caiga sobre mi piel, esperando que arrastre

consigo todo lo que me invade en este momento. Pero no funciona, porque mi mente sigue atrapada en la imagen de su boca devorando la mía, en sus dedos aferrándose a mi camisa y en la forma en la que su cuerpo se ha pegado al mío como si siempre hubiera sido su sitio.

Me apoyo contra los azulejos con una maldición, dejando que el agua resbale por mi espalda. Joder. He cruzado una línea de la que no sé cómo regresar y lo peor es que una parte de mí no quiere hacerlo.

Me seco con rapidez, me pongo el pijama y salgo del baño con el agua todavía goteando de mi pelo. Cuando cruzo el pasillo, veo que Sienna está aún en el salón, tumbada en el sofá, con las piernas recogidas y la mirada clavada en el móvil como si nada en el mundo pudiera perturbarla. Como si todo lo que ha pasado en el coche no significara una jodida locura, como si no supiera que me estoy volviendo loco por ella.

Me odia por no ceder.

Yo me odio por haber cedido y, aun así, sé que esto no ha terminado ni de lejos.

Capítulo 14

Sienna

El sonido del agua de la ducha se apaga. Levanto la mirada del móvil, sin mucho interés, y observo hacia el pasillo que lleva al baño. La puerta sigue cerrada y Owen continúa dentro. Sé que está de pie frente al espejo, con el agua goteándole por la piel, las manos apoyadas en el lavabo y la cabeza gacha, intentando convencerse de que lo de esta noche no ha sido real.

Hombres.

Me cruzo de piernas y dejo escapar una sonrisa para mí misma. Pobre Owen. Se ha pasado la vida construyendo esa imagen de tipo estoico y que controla todo, pero esta noche lo ha hecho añicos en cuestión de segundos.

Me recuesto un poco más en el sofá y repaso la escena en mi cabeza como si fuera mi película favorita. Su respiración agitada, su mandíbula tensa, el modo en que su lengua buscó la mía con rabia y desesperación. Se rompió en mis manos y se dejó llevar. Y ahora… ahora quiere hacer como si nada hubiera sucedido.

Algo totalmente absurdo, evidentemente.

La puerta del baño se abre y, aunque intento no reaccionar, mis ojos lo buscan sin que pueda evitarlo. Ahí está, con el pelo mojado y un pijama gris que se ciñe a su cuerpo como una segunda piel. La camiseta se le pega a los músculos, como si la tela supiera que es un delito cubrir algo así. Camina hasta su habitación con los hombros tensos y la mirada al frente, sin ni siquiera mirarme.

¿De verdad? ¿Así de fácil cree que va a ignorarme?

Sonrío de lado. Vale, Owen. Quieres jugar a hacer como que no ha pasado nada. Genial. Vamos a ver cuánto puedes aguantar.

Me levanto con calma del sofá y camino hasta la cocina. La casa está en silencio y sé que él sigue despierto, porque lo escucho moverse en su habitación. Pero no sale. Está huyendo de mí.

Abro el frigorífico y saco una botella de agua. Me sirvo un vaso y me apoyo contra la encimera mientras reviso el móvil. Deslizo el dedo por la pantalla sin ver realmente nada, porque mi atención está en el pasillo y en los pasos contenidos de Owen al otro lado de la puerta.

Agarro un bolígrafo que hay sobre la encimera y lo llevo a mis labios, mordisqueándolo distraídamente. Sé que, en cuanto Owen salga de su habitación, lo primero que verá será a mí con el bolígrafo entre los labios, el vestido corto y mi gesto inocente, como si no estuviera haciéndolo a propósito.

Justo en ese instante, lo oigo avanzar por el pasillo y tengo que reprimir la sonrisa que se dibuja en mis labios. Cuando veo por el rabillo del ojo que está frente a la puerta de la cocina, sé que me mira incluso antes de que hable. Cuando por fin se decide a romper el silencio, su voz suena más ronca de lo habitual.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Levanto la mirada lentamente, fingiendo sorpresa.

—¿Yo? Nada.

Owen se apoya contra el marco de la puerta y me observa con los ojos entrecerrados. Sé que me está analizando, tratando de descubrir cuál es mi plan.

—Claro —musita con escepticismo.

Dejo el vaso sobre la encimera con toda la calma del mundo y suelto el bolígrafo de entre mis dientes. Camino despacio hacia él, deteniéndome a pocos centímetros de su cuerpo, lo justo para notar su respiración contenida.

Levanto la cabeza para mirarlo y dejo que mis labios se curven en una sonrisa.

—Solo estoy viendo cuánto puedes aguantar antes de volver a besarme.

Owen exhala y su pecho se expande mientras sus puños se aprietan a los costados.

Durante unos segundos, no dice nada. Recorre mi cara con sus ojos, que bajan hasta mi boca y luego regresan a los míos con una intensidad oscura, como si estuviera a un segundo de hacer justo lo que le acabo de decir. Pero entonces hace lo más predecible que podría haber hecho: huye.

Gira sobre sus talones sin decir nada y se aleja, con la espalda rígida y los puños apretados.

—Buenas noches, Sienna —me dice sin mirarme.

Sonrío mientras lo veo desaparecer en su habitación. Oh, Owen. No tienes ni idea de lo jodido que estás.

Capítulo 15

Owen

No he pegado ojo en toda la puta noche. Cada vez que cerraba los ojos, la veía. Como si su presencia estuviera tatuada en mis párpados, como si el recuerdo de su boca devorando la mía se hubiera incrustado en mi piel, en mis huesos y en cada jodido músculo de mi cuerpo.

El deseo y la frustración se mezclan dentro de mí como una tormenta contenida. Me he pasado horas dando vueltas en la cama, incapaz de encontrar una postura que no me hiciera recordar la manera en que su cuerpo se pegó al mío en el coche, sus dedos se aferraron a mi camisa y sus uñas se clavaban en mi piel con la misma desesperación con la que yo la besaba.

Cuando finalmente me ha vencido el cansancio y pensaba que mi mente me daría un respiro, el infierno se ha intensificado.

He soñado con ella. Con su cuerpo enredándose en el mío, mientras sus labios rozaban mi cuello y con el calor de su piel bajo mis manos. En el sueño, Sienna no me desafiaba con palabras, sino con el roce de su lengua en la mía, con la forma en que me susurraba mi nombre al oído y con cómo encajaba su cuerpo con el mío.

Me he despertado de golpe, jadeando y con el corazón latiendo con una fuerza descontrolada en el pecho. El sudor frío resbalaba por mi espalda, mi respiración estaba agitada y mi entrepierna me recordaba lo jodidamente real que había sido todo.

Joder. Aprieto la mandíbula mientras me paso una mano por la cara, en un intento de despejarme. Pero la sensación de su piel,

de su boca y de su lengua contra la mía sigue ahí, como un eco maldito que me persigue incluso despierto.

Me levanto con movimientos bruscos y camino descalzo hasta el baño. La habitación está en penumbra, pero el reflejo de mi cara en el espejo me muestra el desastre que ha dejado Sienna en mí tras su paso. Me agarro al borde del lavabo con ambas manos y respiro hondo, intentando encontrar un punto de calma que no existe. No puedo seguir así. No sé cómo, pero tengo que sacármela de la cabeza.

Giro la llave de la ducha y dejo que el agua caiga con fuerza, golpeando los azulejos con un sonido que, por un momento, me obliga a concentrarme en otra cosa que no sea ella. Me deshago del pantalón del pijama y la camiseta, tirándolos en el suelo de cualquier manera sin importarme demasiado, y entro bajo el chorro de agua caliente.

Cierro los ojos y respiro hondo. Trato de concentrarme en el calor del agua deslizándose por mi piel y en la sensación de alivio momentáneo que me proporciona. Pero ni siquiera esto es suficiente para sacarla de mi mente, porque Sienna sigue ahí. Marcada a fuego en cada poro de mi piel.

La imagino con ese puto vestido negro que llevaba anoche, con la falda de tul subiendo por sus muslos cada vez que cruzaba las piernas y con la lengua humedeciendo sus labios, mientras me miraba como si supiera exactamente lo que estaba haciendo y lo peor de todo es que lo sabía.

Me paso las manos por el pelo mojado con un gruñido, maldiciendo en voz baja. Llevo días al borde, pero después de lo que pasó en el coche, sé que he cruzado una línea de la que no hay retorno. He pasado años conteniéndome, obligándome a verla como la hermana pequeña de Axel y repitiéndome una y otra vez que es intocable. Pero ayer… ayer fue la jodida prueba de que nada de eso importa.

Pero el problema es que ella lo sabe. Sabe que la deseo y sabe que me tiene justo donde quiere: comiendo de su mano. Lo peor de todo es que lo está disfrutando.

Bajo la temperatura del agua hasta que está casi helada y dejo que el frío me golpee como una penitencia absurda que no cambia nada. Pero si sigo así, si dejo que mi cuerpo me traicione una vez más, voy a hacer algo de lo que no podré arrepentirme después.

Respiro hondo y cierro los ojos.

Cinco segundos.

Diez.

Quince.

Pero da igual cuántos segundos cuente y lo gélida que esté el agua, porque la melodía de su maldita risa sigue en mi cabeza.

Salgo de la ducha con brusquedad, agarro una toalla y me seco el pelo con movimientos irritados. No quiero pensar en ella, joder. No quiero recordar cómo su cuerpo se pegaba al mío, ni cómo me miró después del beso, con esa maldita sonrisa de victoria pintada en la cara.

No quiero pensar en que me la voy a encontrar en el salón, fingiendo que no está jugando conmigo, pero lo está haciendo. Lo sé. Joder si lo sé.

Voy hacia mi habitación tratando de no hacer ruido para vestirme. Me pongo unos vaqueros oscuros y una camiseta negra ajustada. Necesito salir de casa antes de que vuelva a besarla y ya no haya vuelta atrás.

Al salir de mi habitación camino por el pasillo y al pasar por delante del lavabo, la puerta se abre y la veo.

Sienna sale del baño envuelta en una toalla blanca que apenas cubre suficiente parte de su cuerpo. Su piel aún está húmeda, con pequeñas gotas deslizándose perezosas por su clavícula y descendiendo por la curva de sus omóplatos hasta perderse en la tela de la toalla. Su cabello, aún mojado, gotea sobre su cuello y recorre su espalda en mechones oscuros, que se pegan a su piel de la forma más jodidamente tentadora que he visto nunca.

Se queda parada al verme. Sus labios se separan en una pequeña exhalación, sus ojos se abren y un leve escalofrío le recorre los brazos. Yo, en cambio, no me muevo. Me quedo clavado en el sitio, con los puños apretados a los costados y la mandíbula en

tensión. Trago saliva, con la garganta seca. Esto es una jodida tortura.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —le pregunto con una voz más áspera de lo que me gustaría.

Ella pestañea varias veces antes de responder, como si le costara recuperar la compostura.

—No he podido dormir demasiado bien en ese sofá del infierno —se encoge de hombros, como si eso explicara todo, pero su voz no tiene la misma seguridad de siempre—. Así que pensé que lo mejor era tomar una ducha caliente para relajar los músculos agarrotados de mi espalda.

Maldita sea.

Mi mirada baja instintivamente por su cuerpo, siguiendo el camino de las gotas de agua sobre su piel. Sus clavículas, sus hombros, la curva de su cintura y el borde húmedo de la toalla que apenas se sostiene sobre sus pechos.

Aprieto los dientes.

—Joder, Sienna —gruño.

Ella traga en seco y sus manos se aferran al borde de la toalla con más fuerza.

—Yo… no sabía que estabas… —sus palabras mueren en el aire cuando me acerco.

Porque lo hago. Me acerco de forma lenta, con pasos firmes, hasta que la distancia entre nosotros se reduce a nada. Mi piel aún conserva el frío de la habitación, mientras que la de ella sigue caliente por el agua de la ducha. El contraste es jodidamente perfecto.

Sus ojos se clavan en mí, sus mejillas se tiñen de un leve color rosado y veo el movimiento de su garganta cuando traga saliva. Su cuerpo se tensa, pero no se aparta. Inclino la cabeza hacia ella, lo suficiente como para que su aliento choque con mi piel.

—¿Qué vas a hacer ahora, princesa? —susurro, con la voz impregnada de un desafío que lo cambia todo y ahora sí que tengo claro, que no hay marcha atrás.

Capítulo 16

Sienna

Intento mantener la compostura. Fingir que esto no me afecta, pero la forma en que su mirada oscura recorre mi cuerpo, enredándose en cada gota de agua que resbala por mi clavícula hasta perderse en la tela de la toalla, me hace temblar de pies a cabeza.

No dice nada. Solo respira hondo. Sabe lo que quiero y que lo estoy tentando. Yo también sé que él lo quiere tanto como yo.

Sus ojos se clavan en los míos y una corriente de calor me recorre entera. No necesito tocarlo para sentirlo. Owen está aquí, dominando el espacio con esa mezcla de control y furia contenida, que lo hace aún más jodidamente irresistible. Tiene las pupilas dilatadas, la mandíbula tensa y las manos cerradas en puños a sus costados. Está luchando contra algo dentro de sí mismo.

—Esto tiene que parar.

Su voz es un susurro grave, como si le costara admitirlo y necesitara convencerse a sí mismo más que a mí. Al escucharlo, una sonrisa se dibuja en mis labios de forma lenta y peligrosa.

—No me digas que tienes miedo, Owen.

La línea de su mandíbula se endurece aún más y veo el ligero movimiento de su garganta cuando traga saliva. Está furioso. No por lo que he dicho, sino porque sabe que tengo razón.

—No tengo miedo de nada.

Su respuesta es rápida y automática, casi como un reflejo. Al escuchar lo que acaba de decirme, mis labios se curvan un poco

más.

—Entonces, demuéstramelo.

Doy un paso hacia él. Solo uno, pero es suficiente, porque puedo sentir el calor irradiando de su piel y el ligero cosquilleo de su respiración chocando con la mía. Estamos tan cerca que podría inclinarme solo un centímetro y rozar su boca con la mía.

Mis ojos recorren su cara. La sombra de su barba, la tensión en su ceño y el temblor casi imperceptible en sus labios. A pesar de que sigue quieto, como si estuviera clavado al suelo. Pero su mirada arde. Me devora. Sé que está al límite. Puedo sentirlo. Si le doy solo un poco más, si me acerco un poco más… lo haré caer. No lo dudo y me inclino levemente, dejando que mi aliento roce su piel.

Su respiración se entrecorta y su cuerpo se tensa. Su boca está tan cerca que podría… Pero entonces… Da un paso atrás y se separa de mí de golpe, como si el contacto le quemara.

El aire en mis pulmones se congela. Parpadeo, sorprendida. ¿Acaba de…? Mis labios se entreabren para decir algo, pero Owen ya ha desviado la mirada. Se ha cerrado por completo.

—Buenas noches, Sienna —me dice con la voz tensa. Se da la vuelta y se aleja por el pasillo, con pasos largos y firmes.

Mientras yo me quedo clavada en el suelo, con el corazón latiendo demasiado rápido y la piel aún ardiendo por su cercanía. Me muerdo el labio, saboreando la frustración en mi boca. Owen Larson acaba de rechazarme, pero esto no va a quedar así.

Capítulo 17

Owen

No puedo seguir así. Desde que la conocí, he tratado de fingir que Sienna Walsh no me afecta, que su presencia no me descoloca y que nunca la he mirado con otros ojos que no sean los del mejor amigo de su hermano. Años enteros he reprimido un deseo tan intenso, que a veces sentía que se me incrustaba bajo la piel como un tatuaje permanente. Pero, ahora, todo eso se ha ido a la mierda.

Lo que pasó en el coche y lo que ha sucedido esta mañana en el pasillo… Joder, lo que ha estado a punto de pasar. Sienna me está empujando a un punto del que no hay retorno, y si no hago algo pronto, voy a perder el control por completo.

Por eso, antes de salir de mi habitación, ya tengo clara mi decisión. Necesito distanciarme de ella, no me queda otra opción.

Cuando salgo de mi dormitorio, camino con rapidez por el pasillo, evitando mirarla. Está en el sofá, con las piernas recogidas y el móvil en la mano. La imagen debería ser inocente, pero con ella nunca lo es. Porque sé que, si me acerco demasiado, si me permito verla como realmente es, una jodida representación del pecado, del vicio y de la lujuria más absoluta, cometería otro error. Así que paso de largo y sin decir nada.

Recojo las llaves del coche, la placa, la cartera. Pero cuando estoy a punto de salir, su voz suena a mi espalda.

—¿Hoy no hay ni un *buenos días*? —pregunta con descaro y sin apartar la vista del móvil.

Fuerzo mi mandíbula y me giro apenas lo justo para mirarla de reojo. Está sentada en una posición demasiado cómoda y

relajada para lo que debería estar después de lo que ha pasado entre nosotros. Se supone que tendría que estar igual de jodida que yo, pero no lo está.

Sienna juega con ventaja. Siempre lo ha hecho.

—Voy con prisa. —le contesto con voz seca y cortante.

Ella ladea la cabeza, estudiándome con esos ojos brillantes y llenos de maldita travesura.

—Claro —murmura con una sonrisita.

Aprieto las llaves en mi mano y salgo del apartamento sin esperar su respuesta.

El camino hasta la comisaría me ayuda a despejarme, aunque no lo suficiente. Acelero más de la cuenta, intento no pensar en el calor que sigue aferrándose a mi piel, ni en el eco de su respiración entrecortada cuando estuve tan jodidamente cerca de ella. Pero es inútil.

Necesito poner espacio entre ella y yo y así mantener una distancia, que me mantenga a salvo de su influjo y la única forma de conseguirlo es alejándome de casa el mayor tiempo posible, al menos, mientras tengamos que vivir bajo el mismo techo.

Por eso, en cuanto llego a la comisaría, voy directo a la oficina de mi superior. Cuando estoy frente a la puerta, me paro y respiro hondo antes de llamar.

—Adelante —dice una voz firme desde el interior.

Empujo la puerta y me encuentro con el sargento Rourke sentado detrás de su escritorio. Sujeta un bolígrafo entre los dedos y revisa un montón de papeles con el ceño fruncido. Apenas levanta la vista cuando entro.

—¿Larson?

—Necesito hablar con usted, jefe.

Al escucharme, me dedica una mirada rápida antes de soltar el bolígrafo y recostarse en la silla.

—Habla.

Tenso la mandíbula.

—Quiero cambiar mi turno.

Eso sí llama su atención.

—¿Qué?

—Quiero el turno de noche.

Rourke entrecierra los ojos, como si estuviera intentando descifrar qué demonios me pasa.

—El turno de noche no es un castigo, Larson —dice con voz seca—. Es un infierno.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué coño quieres pasarte al infierno voluntariamente?

Dudo. No puedo decirle la verdad. No puedo confesarle que la verdadera tortura es llegar a casa y encontrarme con Sienna en mi sofá, en mi ducha y hasta en mi cama. Así que improviso.

—Necesito cambiar de rutina.

Rourke suelta una risa corta.

—Eso es una mierda de excusa.

Se inclina sobre el escritorio y me clava la mirada.

—Llevas años en este turno, Larson. Es el más solicitado. Si te largas al de noche, te costará sangre, sudor y lágrimas recuperar el de ahora. Además, me jodes la organización. Eres una pieza clave en mi equipo de mañana.

Me paso una mano por la nuca, tenso.

—Solo lo necesito por un tiempo.

—No.

—Sargento…

—No —me responde con un tono firme y definitivo.

Frunzo el ceño y aprieto los dientes, sintiendo cómo la frustración me invade.

—Eres un agente rematadamente bueno, Larson. Pero algo te está jodiendo la cabeza, y no sé qué coño es. Así que lo que sea que tengas, arréglalo. Pero no lo hagas a costa de joder mi equipo.

Lo miro en silencio, con la mandíbula apretada. Sé que no voy a convencerlo.

—¿Algo más? —pregunta con frialdad.

—No, jefe.

—Bien, pues entonces desaparece de mi vista.

Regreso a mi escritorio, masticando mi frustración. Collins está sentado a su mesa, que está frente a la mía, con los pies sobre la mesa y un café en la mano. Me observa con curiosidad en cuanto me dejo caer en mi silla.

—¿Qué coño ha sido eso? —me pregunta.

No le respondo y él se ríe.

—¿Querías cambiar de turno?

No digo nada.

—Se oían desde aquí los gritos de Rourke —se ríe— ¿Por qué quieres cambiar de turno? ¿Se te ha ido la cabeza?

—Déjalo, Collins.

Pero él nunca deja nada.

—Es por ella, ¿verdad?

Me tenso.

—¿Por quién?

—Por la chica que te está volviendo un jodido desastre.

Lo fulmino con la mirada, lo que consigue que él solo se ría más fuerte.

—No es asunto tuyo.

—Exacto y, aun así, estoy disfrutando, viéndote jodido.

Le lanzo una mirada asesina, pero él solo sigue sonriendo, disfrutando de la situación. Pero no es gracioso, sino una jodida tortura. Me paso la mano por la cara con frustración, sabiendo que la única opción que tenía de evitar a Sienna se ha ido a la mierda.

Tendré que buscar otra forma de lograrlo, porque si no lo hago, si no encuentro una solución pronto… Voy a terminar haciendo algo de lo que sé que me arrepentiré cuando Axel se entere.

Capítulo 18

Sienna

Owen me está evitando. Lo sé desde el instante en que ha salido por la puerta esta mañana sin apenas mirarme, como si fuera invisible. Como si lo de anoche y todo lo que ha pasado entre nosotros estos días no hubiera existido.

No me gusta nada que se comporte así. Paso el día dándole vueltas a la forma en la que ha tensado la mandíbula cuando le he hablado, al tono seco con el que ha respondido cuando le he preguntado si se había levantado con el pie izquierdo y a la forma en la que me ha ignorado con tanta intensidad, que era evidente que le estoy afectando más de lo que querría.

Sonrío para mis adentros mientras me recojo el pelo en un moño alto y me miro en el espejo.

—Oh, Owen. ¿De verdad crees que con ignorarme esto va a desaparecer? —me digo sin dejar de mirarme al espejo con una sonrisa pícara—. Si quiere jugar a que pasas de mí, yo voy a convertirme en su jodida pesadilla.

Decido esperarlo en el salón. Me pongo una de sus camisetas, que encontré de algodón gris, con el cuello amplio y lo suficientemente grande como para que me cubra apenas la parte superior de los muslos. Debajo, solo llevo un tanga de encaje negro muy pequeño.

El sonido de la llave en la cerradura me avisa de que ha llegado. Así que me acomodo en el sofá con calma, me recuesto de lado, con una pierna ligeramente doblada y la otra estirada, con el

borde de la camiseta subiendo sobre mis muslos, dejándolos expuestos de manera intencionadamente descuidada.

Cuando entra en el salón, lo primero que hace es fijar la vista en la televisión, como si no se percatara de mi presencia.

—¿Ya de vuelta? —le pregunto con fingida inocencia.

Owen se deja caer en el sillón sin responder, toma el mando de la televisión y cambia de canal con aire despreocupado. No me mira ni me dirige una palabra. Pero noto la tensión en sus hombros y el esfuerzo que está haciendo para fingir que no existo.

Sonrío con diversión.

—¿Un día difícil? —insisto, apoyando el codo en el respaldo del sofá y girándome apenas para mirarlo mejor.

Él sigue sin mirarme, pero sé que me ha oído.

—Como cualquier otro —me contesta al fin, sin apartar la vista de la pantalla.

El salón está en penumbra, la única luz es la azulada del televisor que parpadea reflejándose en su cara. Aún lleva la ropa del trabajo: la camiseta ajustada y los vaqueros oscuros que delinean su cuerpo, la sombra de su mandíbula tensa tras una jornada que parece que no ha conseguido despejar del todo eso que le complica la existencia últimamente.

Perfecto.

Me estiro lentamente, arqueando la espalda y alzando los brazos por encima de la cabeza en un gesto perezoso. La camiseta sube más, dejando al descubierto la curva de mis muslos. Me inclino levemente hacia adelante y dejo que mi cabello se deslice por un lado de mi cuello, exponiendo la piel de mi hombro con un descuido calculado.

El mando de la televisión hace un ligero clic cuando Owen lo aprieta con más fuerza y me tengo que morder el labio para contener la sonrisa.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta de repente, con la voz ronca.

—¿Yo? Nada —susurro con dulzura, ladeando la cabeza.

Ahora sí me mira y lo hace recorriéndome de manera lenta con la mirada desde mis pies desnudos hasta el borde de la camiseta

y luego a mis ojos. Un vistazo rápido y un escaneo fugaz, que no le sirve de nada, porque yo ya sé que ha visto lo suficiente y él sabe que yo lo sé. Aun así, finge indiferencia.

—Solo intento ver la televisión sin interrupciones —masculla.

—Oh, claro. —Sonrío y me inclino hacia adelante, acercándome a él, hasta que nuestras caras están a escasos centímetros. Mi aliento roza su piel, su mandíbula se tensa aún más y sus nudillos palidecen sobre el mando—. Pero si me miras con tanto interés, al menos ten la decencia de tocar.

Él suelta un resoplido corto.

—No te estoy mirando.

—Mientes.

Owen aparta la mirada de mí con brusquedad y vuelve a centrarse en la pantalla. Pero ya es tarde. Su pecho se mueve más rápido y sus labios están apretados con fuerza, como si intentara tragarse una maldición.

Esto es demasiado divertido.

Me dejo caer contra el respaldo del sofá con un suspiro de satisfacción y sonrío para mí misma. Owen Larson puede intentar ignorarme todo lo que quiera, pero esta batalla la tengo ganada.

Owen se levanta de golpe, como si no soportara un segundo más sentado frente a mí. Como si estuviera al borde de algo que no quiere nombrar y la única forma de no hacerlo es alejarse. Sonrío con satisfacción.

—¿A dónde vas? —le pregunto con fingida inocencia, estirando las piernas sobre el sofá.

No responde de inmediato. Se queda de pie, con los puños apretados, la mandíbula tensa y con la respiración demasiado agitada para ser natural. Está conteniéndose.

Me encanta cuando se contiene.

—A cualquier lugar donde pueda ver la televisión sin interrupciones.

Me río suavemente, deslizando mis dedos por la tela de su camiseta, que es grande y cómoda, pero corta… muy corta.

—¿Qué te pasa? —le pregunto con un tono que no es más que un reto disfrazado de dulzura—. ¿Miedo de lo que puedas hacerme?

Esa frase hace que gire la cabeza en mi dirección con una lentitud calculada. Su mirada se clava en la mía con un brillo oscuro y peligroso, la sombra de su barba parece más marcada y su expresión tensa.

Entonces se acerca, pero no de manera lenta. Owen no es el tipo de hombre que le gusta andarse con rodeos. Su cuerpo es calor y firmeza, su pecho se expande mientras se inclina apenas unos centímetros, lo suficiente para que su aliento roce mi piel, para que la camiseta que llevo, la suya, parezca de repente demasiado delgada y mis piernas demasiado desnudas. El latido en mi garganta se intensifica.

—No —su voz es un susurro profundo y rasgado, que me acaricia la piel—. No tengo miedo de lo que pueda hacerte.

Su mano se tensa en el costado del sofá y el músculo de su brazo se marca bajo la tela ajustada de su camiseta.

—¿Entonces? —pregunto, aunque mi voz no es tan firme como me gustaría.

Sus ojos se clavan en los míos, su lengua se desliza por su labio inferior, apenas un segundo, y me hipnotiza.

—Tengo miedo de lo que quiero hacerte.

En ese instante, siento cómo el aire entre nosotros se corta. Sus palabras se quedan suspendidas en el espacio entre nuestras bocas, enredadas con la respiración entrecortada y con la electricidad que chisporrotea en cada centímetro de mi piel.

Mi corazón retumba en mis costillas y mis labios se separan por instinto, buscando algo que ni siquiera ha sucedido todavía. Porque Owen está al límite y, entonces, la burbuja estalla. Owen aprieta los dientes, se endereza bruscamente y se aleja de mí con un gruñido bajo.

—No. No así.

Me quedo en silencio, con los labios aún entreabiertos, con la piel ardiendo y la respiración entrecortada. Lo veo apartarse, con los

puños apretados y la frustración escrita en cada músculo de su espalda.

Se ha ido antes de que pueda reaccionar y yo me quedo en el sofá, con el deseo vibrando en mis venas y con una sola certeza en la cabeza:

Owen Larson puede intentar huir todo lo que quiera, pero tarde o temprano, va a caer y, cuando lo haga, ya no habrá vuelta atrás.

Capítulo 19

Owen

Estoy furioso conmigo, con Sienna y con toda esta jodida situación que se me está escapando de las manos.

La maldita voz de Sienna todavía resuena en mi cabeza, provocadora, burlona y me empuja más allá del límite del control que llevo toda una vida perfeccionando. Cada maldito músculo de mi cuerpo está tenso y cada fibra de mi piel grita por ella. Su respiración, su cercanía y su maldita boca a centímetros de la mía me tientan a cometer un error del que no sé si me podría arrepentir después.

La adrenalina sigue corriendo por mis venas incluso ahora, horas después de que me he alejado de ella, después de que prácticamente he huido del salón de mi apartamento con los dientes apretados y la sangre hirviendo. No ha servido de una mierda, porque mi cuerpo continúa encendido, mi mente atrapada en la imagen de sus labios entreabiertos, su piel iluminada por la tenue luz de la televisión, sus piernas largas y descubiertas bajo mi camiseta. Mi jodida camiseta.

Me paso una mano por la nuca y resoplo, frustrado. Tengo que salir de aquí. Si me quedo en este apartamento un minuto más, voy a terminar regresando al salón, empujándola contra ese sofá y dejando claro de una vez por todas, que no tiene ni idea de lo que está haciendo, porque está jugando con fuego y que, cuando termine ardiendo, no voy a ser yo el que la apague.

Busco mi móvil en la encimera de la cocina, donde lo he dejado antes de que Sienna decidiera ponerse en modo *me-importa-una-mierda-tu-autocontrol*, y marco un número sin pensar demasiado.

—¿Dime?

—Collins —gruño, con los dientes apretados.

—Vaya, si es el hombre del año. Pensé que estarías ocupado con tu desastre personal.

Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de no lanzarle el teléfono a la pared.

—Voy a salir. ¿Dónde estás?

Collins se ríe bajo, con ese tono de cabrón que sabe que me está tocando los huevos.

—Eso sí que no me lo esperaba. Normalmente eres el que se queda en casa mientras los demás salimos a divertirnos.

—Collins… —mi tono es una advertencia.

—Vale, vale, no te cabrees más de lo que ya estás. Estamos en *The Golden Fox*.

Un *pub*. Perfecto.

—Voy para allá.

Cuelgo sin esperar respuesta y agarro las llaves del coche antes de salir del apartamento, dejando la tensión pegada a las paredes, pero no a mi piel. Porque a mí me sigue acompañando en cada puto paso.

El ambiente en *The Golden Fox* es cálido, con luces tenues y música lo suficientemente alta como para que no se escuche demasiado el ruido de la gente, pero sin ser ensordecedora. Collins y un par de compañeros de la comisaría están en una mesa cerca de la barra, con botellas medio vacías y sonrisas relajadas.

Yo, en cambio, no tengo ni una jodida pizca de calma en el cuerpo.

—¡Larson! —Collins levanta su copa al verme—. Mira quién ha decidido unirse a los simples mortales.

Ignoro su comentario y me siento en la silla vacía junto a él. Uno de los chicos acerca una botella de whisky en mi dirección y ni

siquiera pregunto. Me sirvo un trago generoso en el vaso y me lo llevo a la boca sin pensarlo. El líquido arde en mi garganta, pero el calor es bienvenido.

—Así que… ¿la mujer que te tiene jodido te ha dado un respiro? —pregunta Collins, con diversión en la voz.

Lo fulmino con la mirada.

—No es nada de eso.

—Claro, colega, claro...

Uno de los otros agentes, Pérez, se ríe y se inclina hacia Collins.

—¿De quién habláis?

Collins sonríe, satisfecho de que la conversación tome el rumbo que él quiere.

—De la razón por la que Larson parece que lleva días sin dormir y con una polla más dura que el acero.

Suelto un gruñido bajo y me llevo el vaso a los labios de nuevo.

—Cierra la puta boca, Collins.

Pero mi compañero solo ríe y se apoya en la mesa con aire despreocupado.

—Tienes que contarme cómo es. ¿Está buena, al menos?

La imagen de Sienna en mi sofá, con mi camiseta cubriendo su cuerpo, pero dejando al descubierto alguna de sus malditas curvas, me invade con tanta intensidad, que tengo que cerrar los ojos un segundo.

—No voy a hablar de eso.

—¡Joder! Ahora tengo más curiosidad.

Ignoro los comentarios de Collins y me sirvo otro trago, esta vez más grande. Necesito más alcohol si quiero borrar la imagen de la forma en la que la mirada de Sienna me retaba a hacer justo lo que no debía.

—Déjalo, Collins —dice Pérez, dándole un empujón al otro—. Si Larson no quiere hablar, no lo hará.

Le agradezco el gesto con un leve movimiento de cabeza, pero sigo bebiendo. El whisky baja rápido por mi garganta, pero no lo suficiente como para borrar a Sienna de mi mente. Nunca es

suficiente y empiezo a darme cuenta de que no importa cuántas copas me tome, ni cuántas noches intente evitarla o cuántas veces me repita que no puedo desearla… Sienna Walsh está en mi sangre y no hay nada que pueda hacer para sacarla de ahí.

La música del bar retumba en el ambiente, mezclándose con el murmullo de las conversaciones y las risas dispersas. El local no está abarrotado, pero hay suficiente gente para que el ruido lo invada todo con esa sensación de desenfreno que ofrece la noche en la ciudad. Collins sigue soltando comentarios estúpidos sobre mi estado de ánimo mientras se sirve otro trago, pero yo ya he dejado de escucharlo.

Porque Sienna está aquí. La veo antes de que mi cerebro sea capaz de procesarlo del todo. Sienna aparece entre el grupo de personas que se agolpan cerca de la barra, moviéndose con esa seguridad desvergonzada que siempre la acompaña, como si el mundo entero estuviera a sus pies. El vestido que lleva es corto, demasiado, y ajustado como una segunda piel, resaltando cada una de sus jodidas curvas. Su melena cae sobre un hombro, dejando la línea de su cuello al descubierto, y sus labios están pintados de un seducto rojo intenso.

Collins continúa hablando, pero yo ya no estoy en la conversación. Mi mandíbula se aprieta al verla cómo se une a un grupo de amigas, riendo con esa naturalidad exasperante que le sale tan bien. Como si no hubiera pasado nada hace unas horas. Como si no me tuviera al borde del abismo. Pero lo peor no es eso., lo peor es que no está sola. Hay varios tipos merodeando alrededor de su grupo, algunos con copas en la mano, otros demasiado cerca y todos con esa mirada lobuna que me pone enfermo.

Uno en especial. Un imbécil con el pelo perfectamente peinado hacia atrás y la camisa abierta lo justo como para ir de sobrado. Le dice algo y ella se ríe, inclinando la cabeza y rozando su brazo como si fuera un gesto sin importancia.

Hijo de puta.

—¿Larson? —La voz de Collins me arranca de mis pensamientos—. ¿En serio? Llevas cinco minutos sin parpadear.

¿Quién demonios es la tía que te tiene así?

Me obligo a desviar la mirada y finjo desinterés, agarrando el vaso con más fuerza de la necesaria.

—Nadie.

Collins resopla con diversión, como si supiera que estoy mintiendo, pero no insiste.

Vuelvo a mirar y ella también me ha visto, estoy convencido de que ha venido a este local, porque sabría que me encontraría aquí.

Ahora dos de los tíos se acercan a ella. Uno de ellos le toca la cintura de una forma que intenta parecer casual y algo dentro de mí se retuerce con una furia contenida, que amenaza con ahogarme. Mis dedos tamborilean contra la barra mientras observo su manera de lanzarles sonrisas distraídas o de inclinarse un poco más de la cuenta cuando habla. Está jugando. Lo sé y lo hace para provocarme y para ponerme al límite. Y le está funcionando jodidamente bien.

Agarro mi vaso, me lo llevo a los labios y doy un trago largo. El alcohol desciende caliente por mi garganta, pero no apaga la rabia que se está acumulando en mi pecho. Ella lo sabe. Está demasiado tranquila, demasiado sonriente y de vez en cuando sus ojos recorren el bar buscándome a mí.

Cuando finalmente sus ojos se encuentran con los míos, lo veo. Ese brillo de desafío en sus pupilas, esa curva ladina en sus labios rojos y esa jodida satisfacción de saber que ha conseguido exactamente lo que quería.

El imbécil de la camisa abierta sigue hablándole demasiado cerca. Ella ladea la cabeza, entretenida con la conversación, pero su atención no está ahí, porque sigue clavada en mí. Y, en este momento, yo ya no pienso. Mis pies se mueven antes de que pueda detenerme y la rabia se mezcla con el deseo en un cóctel explosivo.

Cuando Sienna se da la vuelta, yo ya estoy allí, justo detrás de ella. Siento el leve sobresalto de su cuerpo antes de que se gire por completo y me encuentre con esos ojos color miel cargados de peligro. Me inclino apenas, lo justo para que mi aliento roce su oído.

—¿Divirtiéndote, princesa? —murmuro con voz grave.

Su sonrisa se ensancha de forma lenta y controlada y en ese instante lo sé: este juego acaba de subir de nivel.

Capítulo 20

Sienna

Owen está tan cerca que su calor me envuelve y me quema, sin necesidad siquiera de tocarme. Su expresión es letal, su mandíbula está tensa y su mirada me electriza de pies a cabeza.

—¿Divirtiéndote, princesa? —su voz es un susurro grave, cargada de algo peligroso.

Levanto la barbilla, desafiante. No pienso ceder ni un maldito centímetro.

—¿Y qué si lo estoy? —ladeo la cabeza y dejo que mis labios se curven con suficiencia—. Parece que tú también te lo estás pasando bien.

Sus pupilas se dilatan apenas un instante antes de que su mano se cierre alrededor de mi muñeca y tire de mí con una determinación que no deja espacio para protestas.

—Vamos.

—¿Adónde? —le pregunto dejándome arrastrar por él entre la multitud del bar.

Pero no me responde. Su agarre es firme, su espalda ancha y tensa mientras se abre paso entre la gente, ignorando las miradas curiosas y las risitas ahogadas de mis amigas. No me importa. Que miren todo lo que quieran.

Owen me lleva fuera del bar y el aire fresco de la noche golpea mi piel caliente en contraste con el calor sofocante del local. La calle está casi desierta, solo se oye el murmullo lejano de la música y alguna que otra sombra dispersa en la acera.

Me suelta, pero no se aleja. Apoya las manos en sus caderas y su pecho sube y baja con la respiración alterada. Parece estar a punto de explotar, me encanta verlo así.

—Me estás volviendo loco, Sienna —me dice con un gruñido bajo y cargado de frustración.

Me acerco un paso más a él, con la adrenalina ardiéndome bajo la piel y disfrutando de su lucha interna.

—Entonces, haz algo al respecto —le susurro, dejando caer las palabras entre nosotros como una provocación.

Siento su deseo golpeándome como una oleada sofocante y un segundo después, con un gruñido ronco, me sujeta de la cintura y me empuja contra la pared del callejón. Mi espalda choca con el ladrillo frío y su cuerpo se pega al mío con una urgencia que me deja sin aliento. Entonces me da un beso furioso, hambriento y lleno de desesperación. Su boca se apodera de la mía con una intensidad devastadora y su lengua me invade con una exigencia que me roba el aliento. Gime contra mis labios, sus manos aprietan mi cadera y me sujetan con fuerza, como si así pudiera evitar que desapareciera.

Todo es calor, urgencia y es deseo contenido explotando de golpe. Mi cuerpo se rinde, mis manos se aferran a su camiseta, tironeando de ella para acercarlo aún más, como si ya no estuviera pegado a mi cuerpo. Me devora como si llevara demasiado tiempo esperando este momento. Como si muriera de hambre y yo fuera lo único que pudiera saciarlo.

Yo también me siento así, porque lo beso con la misma ferocidad, le muerdo el labio inferior y lo escucho gruñir antes de atraparme otra vez. Porque la tensión que hemos acumulado durante todo este tiempo está explotando y ninguno de los dos parece dispuesto a detenerlo.

Sus manos exploran mi cuerpo, deslizándose por mis costados, apretándome, atrapándome contra él como si quisiera fundirme en su piel. Sus labios descienden por mi cuello y mi cabeza cae hacia atrás, sintiendo cómo su boca recorre mi cuello con besos ardientes y desesperados.

—Joder, Sienna… —murmura contra mi piel, su voz es puro deseo y furia contenida.

Me arqueo contra él, buscando más, perdiéndome en el fuego que nos consume. Pero entonces, de repente, Owen se tensa. Sus manos se congelan en mi cuerpo y su respiración se vuelve agitada. Antes de que pueda reaccionar, se separa de golpe, como si le hubiera quemado.

—Mierda…

Sin decir nada más, da un paso atrás y se va.

Capítulo 21

Sienna

Sigo en el bar, pero todo me parece irreal, como si estuviera dentro de una burbuja de niebla, que no me permite ver más allá. Mis amigas continúan riendo, bebiendo y coqueteando con los tipos que tienen alrededor, pero yo estoy en otra parte, aturdida por lo que ha pasado con Owen hace un rato.

El aire frío de la noche todavía me quema la piel. Aún siento la presión de sus manos en mis caderas, su cuerpo contra el mío y la brutalidad de ese beso que me ha dejado temblando. Era mucho más de lo que esperaba. Me ha besado como si lo necesitara para respirar, como si no pudiera aguantar ni un segundo más sin saborearme. Pero entonces, cuando el momento alcanzaba su punto más alto, ha huido. De nuevo.

Me paso la lengua por los labios, sintiendo el eco de su boca en la mía. Intento concentrarme en la conversación de mis amigas, pero cada palabra que oigo me suena distante, como si no pudiera conectar del todo con la realidad.

No logro entender por qué ha reaccionado así, por qué se ha apartado de golpe y me ha dejado allí, en mitad del callejón, con la respiración entrecortada y el corazón desbocado.

—Sienna, tía, estás en la luna —me dice Chelsea, agitando la mano frente a mi cara.

Parpadeo y me obligo a dedicarle una sonrisa que no siento.

—No, solo estaba pensando...

—Ajá, seguro —bromea ella con los ojos entrecerrados—. Pensando en cierto poli buenorro que te ha sacado del bar como si

fueras suya.

Las demás se ríen y yo finjo hacerlo también, aunque por dentro me hierve la sangre. Owen me ha hecho eso, me ha dejado en mitad de algo que ha iniciado él mismo, como si no supiera lo que quiere, como si no fuera capaz de aceptar lo que siente y lo peor es que esta no ha sido la primera vez.

—No hay nada que contar —les digo encogiéndome de hombros.

—Oh, venga ya, Sienna —insiste Penny, con una sonrisa traviesa—. Lo vimos todos. Entre tú y él saltan chispas.

¿Chispas? Es un puto incendio.

—Bueno, si hay chispas, se han apagado rápido —respondo con un toque de amargura, que intento disimular bebiendo un trago de mi copa.

Aunque no se me escapa el modo en que Chelsea me observa, con esa expresión analítica que siempre tiene cuando quiere sacarme algo.

—Es un imbécil si te ha dejado así —dice encogiéndose de hombros—. No entiendo por qué te esfuerzas tanto con él.

Ojalá yo lo supiera. Pero es difícil explicarlo. Es como una jodida guerra entre lo que quiero y lo que él intenta negarme, aunque ya estoy cansada de su actitud inmadura, de sus juegos y de que me trate como si no fuera capaz de tomar mis propias decisiones.

—Porque me da la gana —respondo al final, con una sonrisa ladeada, ignorando el nudo de frustración en mi estómago.

No quiero seguir hablando de esto, ni quiero que mis amigas se den cuenta de que, en realidad, estoy completamente jodida por culpa de él.

El resto de la noche transcurre en una sucesión de risas, que no terminan de calar en mí. Sonrío, bailo y dejo que un par de tíos se acerquen a mí para charlar, pero nada consigue distraerme de la quemadura persistente que Owen ha dejado en mi piel.

Cuando finalmente decido que he tenido suficiente y me despido de mis amigas para irme a casa, lo sé con certeza: esto no se ha terminado, ni de lejos.

Al llegar a casa, el silencio me recibe con una frialdad que no encaja con el ardor que aún recorre mi piel. El beso de Owen continúa palpitando en mi boca, en mi cuello y en cada centímetro de mi piel. Lo siento en la presión fantasma de sus manos en mi cintura y en la dureza de su cuerpo pegado al mío contra la pared del callejón.

Muerdo el interior de mi mejilla mientras me quito los tacones con movimientos bruscos. Estoy demasiado alterada e inquieta. ¿Por qué demonios se ha apartado? ¿Por qué siempre hace lo mismo? Me paso las manos por el pelo y me dejo caer en el sofá, cruzando las piernas con frustración. Me repito que no me importa, que me da igual lo que pase por su cabeza, pero sé que me estoy mintiendo. Porque sí me importa. Me importa demasiado.

En ese instante, oigo cómo la puerta de entrada al apartamento se abre y la sombra de Owen se proyecta en el recibidor. Levanto la mirada justo a tiempo para verlo cerrar la puerta tras de sí. La luz tenue de la lámpara resalta las líneas tensas de su rostro, su mandíbula firme y la sombra oscura de la barba que marca su piel. Está más serio que nunca, como si estuviera librando una batalla interna que no sé si quiero oír.

No hablamos, pero la tensión se espesa en el ambiente, envolviéndonos en un torbellino de palabras no dichas y deseos malditamente reprimidos.

Desde mi posición en el sofá lo observo moverse con su típica contención, mientras va hacia la cocina sin mirarme. Me pregunto si está evitando mi mirada, porque sabe que, si me mira demasiado tiempo, se va a perder en mí.

Me cruzo de brazos sobre el pecho y lo miro mientras abre la nevera y saca una botella de agua. Los músculos de sus brazos se tensan cuando desenrosca el tapón, como si su propio cuerpo también estuviera al límite.

Estoy harta de este silencio y de esta incertidumbre.

—¿Vas a seguir ignorándome? —rompo la quietud con una voz más dura de lo que pretendía.

Owen cierra los ojos un segundo antes de girarse.

—No te estoy ignorando.

—Ah, ¿no? Pues parece exactamente eso, porque ni me has dicho hola cuando has llegado.

Da un trago largo a su botella y después apoya las manos en la encimera, inclinando la cabeza hacia delante.

—Esto no puede seguir así —murmura al final.

Mi pecho se aprieta.

—¿Y qué es *esto*, exactamente? —pregunto, levantándome del sofá y acercándome hasta donde está él.

Owen suspira, se pasa la mano por el pelo y suelta el aire con lentitud antes de atreverse a mirarme.

—Nosotros.

Frunzo el ceño.

—¿Nosotros qué?

—Esto que estamos haciendo, Sienna. No va a llevarnos a ninguna parte.

Mi estómago se retuerce de frustración al escucharle.

—¿Y qué se supone que estamos haciendo, Owen? Porque, desde donde yo lo veo, tú eres el único que está huyendo.

Sus pupilas se oscurecen, su expresión se endurece y su mandíbula se tensa hasta el punto de que casi puedo escuchar cómo rechinan sus dientes.

—No estoy huyendo.

Me río, pero es una risa vacía y llena de veneno.

—No me hagas reír. Has salido corriendo en cuanto las cosas se han puesto intensas. Igual que has hecho otras veces, claro…

No dice nada y yo doy un paso acercándome más a él.

—¿Por qué huyes de mí ahora?

Owen me observa con el ceño fruncido, con esa forma de mirarme que hace que me hierva la piel. Como si me deseara tanto que le doliera. Pero sigue sin moverse y sin hablar.

Hasta que finalmente da un paso atrás.

—Porque si no lo hago, no voy a ser capaz de detenerme.

Y con esa frase, se gira y cierra la puerta de su habitación, dejándome con el corazón acelerado y la rabia acumulándose en mi pecho.

Maldito seas Owen Larson.

Capítulo 22

Owen

No puedo dormir. El calor sigue aferrado a mi piel, palpitando en cada uno de mis poros y manteniéndome atrapado en la sensación de su cuerpo contra el mío y en la forma en la que sus labios me devoraban con la misma desesperación que sentía yo. Es un maldito veneno que me recorre las venas, que me mantiene tenso, con los músculos agarrotados y el pulso demasiado acelerado para alguien que supuestamente ha decidido mantenerse alejado.

Me giro en la cama por quinta vez en la última media hora y gruño, maldiciendo en voz baja. No sirve de nada. No hay manera de desconectar de ella. Sienna sigue ahí, en mi cabeza, en mi cuerpo y en mis venas.

Me paso la mano por la cara y me incorporo, apoyando los codos en las rodillas. La habitación está en penumbra, la única luz proviene de la farola que hay en la calle. Pero en mi mente, todo sigue encendido. Cierro los ojos y aprieto los dientes. Tengo que calmarme, porue esto no puede seguir así.

Pero entonces, el sonido de algo moviéndose en el salón me arranca de mis pensamientos. Frunzo el ceño y aguzo el oído. Es un ruido suave, casi imperceptible, pero está ahí. Me levanto sin hacer ruido y salgo de la habitación con el ceño fruncido.

Sienna. Está en el salón moviéndose. Lo sé sin necesidad de verla. Puedo sentir su presencia, su energía, la misma que me altera y me vuelve un jodido desastre. Me acerco con cautela, apoyando una mano en el marco de la puerta antes de asomarme y ahí está. De espaldas a mí, con su melena cayendo sobre su espalda,

descalza y con una camiseta demasiado grande que apenas le cubre los muslos. Mía. Otra vez con mi ropa. Como si no tuviera ni idea de lo que me hace con esas pequeñas cosas, con su jodida facilidad para meterse bajo mi piel sin ni siquiera intentarlo.

Está de pie junto al sofá, con una copa en la mano, mirándola fijamente como si la respuesta a todo lo que la atormenta estuviera en el líquido dorado que gira en su interior. Su postura es tensa, la misma que tengo yo en cada puto músculo de mi cuerpo. No está aquí porque quiera un trago antes de dormir, está porque tampoco puede dormir, porque sigue en el mismo estado en el que estoy yo.

Exhalo por la nariz y me apoyo un poco más en el marco de la puerta. La visión de ella en mitad de la penumbra, con la tela de mi camiseta pegándose a sus curvas, con la piel de sus muslos al descubierto y con su boca apenas entreabierta en un suspiro silencioso… Es una jodida tortura. Todo en ella me llama y me dice que me acerque, que deje de huir como un crío y me rinda de una vez.

Ella lo siente. Lo sé. Su cuerpo se tensa apenas un segundo antes de que gire la cabeza hacia mí, despacio, con una mirada que me atraviesa como un cuchillo afilado.

Silencio.

Su mirada baja lentamente por mi torso desnudo y por la línea de mi abdomen, hasta la cintura del pantalón de chándal que llevo. Se detiene un instante antes de volver a subir hasta mis ojos.

Yo también la recorro con la mirada, porque, joder, es imposible no hacerlo. Su pelo despeinado y la forma en que la tela de la camiseta se ajusta a su cuerpo podría matarme ahí mismo y ni siquiera me importaría.

Trago saliva y respiro hondo, porque si no lo hago, voy a perder lo poco que me queda de control. Pero ella da un paso hacia mí y, en este instante, sé que esta noche aún no ha terminado.

Me quedo apoyado en el marco de la puerta, observándola en la penumbra del salón. Sienna aún no ha dicho nada, pero su mirada me atraviesa con una intensidad que me calienta la piel hasta hacerla arder. Trago saliva y observo de nuevo la camiseta que lleva,

mi camiseta, es una maldita provocación. No lleva nada debajo. Lo sé. Lo intuyo y ese pensamiento me revienta la cabeza.

El silencio entre nosotros se vuelve un campo minado. No hace falta que hablemos para entender que ninguno de los dos ha podido dormir, porque seguimos atrapados en la tensión insostenible que nos ha estado consumiendo desde hace días y que lo que ha pasado hace unas horas en aquel callejón ha cambiado las reglas del juego.

No es solo deseo lo que arde entre nosotros, ni tampoco solo una atracción física. Lo que hay entre Sienna y yo es algo más profundo y peligroso. Algo de lo que llevo demasiado tiempo huyendo y que ahora me está asfixiando.

Dejo de pensar justo en este instante, me impulso desde el marco de la puerta y cruzo el pasillo con pasos firmes. Cada músculo de mi cuerpo está en tensión. Sienna no se mueve cuando me acerco, ni aparta la mirada. Solo me espera.

Cuando me planto frente a ella, la veo levantar la barbilla con ese aire desafiante que me vuelve loco. Como si supiera que este es el momento en que todo va a estallar y supiera que ya no hay escapatoria. Cierro la puerta del salón tras de mí y dejo que el sonido del clic resuene entre nosotros.

—No más juegos, Sienna —le digo con voz grave.

Ella parpadea lentamente, como si mis palabras no la sorprendieran en absoluto. Como si hubiera estado esperando exactamente esto.

—¿Seguro? —murmura con una sonrisa ladeada—. Porque parece que te gusta bastante huir.

Su burla es un dardo directo a mi autocontrol. Aprieto los dientes y avanzo un paso más. Su expresión no cambia. Sus labios siguen ligeramente curvados, pero sus ojos… me dicen otra cosa. En ellos veo la misma tensión sofocante que ha estado enredándose entre nosotros desde el primer día.

Deslizo la mirada por su rostro, por sus labios entreabiertos y por la forma en que su pecho sube y baja. Sus pezones se marcan bajo la tela de la camiseta y sé que no es por el frío.

—¿Después de esta noche volverás a huir? —me susurra, pero en la quietud del salón suena como un grito.

Me quedo en silencio, dejándome envolver por la intensidad de su pregunta.

No. Esta vez no. Estoy cansado de huir y de fingir que no la quiero. De pretender que no la necesito de una manera que nunca he necesitado a nadie.

Así que niego con la cabeza, con los puños apretados y con el pulso latiéndome en las sienes.

—No —respondo con convicción—. Ya no puedo seguir negándolo.

Sienna traga saliva y en su mirada veo algo parecido al alivio mezclado con algo que me dice que ella también ha estado esperando este momento tanto como yo.

No más huidas ni juegos. Esta vez, es real y ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 23

Sienna

Owen está delante de mí, con los músculos tensos, los puños apretados y la respiración agitada. Sus ojos azules recorren cada centímetro de mi cuerpo, trazando una línea de fuego en mi piel desnuda bajo su camiseta.

No nos hemos movido en lo que parecen horas, aunque en realidad han pasado solo unos segundos desde que me ha dicho que ya no puede seguir negándolo. Su confesión sigue reverberando en mi cabeza, repitiéndose como un eco implacable que me retuerce las entrañas.

No más juegos, ni más huidas.

Esto va a suceder. Él lo sabe. Yo lo sé y no hay nada en este mundo que pueda detenerlo.

Owen da un paso hacia mí, mientras yo apenas consigo respirar. La distancia entre nuestros cuerpos se acorta, su calor me envuelve, me ahoga y me consume. Sus manos grandes y fuertes me rodean la cintura con un agarre firme, posesivo y casi desesperado. Aprieta sus dedos en mis caderas y tira de mí sin delicadeza, pegándome a su cuerpo duro y caliente, listo para devorarme.

—Dime que lo quieres —gruñe contra mis labios.

—Lo quiero —susurro sin dudarlo, mirándolo a los ojos con la misma fiereza.

Es todo lo que necesita, porque al instante su boca atrapa la mía con un hambre feroz, como si el mundo estuviera a punto de acabarse y este fuera su única manera de sobrevivir. No nos damos

un beso, ni pausado ni dulce. Es salvaje, urgente y una maldita declaración de todo lo que ha estado conteniendo durante todo este tiempo y que ahora se desata sin frenos.

Su lengua se enreda con la mía, succionando, devorando y exigiendo. Sus manos recorren mi espalda con avidez, bajan hasta mis muslos y me levantan en un solo movimiento. Rodeo su cintura con mis piernas sin pensarlo, echo la cabeza hacia atrás cuando sus labios abandonan mi boca y descienden por mi cuello. Me muerde, yo gimo y él gruñe. Me tumba en el sofá sin aviso, con el cuerpo encendido por la necesidad, con la mirada oscura y la mandíbula tensa.

—Demasiados años… —su voz es grave, ronca—. Demasiados años deseándote.

Se arrodilla entre mis piernas y con un solo movimiento me arranca la camiseta de un tirón, dejando mi piel expuesta a la frialdad de la noche.

—Owen…

No me deja hablar. Sus labios atrapan uno de mis pezones, su lengua lo acaricia, lo succiona, mientras sus manos descienden entre mis piernas y sin vacilar me rasga el tanga de encaje negro, arrancándolas como si no soportara que algo se interpusiera entre nosotros.

—Me vuelves loco —gruñe con los dientes apretados—. ¿Sabes cuántas veces he pensado en esto?

Sus dedos se deslizan entre mis muslos y apenas consigo respirar.

—¿Cuántas…? —jadeo, arqueando la espalda cuando me acaricia justo donde más lo necesito.

Owen suelta una risa grave, como si no fuera suficiente lo que ya me está haciendo.

—Tantas veces que no podría contarlas.

Me besa de nuevo, con los labios hinchados, con la respiración alterada y con la mano entre mis piernas preparándome para él. Estoy temblando y dispuesta a que me haga todo lo que ha estado soñando durante años.

Lo quiero todo.

—Fóllame, Owen —susurro en su oído, mordiéndole el lóbulo, dejándole claro que esto no es un error.

Él jura en voz baja y en un solo movimiento se libera del pantalón y aparece su tremenda erección, que acaricia con su mano derecha desde la base, la hace ascender por el cuerpo grueso y largo, hasta que llega al glande mojado y brillante. Owen se relame, sin apartar los ojos de mí, con una expresión hambrienta y oscura que me hace temblar. Se humedece los labios con la lengua, como si disfrutara torturándome con su mirada antes de probarme. Sus dedos continúan su recorrido descendente por mi piel encendida, dibujando patrones invisibles que me excitan aún más. Cuando finalmente roza mi centro con la yema de los dedos, un jadeo se escapa de mis labios.

—Estás empapada… —murmura con voz grave, enterrando su cara entre mis muslos abiertos.

Su lengua acaricia mi piel con lentitud, apenas un roce, una provocación que me hace gemir en un susurro quebrado. Su respiración se mezcla con la humedad que ya arde en mi interior y su boca se abre paso sin prisas, explorando cada uno de mis pliegues con una precisión devastadora.

—Dios… —jadeo, echando la cabeza hacia atrás cuando su lengua se desliza sobre mi clítoris, húmeda y caliente, succionándolo con la suficiente presión como para hacerme arquear contra su boca.

Owen me sujeta las caderas con firmeza y me inmoviliza mientras devora cada parte de mí con dedicación obsesiva. Su lengua se mueve en círculos lentos al principio, provocándome, jugando conmigo, hasta que de repente cambia el ritmo y su boca se convierte en un arma de puro placer. Se hunde en mí con hambre, devorándome y bebiéndose mis gemidos con cada movimiento de su lengua y su boca caliente.

—Mierda, Owen… —gimo, con los dedos enterrados en su cabello, queriendo y necesitando más.

Él gruñe contra mi piel, y la vibración de su voz en mi centro hace que mis muslos se estremezcan. Su lengua se desliza de arriba abajo con una precisión torturadora, marcando cada uno de mis

puntos sensibles, hasta que siento el orgasmo formándose dentro de mí como una ola imparable.

—Déjate llevar —murmura contra mí, sin detenerse ni darme tregua.

Y le obedezco.

Mi cuerpo se tensa de golpe y noto cómo mis músculos arden bajo el peso del placer que se despliega en mí con brutalidad. Un grito escapa de mi garganta cuando la presión se libera y mi cuerpo se sacude con espasmos incontrolables. Owen gruñe y sigue devorándome mientras el líquido brota de mí sin control. Lo escucho gemir entre mis piernas mientras me bebe entera, atrapándome con sus manos fuertes, sujetándome como si quisiera prolongar cada segundo de este éxtasis insoportable.

Mientras trato de recuperar el resuello, tiemblo a la vez que él sube por mi cuerpo, repartiendo besos por mi piel con labios húmedos, con la boca impregnada de mí.

—Joder… —murmura con la voz cargada de deseo mientras me observa con los ojos encendidos—. No tienes ni idea de lo jodidamente sexy que eres cuando te corres así.

Le sonrío y cuando me da un beso en la boca, lo siento duro y listo para mí, con su erección presionando contra mi abdomen mientras sus labios devoran mi cuello y sus manos me recorren con impaciencia. Nos estamos volviendo locos el uno por el otro y ya no hay frenos.

Mis piernas se enredan en su cintura y arqueo la espalda, instándolo a que termine con esta tortura.

—Fóllame —susurro en su oído, con la voz rota, suplicándole y rindiéndome por completo a lo que llevamos años negando.

Owen jura en voz baja, con los músculos tensos como cuerdas a punto de romperse. Con un solo movimiento noto la fricción de su piel contra la mía y me hace gemir de nuevo. Y entonces, sin darme tregua, me penetra de una sola estocada, con una fuerza que me arranca un grito desgarrado de los labios.

Me llena por completo, me invade y me posee con una necesidad brutal. Su gruñido retumba en mi oído, mientras se

entierra en lo más profundo de mí, como si tuviera que marcarme desde dentro, como si tuviera que dejar claro que le pertenezco.

—Joder… —su voz es un rugido bajo mientras su frente se apoya en la mía, con su cuerpo temblando de puro placer—. Eres perfecta.

Le clavo las uñas cuando comienza a moverse y cada una de sus embestidas es más profunda, más feroz y desesperada que la anterior. Mi espalda se arquea contra el sofá, mi cuerpo se curva contra el suyo y encajamos como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro.

—No sabes lo que me estás haciendo… —jadea contra mi boca, mordiéndome el labio antes de succionarlo otra vez.

El sonido de nuestros cuerpos chocando, de nuestros jadeos y gemidos ahogados por la urgencia del momento, lo invade todo. Me está llevando al límite, lo sabe y yo lo dejo, porque esta noche, no hay vuelta atrás.

Parece que Owen quiere más. Me levanta en brazos y me lleva hacia su habitación. Sigue besándome mientras sus manos se aferran a mi cuerpo y exploran cada rincón, como si necesitara memorizarme con las yemas de sus dedos.

Cuando cruzamos la puerta, me apoya la espalda en la pared y vuelve a besarme de forma salvaje. Sus manos recorren mi cuerpo con avidez, deslizando los dedos por mis costados, agarrando mis pechos y pellizcando mis pezones, mientras su lengua se enreda con la mía en una batalla de deseo insaciable.

—De rodillas —gruñe contra mi boca, con la voz ronca, exigiéndome sin dejar espacio para la duda.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda procesarlo y coloco mis rodillas en la alfombra y mi mirada se encuentra con la suya desde abajo. Su expresión es de pura lujuria. Su erección es imponente, gruesa, dura y palpitante. Mi boca se llena de saliva solo de verla.

Owen cuela sus dedos entre mi pelo, los enreda con firmeza y tira de mi cabeza hacia atrás, obligándome a mantener la mirada.

—Ábrela la boca.

Obedezco sin titubear. Mi lengua sale primero, acaricia la punta caliente y tensa de su polla y prueba el sabor salado de su excitación. Mi boca se abre más y lo envuelvo con mis labios, deslizándolos poco a poco y dejando que mi lengua se enrede a su alrededor mientras lo absorbo más profundo.

—Joder… —su voz es un gruñido.

Los músculos de su abdomen se tensan mientras lo siento palpitar contra mi lengua. Mi mano envuelve la base de su erección y mis labios lo recorren en un ritmo húmedo y desesperado. Lo siento estremecerse cuando lo trago aún más hondo, hasta que lo siento presionar contra mi garganta. Sus caderas se mueven en un impulso instintivo, haciéndome ahogar un gemido alrededor de su dureza.

Owen tira de mi pelo con más fuerza, guiándome a su antojo, follándome la boca como si no tuviera intención de contenerse. Su respiración se entrecorta y la tensión en su cuerpo es tan palpable que casi puedo saborearla.

—Eso es… trágatela entera… —masculla apretando la mandíbula mientras no deja de mirarme con sus ojos azules—. Sabes hacerlo, ¿verdad?

Acallo mi propio gemido mientras me hundo aún más, sintiendo cómo su erección me llena hasta lo más profundo. Mis labios se estiran alrededor de él, mis mejillas se ahuecan y mi lengua lo acaricia con desesperación.

Me encanta la sensación de su polla caliente en mi boca, adoro el sabor y la forma en que su cuerpo se sacude cuando lo devoro como si me fuera la vida en ello.

—Voy a correrme en tu boca si sigues así… —gruñe con el ceño fruncido.

Pero no me permite seguir, porque, de repente, tira de mi pelo y me separa de él con un movimiento brusco. Mi boca queda entreabierta, con la saliva brillando en mis labios y la necesidad latiendo en cada rincón de mi cuerpo.

—A cuatro patas —me ordena, con la voz grave y entrecortada.

Obedezco sin dudar. Me subo a la cama y arqueo la espalda mientras me coloco sobre mis manos y rodillas. Acto seguido, sus manos se posan en mis caderas y me dominan con su agarre antes de que la punta de su polla se deslice entre mis pliegues empapados.

—Dime cuánto lo deseas —susurra sobre mi espalda, con los labios rozando mi hombro.

—Todo… —jadeo sin vergüenza, empujando mi cuerpo hacia atrás en un intento desesperado por sentirlo dentro de mí—. Dame todo, Owen.

Tras escucharme, se hunde en mí de un solo golpe brutal, separándome y llenándome con una fuerza que me arranca un grito desgarrado.

—Joder… —gruñe, agarrando mis caderas con ambas manos.

Me folla como si estuviera consumido por la locura, como si los años de contención hubieran estallado de golpe y solo quedara la necesidad más primitiva y brutal. Su pelvis golpea contra mi culo con fuerza, con cada embistiendo cada vez de manera más profunda y feroz que la anterior.

Mi cuerpo se rinde, se dobla bajo su dominio y mis dedos se aferran a las sábanas mientras mi espalda se curva con cada acometida devastadora.

—Dios, Owen… más… más… —gimo con la voz rota, sintiendo cómo el placer se expande en oleadas imparables.

Se hunde sin piedad hasta lo más profundo de mí, golpeando justo en el punto exacto que me hace temblar y desmoronarme.

—Eres mía —gruñe entre dientes, inclinándose sobre mí mientras sus labios muerden mi cuello—. Solo mía.

Me corro con un grito desgarrado, temblando bajo él, sintiendo cómo mi cuerpo explota en un orgasmo descomunal que me deja sin aire. Pero él no se detiene sigue follándome, mientras continúo invadida por el orgasmo y lo prologa e intensifica hasta que mi mente se nubla de puro placer.

Cuando me suelta, me derrumbo sobre las sábanas con las piernas aún temblando. Pero Owen no ha terminado conmigo.

—Ven aquí —gruñe, tirando de mi brazo y obligándome a montarlo.

Jadeando, me subo a horcajadas sobre él y me apoyo en su pecho para guiar su erección de nuevo dentro de mí.

—Mírame mientras me cabalgas—me ordena con la voz ronca y las pupilas dilatadas de puro deseo.

Le obedezco y me incorporo, apoyando las manos en su abdomen y moviendo mis caderas en círculos lentos, sintiendo cómo cada centímetro de él se clava dentro de mí.

—Dios, Sienna… —gruñe entre dientes, con las manos agarrando mis pechos, estrujándolos mientras su mirada se oscurece aún más—. Eres tan jodidamente hermosa…

Cierro los ojos y me dejo llevar. Me muevo sobre él con ansias y desesperación, sintiendo cada latido de su polla en mi interior. Su agarre en mis caderas me ayuda a marcar el ritmo.

Cuando finalmente se deja ir, y el orgasmo lo alcanza, se arquea debajo de mí con un gruñido gutural, llenándome con su calor y su deseo, mientras me pega a su cuerpo rodeándome con sus brazos.

Capítulo 24

Owen

Mi dormitorio está en penumbra. La única luz que nos alcanza es la de las farolas de la calle. Nuestras respiraciones aún están alteradas y Sienna sigue tumbada junto a mí, con la piel pegada a la mía, cálida, húmeda y todavía temblorosa. Tiene el pelo revuelto sobre el cojín, algunas hebras pegadas a su frente. La observo en silencio mientras trato de recuperar el aliento. Tiene los labios hinchados y su pecho sube y baja con la misma irregularidad que el mío.

Me estoy metiendo en un problema muy gordo, pero no puedo apartarme de ella y hacer como si no hubiera sucedido nada… No quiero hacerlo.

Justo en ese momento, abre los ojos y me observa con su habitual intensidad y sonríe. Podría soltar algo sarcástico para aliviar la tensión, pero esta vez no lo hace. Solo me mira, y eso es peor, porque esa mirada me está diciendo todo lo que ninguno de los dos se atreve a poner en palabras.

Le paso la mano por la cintura y la atraigo hacia mí. Me pone las manos en el pecho y recorre las cicatrices, que la vida me ha dejado, con la punta de los dedos. Me siento jodidamente expuesto, pero no me aparto.

—Owen —susurra tras humedecerse los labios.

Me inclino un poco más sobre ella y rozo su frente con la mía.

—Ahora sí estamos jodidos —le digo y rozo mis labios con los suyos.

Ella no se aparta. Es la primera vez que hemos permitido que esto suceda, aunque estoy convencido de que en algún momento el

mundo va a estrellarse contra nosotros y la realidad va a entrar en esta habitación y nos va a poner contra las cuerdas.

Sienna exhala un suspiro y sigue mirándome. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero mis brazos la envuelven sin que me dé cuenta. Su cuerpo se acomoda en el mío y su respiración se ralentiza poco a poco. La observo y veo cómo se queda dormida. Puedo sentirlo en la forma en que su cuerpo se afloja junto al mío y en la forma en que su mano se pasea perezosamente por mi pecho hasta detenerse sobre mi corazón. Me quedo quieto, escuchando el suave sonido de su respiración y notando cómo su calor se filtra bajo mi piel.

Me recreo en su cara relajada y me encuentro con una Sienna muy distinta a la que conozco, una mujer vulnerable que consigue llegarme al corazón.

¿Qué coño estamos haciendo? ¿Cómo se supone que vamos a salir de esto sin destrozarnos en el intento?

La verdad es que no lo sé, aunque, ahora mismo con ella entre mis brazos y su cuerpo pegado al mío, no me importa.

Capítulo 25

Owen

La habitación está en completo silencio, aunque me llegan los ruidos lejanos de la ciudad que empiezan a filtrarse por la ventana. Sienna sigue dormida a mi lado. Respira de forma suave y tiene el cuerpo enredado entre las sábanas. Su pelo está esparcido sobre la almohada, con mechones que le cubren la cara. Me quedo quieto, observándola. Es jodidamente hermosa y eso solo logra empeorar las cosas. Me detengo en la forma en que su espalda se curva ligeramente al respirar y en la manera en que sus labios, aún hinchados, se separan con cada exhalación. Cada parte de ella me confirma que la noche anterior fue real y que lo que hicimos no podemos borrarlo de nuestro recuerdo como si nunca hubiese sucedido.

¿Cómo coño puede dejar que pasase?

Mi mano se mueve desde su hombro hasta su brazo desnudo. Tiene la piel caliente, como si aún quedara el rastro de mi boca sobre ella. No debería tocarla, ni siquiera debería seguir mirándola, pero el deseo sigue ardiendo en mi interior. Lo peor de todo es que no es solo físico, va mucho más y eso lo hace infinitamente peor. Porque esto no es algo que pueda sacarlo de mí con un par de duchas frías y unas cuantas noches sin dormir. Chasqueo los labios y suelto un suspiro. Me aparto de ella con cuidado, sin despertarla.

No estoy listo para hacer frente a esto. Salgo de la cama haciendo el menor ruido posible y me visto en silencio, recogiendo la ropa esparcida por el suelo, sin poder dejar de recordar lo que ha pasado en esta habitación hace unas horas. Los gemidos apagados,

las uñas en mi espalda, el roce de sus piernas enredadas en mi cintura… No hay forma de escapar de lo que hicimos ni de lo que significa.

¿Cómo coño he sido capaz de acostarme con la hermana de Axel? ¿En qué estaba pensando?

La culpa empieza a devorarme desde dentro. He traicionado a mi mejor amigo de la peor forma posible. Axel me ha confiado lo más importante para él: su hermana. Y yo, como un cabrón sin principios, me he aprovechado de su confianza para acabar follándomela.

Salgo de la habitación antes de que la culpa me estrangule del todo. Necesito despejarme, salir de aquí y llenarme los pulmones con el aire frío del amanecer de Nueva York.

Cruzo el pasillo con pasos silenciosos y el corazón encogido por algo que no sé si es arrepentimiento o solo miedo. En el salón, el sofá sigue revuelto y con las marcas de nuestra desesperación todavía visibles en la tela.

Chasqueo los labios y niego con la cabeza con la certeza de que ya no puedo fingir que lo que ha sucedido entre Sienna y yo esta noche no ha sido real.

Agarro la bolsa del gimnasio, que tengo preparada sobre la mesa del salón antes de salir de casa. No suelo ir tan temprano, pero hoy no puedo permitirme estar aquí cuando ella se despierte. Necesito cansarme y quemar la energía que aún me recorre el cuerpo después de la noche que he pasado con ella. Si quiero estar tranquilo en la comisaría y ser capaz de mirarme al espejo sin ver a un traidor, tengo que sacarme a Sienna de la cabeza, aunque no tengo ni puta idea de cómo hacerlo.

Salgo de casa y cierro la puerta sin hacer ruido. Cuando salgo del portal, la calle está fría, el aire cortante me golpea en la cara mientras me adentro en la madrugada neoyorquina. El tráfico aún no es denso, pero hay suficientes luces y ruido como para recordarme que la ciudad nunca duerme. Como yo.

Camino con paso rápido hasta el gimnasio, apretando los puños dentro de los bolsillos de mi chaqueta. Siento la mandíbula tensa y los músculos de mi cuello agarrotados. No quiero pensar ni

recordar cómo fue el roce de su piel contra la mía, ni cómo era el sonido de su voz mientras decía mi nombre entre gemidos.

Cuando llego al gimnasio, voy directo a la zona de pesas. Pongo más carga de la que suelo usar, porque necesito castigar mi cuerpo y desgastarlo hasta que solo quede agotamiento en mis músculos. Pero no funciona. No importa cuánto peso levante, cuántas millas corra o cuánto sude, porque no hay nada que me haga olvidar la sensación de tener a Sienna debajo mí.

Capítulo 26

Sienna

El silencio de la habitación me despierta. No noto ninguna otra respiración además de la mía. Solo el eco de mi propio cuerpo reclamando la ausencia de Owen.

Abro los ojos con pereza, me giro en la cama y veo que el espacio junto a mí está vacío. Solo encuentro las sábanas revueltas. El pecho se me encoge. Owen se ha ido sin ni siquiera esperar a que despertara.

Me incorporo lentamente, arrastrando las manos por la tela, como si pudiera encontrar un rastro de él en la cama. Pero no hay nada, salvo el olor a sexo y su perfume impregnado en la almohada y en mi piel. No debería sentirme así, ni debería importarme tanto que haya desaparecido antes de que pudiera verle, pero lo hace.

Me levanto y voy hacia el salón. Cojo mi bolso y saco mi teléfono, lo desbloqueo y reviso las notificaciones. Nada. No hay un solo mensaje de Owen. Aprieto los labios y dudo. Debería escribirle. Preguntarle dónde está y si piensa volver pronto. Pero no lo hago. Me quedo mirando la pantalla como una idiota, esperando algo que sé que no va a llegar.

El estómago se me revuelve, porque en ese instante viene a mi memoria la última vez que me sentí así. La última vez que esperé un mensaje, una llamada o cualquier señal que nunca llegó. Mi ex también desaparecía sin avisar y sin dar explicaciones, dejándome con el estúpido sentimiento de que yo no era suficiente. Y luego, cuando volvía, tenía que fingir que no me importaba ni me hacía daño. Pero esto es diferente, porque con Owen, aunque quiera

engañarme a mí misma, lo que siento es mucho más fuerte y eso lo hace aún peor.

Respiro hondo y dejo el móvil dentro del bolso de nuevo. No puedo quedarme esperando por algo que no va a suceder, ya no soy la Sienna de antes. Así que me voy al baño a darme una ducha con la esperanza de que me ayude a despejarme.

El agua caliente golpea mi piel y relaja mis músculos, pero no logra borrar la sensación de vacío que ha dejado Owen al irse sin decir nada. Me paso las manos por la cara y suspiro. No voy a darle más vueltas. Tengo que ir a trabajar y concentrarme en algo que no sea él.

Salgo de la ducha, me visto con ropa cómoda, me recojo el pelo en un moño y agarro mi bolso antes de salir del apartamento. Bajo por las escaleras hasta la calle y camino con paso firme hasta la oficina, con los auriculares puestos y la música a todo volumen. Cuando llego, me obligo a sonreír y a comportarme como si todo estuviera bien. Como si mi mundo no se hubiera desmoronado un poco esta mañana, aunque cada vez que cierro los ojos, veo a Owen.

—Sienna, ven, vamos a la cocina a por un café —me dice Gina, mi compañera de trabajo, asomándose por encima del monitor.

Levanto la mirada de la pantalla y asiento. No he sido capaz de concentrarme en nada desde que llegué a la oficina y tal vez la cafeína me ayude a pensar con más claridad. Me levanto y la sigo por el pasillo hasta la pequeña cocina que tenemos en la oficina.

—Menuda cara traes hoy —me comenta con una sonrisa, mientras se apoya en la encimera y me observa con curiosidad—. No me digas que anoche saliste y acabaste de fiesta sin mí.

Suelto una risa breve mientras preparo el café.

—Ojalá hubiera sido una fiesta —digo con una sonrisa ladeada—. Conocí a un tío y acabamos follando como locos.

—¡No jodas! —exclama, abriendo los ojos con sorpresa—. Pero qué calladito te lo tenías, ¡cuéntamelo todo!

Le paso una taza de café y me apoyo en la mesa, dándole un sorbo al mío antes de hablar.

—Tampoco hay mucho que contar. Nos conocimos, nos gustamos y… bueno, lo demás ya te lo imaginas —bromeo, quitándole hierro al asunto.

—Por la cara que traes, debió ser de esos polvos que te dejan temblando días —dice, guiñándome un ojo.

Me río con ella, aunque por dentro no puedo dejar de pensar que lo de anoche con Owen no fue solo sexo o, al menos, no lo fue para mí.

A pesar de que me gustaría convencerme de que fue un polvo puntual y que solo nos dejamos llevar por el momento, sé que no es cierto. Lo que sucedió entre nosotros fue intenso y real y, aunque me gustaría fingir que no me afecta, lo hace y mucho.

No me gustaría que lo de anoche quedase en eso. Porque para mí, Owen significa mucho más.

Capítulo 27

Sienna

El día en la oficina se me ha hecho eterno. Desde que he llegado, he intentado sumergirme en mi trabajo, concentrarme en la reunión que he tenido hace un rato y en los correos que han llegado a mi bandeja de entrada. Pero no ha servido de nada, porque Owen ha continuado en mi cabeza todo el tiempo. Su cuerpo, su boca, su forma de tocarme y devorarme... Todo sigue latiendo en mi piel como si su ausencia no pudiera borrar lo que pasó anoche.

Camino por la calle con pasos rápidos, con la única idea de llegar cuanto antes al apartamento. No he dejado de pensar en lo que le voy a decir en cuanto lo vea, porque esta mañana se ha largado sin decirme nada y sin ni siquiera esperar a que me despertara. Además, yo no soy el tipo de mujer que se queda esperando un mensaje que no llega, pero con él es diferente, porque él es Owen y eso lo cambia todo.

Respiro hondo antes de girar la llave y abrir la puerta del apartamento. Todo está en silencio, aunque desde la puerta me llega un color de comida delicioso. Me detengo un segundo en el umbral, desconcertada. Después, camino hacia la cocina y antes de llegar veo que la luz está encendida. Cuando estoy frente a la puerta de la cocina lo encuentro de espaldas, en camiseta y pantalones de deporte, revolviendo algo en una sartén como si fuera la persona más tranquila del mundo. Como si esta mañana no hubiera desaparecido sin dejar rastro.

—Vaya —comento desde el umbral con una sonrisa irónica—. Así que eres de esos que desaparecen sin decir adiós.

Owen gira la cabeza un poco, lo justo para lanzarme una mirada indescifrable antes de volver a centrarse en la sartén.

—No sabía que tenía que dejarte una nota —responde con un tono relajado y demasiado casual para mi gusto.

Entro en la cocina y me cruzo de brazos al apoyarme en la encimera. Si cree que voy a dejar que se salga con la suya, está muy equivocado.

—No hace falta una nota, con decir adiós me habría bastado.

Suelta un suspiro y deja la espátula sobre la encimera antes de girarse hacia mí. Su expresión es seria, aunque en sus ojos percibo que intenta ocultar algo tras esa actitud despreocupada.

—No quería despertarte.

—No me jodas —respondo con una risa incrédula—. Qué caballeroso. ¿Es así como funciona esto? ¿Me follas y luego te largas antes de que amanezca?

Owen aprieta la mandíbula y noto cómo su cuerpo se tensa, pero no suelta ni media palabra. Me acerco más a él, buscando su reacción, mientras espero ver algo que me confirme que esto no es solo atracción física, sino que para él lo que sucedió anoche también fue más que sexo. Pero se mantiene inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si estuviera esperando a que termine mi discurso.

—Si crees que voy a fingir que no ha ocurrido nada entre nosotros, estás muy equivocado. Yo no soy como una de esas tías que te follas y luego no vuelves a ver. Yo no soy un pañuelo de papel de esos de usar y tirar.

Su mirada se endurece y, por un instante, pienso que va a responder con una de sus frases cortantes y se va a encerrar en sí mismo como siempre hace. Pero en lugar de eso, deja escapar un suspiro y se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más.

—Sienna…

—No, no me vengas con excusas. Me debes una explicación o, al menos, la decencia de reconocer que esto no es solo un polvo más en tu larga lista de sexo sin compromiso.

Tras escucharme, aprieta los labios y desvía la mirada. Me quedo esperando, con los brazos cruzados y el pulso desbocado a

que responda o haga algo. Pero antes, respira hondo hasta que al final alza la vista para mirarme directamente a los ojos.

—No es tan simple, Sienna.

—Claro que no lo es. Pero eso no significa que puedas largarte como si no hubiera pasado nada entre tú y yo.

Niega con la cabeza y me observa durante unos segundos que se hacen eternos. La tensión entre nosotros es extrema, como una cuerda a punto de romperse y yo estoy lista para lo que sea que venga después.

Capítulo 28

Sienna

Owen me mira en silencio con la mandíbula tensa y los brazos cruzados sobre el pecho en un intento fallido de mantener la distancia. Pero no pienso dejar que esto se quede así. No después de lo que pasó anoche, de lo que sentimos cuando sus manos estaban sobre mi piel y de la manera en que me devoró como si no pudiera tener suficiente. No pienso permitir que lo reduzca a un simple error, porque no soy una de esas chicas de usar y tirar.

—¿Eso es todo? —le pregunto, clavando mis ojos en los suyos —. ¿Esperas que lo acepte sin más?

Owen entrecierra los ojos y suelta un suspiro frustrado.

—Sienna…

—No —le corto, sin apartar la mirada—. No voy a ser yo la que haga como que no ha pasado nada, ni que me quede esperando a que decidas qué significa esto. Si para ti fue solo una noche más, dímelo a la cara y te prometo que no volveré a mencionarlo.

Su boca se abre, pero no dice nada. Es como si las palabras se le quedaran atrapadas en la garganta. Y ese silencio lo dice todo. No necesita que lo diga en voz alta, porque lo entiendo de sobras. No quiere dar el paso, ni complicarse, ni enfrentarse a lo que siente.

Bien. Que así sea.

Recojo mi bolso de la silla y me dirijo hacia la puerta de la cocina, sintiendo su mirada en mi espalda, pero no me detengo. No pienso rogarle que me dé explicaciones, ni continuar siendo la que provoca, la que busca y la que está dispuesta a arriesgarse mientras él se protege tras sus muros.

A partir de ahora, se acabó.

Lo ignoro el resto de la noche. Ceno en silencio, sin ni siquiera mirarlo. Me siento en el sofá y cuando me pongo a dormir, sin darle ni las buenas noches, no pienso en su cuerpo junto al mío, ni en cómo me hizo sentir anoche.

Por la mañana, me despierto temprano, más por costumbre que por necesidad. Camino por el apartamento como si no existiera. Paso por su lado sin dirigirle la palabra, como si fuera un fantasma. Me hago un café para mí, sin ofrecerle. Me siento en el sofá con el portátil en las piernas y me concentro en el trabajo, sin ni siquiera mirarle.

Por primera vez, me fuerzo en no llamar su atención, ni tampoco le lanzo indirectas, ni le provoco, ni le insisto. Simplemente dejo de intentarlo.

Él finge que no le importa. Pero su mirada se detiene en mí más veces de las que debería. Puedo sentir cómo lucha contra el impulso de decir algo, pero no lo hace.

Me parece genial que, al fin, tome de su propia medicina.

Cuando salgo del apartamento para ir al trabajo, lo hago sin despedirme y camino por la calle con la cabeza alta, ignorando el torbellino de emociones que se agita dentro de mí. Me repito a mí misma que esto es lo correcto, que no voy a volver a ser la chica que le va a esperar eternamente, porque ya tuvo su oportunidad y la desperdició.

Paso el día fingiendo que estoy bien y que no tengo nada en la cabeza salvo el trabajo. Pero cada vez que mi teléfono vibra, mi pecho se encoge con la absurda esperanza de que sea un mensaje suyo, pero nunca lo es.

Cuando regreso al apartamento, todo sigue igual. Owen está en la cocina, pero esta vez ni siquiera le lanzo un comentario sarcástico, ni una mirada, ni un gesto. Solo me voy al salón, dejo mis cosas y me siento en el sofá. Ahora mismo, me encantaría regresar a mi apartamento, pero los del seguro ni siquiera han evaluado aún los daños del agua, así que pinta para largo lo de compartir techo con Owen.

Así que, mientras continúe en su apartamento, si esto es lo que él quiere, yo puedo jugar el mismo juego, pero lo que no sabe es que yo sé jugarlo mejor que él.

Capítulo 29

Owen

La diferencia es evidente. Sienna ha decidido ignorarme y, aunque intento convencerme de que me da igual, no es así. No lo es en absoluto.

Cada día es un jodido infierno. Ahora se mueve por el apartamento como si yo no existiera. Pasa por mi lado sin dirigirme una palabra, sin mirarme ni provocarme con su lengua afilada. Se prepara el café y no me pregunta si quiero uno, cena sin dirigirme ni uno de sus típicos comentarios mordaces. En definitiva, hace su vida sin mí y eso me está volviendo loco.

Intento aguantar y repetir en mi cabeza que esto es lo que quiero, que es mejor así y que si pongo distancia, todo volverá a la normalidad. Pero no hay nada normal en la forma en que la necesito, ni en cómo me carcome por dentro verla caminar por el apartamento sin dirigirme ni un puto vistazo, ni en cómo paso las noches en vela porque ella está a unos metros de mí, pero más lejos que nunca.

Las horas pasan lentas, los días se hacen pesado y cada segundo de su indiferencia es un puñetazo directo a mi estómago.

El ambiente en el apartamento se ha vuelto casi asfixiante. No es solo la tensión, sino la falta de ella. Es el vacío que deja su ausencia, aunque siga aquí. Antes discutíamos, jugábamos, nos desafiábamos con cada palabra, en cambio, ahora solo hay una distancia helada entre ella y yo, que me cala los huesos.

Me sorprendo buscándola sin querer. Si estoy en la cocina, aguanto la respiración cuando la escucho entrar al salón, esperando

una frase, un roce o cualquier señal de que sigue ahí. Pero ella sigue su propio camino, sin mirarme ni demostrarme nada y eso me mata.

Hasta que exploto.

Es tarde, demasiado. He vuelto de la comisaría agotado, con la cabeza cargada y la tensión calada en los músculos de todo mi cuerpo. Y ahí está ella, sentada en el sofá, con el portátil sobre las piernas, como si yo fuera invisible.

—Vale, ya basta —le suelto y me cruzo de brazos mientras la observo desde el umbral del salón.

Sienna ni siquiera levanta la mirada de la pantalla.

—¿Basta de qué? —responde con tono monótono.

—De esta mierda —espeto, apretando la mandíbula—. De esta actitud infantil, de comportarte como si no existiera y de fingir que lo que pasó entre nosotros no significa nada.

Cierra el portátil con un golpe seco y, esta vez, sí me mira. Su expresión es puro fuego contenido, una bomba de relojería a punto de estallar.

—¿Infantil? —se levanta despacio, dejando el ordenador a un lado—. ¿Ahora soy infantil? Explícame cómo funciona esto, porque parece que solo cuenta cuando tú decides que cuenta. Cuando desapareces sin decir nada, es normal, ¿no? Pero cuando yo hago lo mismo, ¿de repente es un problema?

Niego con la cabeza, sintiendo la rabia latente en cada centímetro de mi piel.

—No es lo mismo, joder.

—Ah, ¿no? —da un paso hacia mí, desafiante—. Ilumíname, te lo ruego. Dime cuál es la diferencia. ¿Que esta vez soy yo la que no te sigue el juego?

Aprieto los puños. Me hiere con cada palabra que dice, porque sé que tiene razón, aunque no quiero admitir lo que esto realmente significa.

—Sabes que no es eso.

—No, Owen. No sé nada, porque no me dices una mierda —alza la voz, exasperada—. Me follaste y al día siguiente te largaste como si no hubiera pasado nada. ¿Y ahora te atreves a enfadarte porque yo te pago con la misma moneda?

Ambos nos quedamos en silencio. Ambos respiramos de manera agitada. Su pecho sube y baja con fuerza y tiene los labios apretados en una fina línea. Sé que debería decir algo y aclarar esto de una puta vez. Pero mi boca no se abre y mi orgullo me mantiene clavado en el sitio.

—Dilo, Owen —exige, mirándome fijamente—. Dime que lo que sucedió entre tú y yo no significó nada para ti. Hazlo, y te prometo que esto se acaba aquí.

El pulso me golpea en las sienes. Es ahora o nunca. O la dejo ir o la retengo con la verdad. Pero no puedo soltarlo ni admitirlo y su gesto se endurece cuando se da cuenta de que no pienso hacerlo.

—Si no me quieres, dilo —su voz se rompe apenas un segundo, pero su mirada sigue firme—. Pero no te atrevas a actuar como si lo que pasó la otra noche no hubiera significado nada para ti.

Me quedo mudo. De repente, todo el ruido en mi cabeza se calla, porque en este instante lo entiendo. Si la pierdo, si dejo que se marche de verdad, será lo peor que me haya pasado nunca, aunque aún no sé si estoy listo para admitirlo.

Capítulo 30

Owen

Estoy atrapado entre lo que quiero y lo que debería hacer. Entre el deseo que me consume y el miedo a perderlo todo si Axel se entera.

Sienna está a pocos metros de mí, sentada en el sofá con el portátil sobre las piernas y concentrada en la pantalla como si no pasara nada. Como si no acabáramos de gritarnos verdades que ninguno de los dos estaba preparado para decir en voz alta. Pero sé que lo siente y que esta distancia impuesta no la deja respirar del todo. Igual que a mí.

Me paso una mano por la nuca con la sensación de que algo está a punto de estallar y de que estamos jugando a un juego que ninguno sabe cómo ganar. Pero entonces el móvil de Sienna suena y mi cuerpo se tensa en el acto cuando veo el nombre de Axel en la pantalla.

Levanta la mirada hacia mí un segundo y el brillo en sus ojos delata que lo mismo que se me ha pasado por la cabeza a mí, se le ha pasado a ella. Si él supiera lo que está ocurriendo, si tuviera la más mínima sospecha…

—No digas nada raro —me advierte en voz baja antes de contestar.

Coloca el móvil frente a ella y sonríe con naturalidad fingida.

—¡Ey, hermanito!

Fuerzo mi cuerpo a relajar la postura y me siento recto a su lado en el sofá, aparentando indiferencia, aunque en mi pecho siento un nudo de tensión, que me impide respirar con normalidad. En la pantalla aparece el rostro de Axel, con el fondo de su

apartamento en Londres. Se ve cansado, pero su expresión parece como si estuviera analizando cada gesto de su hermana.

—Te he llamado varias veces estos días y no me has devuelto la llamada. ¿Estás bien?

—Sí, claro. El trabajo me tiene ocupada. Ya sabes…— responde ella con tono casual.

Axel asiente, pero su mirada se enfoca en mí.

—¿Y tú qué, Owen? ¿Sigues vivo o Sienna ya te ha sacado de quicio?

Fuerzo una sonrisa y asiento.

—Todo en orden, tío. Tu hermana es… manejable.

Sienna me fulmina con la mirada y disimula con una risa forzada.

—Ah, ¿sí? —pregunta Axel, entrecerrando los ojos—. Porque alguien me ha dicho que os ha visto juntos… y que no parecía que os llevarais como simples compañeros de piso.

Sienna suelta una carcajada, un poco más forzada de lo normal. Se recuesta en el sofá con aparente despreocupación y sacude la mano en el aire.

—¿Quién te ha contado esa tontería? Seguro que alguien ha sacado las cosas de contexto. ¿Desde cuándo la gente no puede convivir sin que haya chismes de por medio?

Axel ladea la cabeza, evaluando su respuesta y me mira a mí. Trago saliva con disimulo y me esfuerzo en mantenerme relajado, como si lo que acaba de decir no me pusiera contra las cuerdas.

—Eso digo yo —intervengo con una sonrisa casual—. A veces la gente exagera por diversión. Lo cierto es que apenas coincidimos en casa. Ella está con su trabajo, yo con el mío…

—Ajá —Axel entrecierra los ojos, claramente poco convencido —. ¿Entonces tampoco os han visto juntos en…? —deja la frase en el aire, esperando nuestra reacción.

Sienna resopla y apoya la cabeza en el respaldo, fingiendo aburrimiento.

—Axel, en serio, ¿desde cuándo te interesa tanto mi vida diaria? Lo único que hago es trabajar y, cuando me queda algo de tiempo libre, intento no enloquecer porque mi apartamento sigue sin

estar habitable. Si alguien nos ha visto juntos, seguramente era porque íbamos al supermercado o porque hemos coincidido casualmente de camino a casa, nada más.

Él sigue mirándola en silencio, con ese gesto de hermano mayor que la conoce demasiado bien. No me pasa desapercibido que sus ojos se endurecen un poco antes de esbozar una media sonrisa.

—Bueno, si tú lo dices…

Ninguno de los dos se mueve, esperando que Axel suelte algún otro comentario sospechoso. Pero él simplemente se recuesta en su silla y cambia de tema.

—En fin, te llamaba para saber si ya te han dicho algo sobre tu apartamento. ¿Sigues sin poder mudarte?

Sienna se relaja un poco y niega con la cabeza.

—Nada todavía. Los del seguro van a paso de tortuga. No sé cuánto más tendré que seguir molestando a Owen —le dice encogiéndose de hombros con gesto inocente.

Axel suelta una risa seca.

—Bueno, mientras no lo mates en el intento…

La conversación sigue unos minutos más, por suerte, sin más sobresaltos. Cuando finalmente colgamos, Sienna y yo nos quedamos en silencio unos segundos, como si estuviéramos esperando que Axel reapareciera en la pantalla y dijera: «Os he pillado». Pero, por suerte, el móvil permanece inerte sobre la mesa.

Ella deja escapar un suspiro y se gira hacia mí para mirarme.

—¿Crees que se lo ha tragado?

Me paso una mano por mi mandíbula tensa y dejo escapar una exhalación lenta.

—No lo sé. Axel sabe disimular muy bien cuando quiere. Pero, por ahora, parece que nos hemos salido de esta.

Sienna asiente, aunque su expresión sigue cargada de inquietud. Y yo, por primera vez en días, me doy cuenta de que el miedo que me ha estado carcomiendo no es solo perder la amistad de Axel, sino también perderla a ella.

Capítulo 31

Sienna

Después de la videollamada con Axel, dejo el móvil sobre la pequeña mesa que tenemos frente a nosotros y me hundo en el sofá con una sensación de agotamiento, que no tiene nada que ver con el cansancio físico. La tensión de haber tenido que fingir a mi hermano, de haber mantenido la compostura y actuar como si todo estuviera en orden, me ha dejado sin energía.

Cojo el portátil y me pongo los auriculares, intentando concentrarme en una serie que he visto mil veces. Necesito algo que me distraiga y me haga olvidar durante al menos unos minutos el desastre en el que estoy metida.

Pero no han pasado ni cinco minutos cuando Owen interrumpe mi intento de evasión.

—¿Quieres ver una película? —me pregunta con voz neutra desde el otro lado del sofá.

No levanto la vista de la pantalla.

—No.

El silencio se extiende entre nosotros, pero puedo notar su mirada fija en mí. Sé que está analizando cada uno de mis gestos, para encontrar una grieta por la que colarse.

—¿Por qué sigues tan distante? —su voz es más baja esta vez, casi tensa.

Suelto un resoplido y me quito los auriculares con brusquedad. Lo miro con incredulidad, como si no pudiera creer lo que acaba de decir.

—¿De verdad me lo preguntas? —suelto una risa amarga—. No me gusta que me traten como si fuera algo de usar y tirar.

Su mandíbula se tensa y veo cómo aprieta los puños sobre sus rodillas.

—Yo no hago eso contigo.

—Ah, ¿no? —arqueo una ceja—. Entonces explícame qué fue lo de la otra noche mientras yo dormía tan tranquila, porque a mí me pareció exactamente eso.

Se pasa una mano por la cara y niega con la cabeza.

—No es tan sencillo, Sienna.

—Para mí sí lo es —respondo con firmeza—. O me quieres o no me quieres. No hay término medio.

Owen me mira fijamente, atrapado en su propio dilema interno. Sé que está debatiéndose consigo mismo y que está luchando contra algo que ni siquiera se atreve a nombrar en voz alta.

La tensión entre nosotros crece. Me cruzo de brazos, esperando su respuesta, pero solo consigo que se pase la mano por la nuca y se levante del sofá, caminando por el salón con la mandíbula apretada. Sé que no quiere admitirlo, que lo que siente por mí lo devora y al mismo tiempo lo asusta. Pero yo no pienso seguir esperando.

—Dilo, Owen, dilo de una maldita vez. —Mi voz es firme, aunque siento cómo mi estómago se encoge.

Él se detiene, me mira y frunce el ceño.

—No es tan fácil.

—Claro que lo es. Lo haces difícil, porque no quieres hacerle frente.

—Lo que quiero no tiene nada que ver con lo que es correcto —dice en voz baja con tono grave.

Me levanto del sofá, acercándome lo justo para que la distancia entre nosotros sea mínima. Lo reto a seguir huyendo y a seguir diciéndose a sí mismo que lo correcto es evitarme.

—¿Y qué pasa si lo correcto no es lo que importa? —susurro.

Owen aprieta los labios y sus ojos recorren mi rostro como si buscara algo en mí, algo que le dé el permiso que necesita para

dejar de luchar. Pero entonces niega con la cabeza, da un paso atrás y se da la vuelta.

—No puedo, Sienna. No después de todo. —Su voz suena rota.

Lo veo alejarse de camino a su habitación. Cuando llega, cierra la puerta tras de sí y deja un vacío tan enorme a su paso, que me cala los huesos.

Capítulo 32

Sienna

Apenas escucho el ruido de la puerta cerrándose tras Owen cuando todo dentro de mí se rompe. La contención, la rabia, la frustración… se derrumban al mismo tiempo y las lágrimas comienzan a correr, sin que pueda hacer nada por detenerlas.

Me hundo en el sofá con la cara entre las manos, sintiendo cómo mi pecho se contrae con cada sollozo. Estoy cansada de esperar, de aguantar esta incertidumbre y de ver a Owen luchar contra algo que ya ha perdido hace mucho tiempo. Se niega a reconocer lo que siente, pero no deja que me aleje de él. Me atrapa en su contradicción y me deja en un limbo, donde no puedo avanzar y me siento estancada esperando una respuesta que nunca llega y no quiero continuar así.

Cuando mis lágrimas se secan y solo queda el peso de la tristeza en mi cuerpo, agarro el móvil con las manos temblorosas y abro Tinder. No me lo pienso demasiado, ni analizo si es lo correcto, si es maduro, si me hará bien o si solo lo estoy haciéndolo para darle celos. Pero ahora mismo todo eso no me importa. Así que si Owen no reacciona por sí mismo, lo haré reaccionar yo.

Me desplazo por los perfiles, con el corazón aún latiéndome con fuerza en el pecho. Veo a hombres sonrientes en fotos de gimnasio, de viajes, de cenas con amigos… Leo descripciones, veo edades, algunos me parecen atractivos, pero la verdad es que ninguno me interesa. Solo busco una excusa...

Cuando encuentro a alguien que parece lo suficientemente decente, deslizo a la derecha y el *match* es instantáneo. Mi

estómago se encoge. Sé que esto es una mala idea. Aun así, le respondo cuando me escribe y cuando me propone una copa para el día siguiente, acepto sin dudar. No para olvidarme de Owen, sino para ver si con esto consigo que deje de huir.

Las horas pasan y la noche cae sobre la ciudad, pero yo sigo inquieta e incapaz de encontrar consuelo en la decisión que he tomado. Me ducho, me pongo el pijama y me preparo para dormir en el sofá, pero el sueño no llega. Mi cabeza sigue reviviendo cada segundo de la conversación con Owen, cada mirada y cada palabra contenida en su garganta.

Me doy la vuelta en la en el sofá y aprieto los párpados con frustración. Quiero dormir y que mañana llegue rápido, para que desaparezca esta sensación de vacío desaparezca y que mi estómago deje de estar enredado en este nudo de emociones.

Pero sé que cuando me vea con ese chico, cuando esté frente a él en ese bar, una parte de mí seguirá esperando que Owen aparezca, que me detenga y que haga algo. Aunque odio saber que no lo hará.

Capítulo 33

Owen

La noche cae sobre la ciudad y el apartamento está más silencioso de lo normal. Estoy en la cocina, preparando algo rápido para cenar e intentando concentrarme en cualquier otra cosa que no sea en la conversación que he tenido con Sienna. Pero la tensión sigue ahí, en el aire y en la forma en que me cuesta respirar cuando la escucho moverse por el pasillo.

Abro la nevera, buscando ingredientes para algo que encaje en mi idea de cena saludable, pero mi cabeza sigue dándole vueltas a lo que pasó. A la manera en que me ha mirado mientras hablaba y a su pregunta. «¿Me quieres o no, Owen?»

Aprieto los dientes. ¿Cómo se supone que debo responder a algo así? No es tan simple, nada de todo esto lo es. Pero ahora mismo, lo único que quiero es algo de tranquilidad y que me ayude a ordenar mi cabeza.

Pero, en ese instante, Sienna pasa por el salón y se detiene a recoger su bolso. Va vestida diferente. Muy diferente.

Lleva un vestido negro ajustado, de esos que hacen que todo hombre con sangre en las venas se detenga a mirarla. Sus piernas parecen interminables con esos tacones, y el maquillaje resalta aún más sus labios y sus ojos. No es la Sienna que se queda en casa en pijama, ni la que trabaja hasta tarde en el sofá. Esta es otra versión, una que me golpea en el estómago como un puñetazo.

Frunzo el ceño y apoyo las manos en la encimera.

—¿Dónde vas? —le pregunto, sin molestarme en disimular mi incomodidad.

Ella ni siquiera me mira mientras revisa su bolso.

—No tengo por qué darte explicaciones de mi vida —responde con frialdad.

Eso me hace apretar la mandíbula. ¿Así vamos a jugar ahora?

—No me jodas, Sienna. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué vas vestida así?

Se gira y me sostiene la mirada desafiante y el brillo en sus ojos me dice que sabe exactamente lo que está haciendo.

—Tengo una cita —me dice con tono tranquilo, aunque percibo un toque retador en cómo me lo dice.

Todo en mi interior se enciende. Cada músculo se tensa y siento cómo la sangre me hierve. Una cita. Sienna tiene una cita y con alguien que no soy yo.

—¿Una cita? —repito, como si no pudiera creerlo.

—Sí, Owen. ¿Te sorprende tanto? Pensaba que habíamos dejado claro que esto no significaba nada. —Se encoge de hombros, como si no le importara lo más mínimo.

La rabia me golpea el pecho con fuerza. No puedo dejar que esto pase, ni puedo quedarme quieto mientras va a verse con otro tío. No cuando aún puedo sentir su cuerpo bajo el mío y no me la puedo sacar de la cabeza.

Pero no digo nada. Solo la observo mientras se da la vuelta. Cuando cierra la puerta de la entrada tras de sí, dejo todo lo que estaba haciendo y salgo tras ella. Salgo al pasillo y la veo caminar con seguridad hasta el ascensor. Me quedo en la sombra, observándola sin que me vea. El vestido le marca sus deliciosas curvas. Trago saliva, joder, cada uno de sus movimientos son un puto recordatorio de todo lo que quiero y no debería desear. El ascensor se abre y ella entra sin notar mi presencia.

Espero unos segundos antes de bajar por las escaleras. No sé qué coño estoy haciendo, ni qué pretendo ganar con esto, pero mi cuerpo actúa antes que mi cabeza.

Cuando llego al portal, la veo salir a la calle y levantar la mano para detener un taxi. Me mantengo a distancia, con las manos en los bolsillos, sintiendo cómo la ira burbujea bajo mi piel. No puedo dejar que se suba a ese coche, pero tampoco puedo

acercarme y pedirle que se quede, porque no tengo derecho a hacerlo, porque he sido yo el que la ha empujado a esto.

Entra en el taxi y le da una dirección al conductor. Yo me acerco al primer coche que veo libre y me meto en la parte trasera.

—Siga ese taxi. —Mi voz suena grave y tensa, pero el taxista asiente sin hacer preguntas.

El trayecto se me hace eterno. Cada semáforo en rojo me pone más nervioso y cada minuto que pasa es un jodido martirio. Me paso la mano por el pelo, intentando calmarme, pero no sirve de nada. Sienna se dirige a una cita con otro tío y yo la estoy siguiendo como un maldito psicópata.

Cuando el taxi se detiene frente a un bar elegante, me inclino hacia adelante en mi asiento.

—Párese aquí.

Mi taxi se detiene y pago al conductor rápidamente antes de salir. Me quedo en la acera, observándola mientras entra en el bar. Unos segundos después, un tipo alto y bien vestido se acerca, la saluda con una sonrisa y algo dentro de mí se rompe.

Capítulo 34

Sienna

El bar tiene unas luces tenues que crean una atmósfera acogedora y sofisticada. Me ajusto el vestido con disimulo mientras cruzo el umbral de la puerta del bar y escaneo la sala en busca del chico con el que he quedado. Lo veo enseguida, sentado en una mesa junto a la barra. Es aún más atractivo de lo que parecía en sus fotos.

Su sonrisa es encantadora y cuando me ve, se pone de pie de inmediato, como si quisiera demostrar con su lenguaje corporal lo caballeroso que es. Viste con una camisa bien planchada y el pelo perfectamente peinado.

—Sienna —me dice con voz cálida—. Me alegra verte en persona.

—Lo mismo digo —le respondo con una sonrisa.

Me ofrece la silla con un gesto cortés y toma asiento frente a mí. Sus ojos me recorren de arriba abajo con interés, pero sin resultar invasivo. Me gusta la seguridad que desprende sin necesidad de exagerar su confianza.

—¿Qué te apetece tomar? —me pregunta mientras levanta la mano para llamar al camarero.

—Un gin-tonic estaría bien.

Él pide lo mismo y, en cuanto el camarero se aleja, apoya los codos en la mesa y me observa con interés. La conversación fluye con facilidad. Parece inteligente, tiene sentido del humor y se nota que sabe cómo desenvolverse en este tipo de situaciones. Habla de su trabajo, de sus viajes y, en algún momento, menciona lo mucho que le gusta la música en vivo. Sonrío, sorprendida de lo fácil que

me resulta estar aquí con él. Sin embargo, en el fondo, hay algo que no me deja disfrutarlo del todo y justo en ese momento sé lo que es.

Un escalofrío me recorre la espalda antes de que ni siquiera lo haya visto. Es como si mi cuerpo detectara su presencia antes que mis ojos. Levanto la mirada y ahí está de pie junto a la barra, mirándome con disimulo y la mandíbula apretada. Sus ojos azules me taladran de una forma, que me eriza la piel. Me tenso de inmediato, porque sé lo que va a suceder antes de que siquiera se mueva y, efectivamente, no tarda en hacerlo.

Se acerca a nuestra mesa con pasos decididos, sin importarle lo más mínimo que todo el mundo pueda verlo. No se molesta en disimular su enfado o lo que sea que siente y se planta justo a nuestro lado. El chico que está conmigo frunce el ceño, confundido.

—¿Pasa algo? —le pregunta, girando la cabeza hacia Owen, que ya está demasiado cerca de nuestra mesa.

Pero no tiene tiempo de reaccionar, porque Owen me agarra de la muñeca con firmeza y tira de mí para obligarme a levantarme. Mi acompañante se pone de pie al instante.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —exclamo, forcejeando para que me suelte.

—Vámonos —me responde con un gruñido.

—Oye, colega —El chico interviene, sin entender nada—. Creo que deberías soltarla.

Pero Owen no lo escucha. No ve a nadie más en esta maldita sala que no sea yo. Me agarra con fuerza, aunque no me hace daño.

—No tienes derecho a hacer esto —le digo con los dientes apretados.

—Ah, ¿no? Pues no pienso quedarme de brazos cruzados mientras te exhibes con un desconocido —me contesta con un tono grave en la voz.

Me quito su mano de encima con un tirón y lo encaro. Mi acompañante parece dispuesto a intervenir, pero yo le hago un gesto para que no lo haga.

—Déjame en paz. No eres nadie para sacarme de aquí.

—Eso es lo que crees —responde con una media sonrisa que no tiene ni una pizca de humor.

—No soy tuya, Owen. No hasta que lo digas en voz alta.

La frase lo deja helado y su expresión cambia en un segundo. Se queda en silencio, sin saber qué responder. En ese momento, veo la verdad en sus ojos, la que se niega a admitir. Pero si no lo dice, yo no puedo hacer nada. Así que, sin decir nada más, recojo mi bolso y salgo del bar, dejando a Owen detrás, lidiando con la única verdad que no puede negar.

Capítulo 35

Owen

«No soy tuya, Owen. No hasta que lo digas en voz alta».

Las palabras de Sienna siguen resonando en mi cabeza mientras camino sin rumbo, con la rabia quemándome las venas. Necesito ahogar este maldito sentimiento, arrancármelo de las entrañas y encontrar la manera de recuperar el control. Porque si hay algo que he evitado toda mi vida es sentirme así: vulnerable, atrapado y sin salida.

Doblo una esquina y me topo con un pub, más oscuro, con música alta y risas. Justo lo que necesito. Entro sin pensarlo y me dirijo directamente a la barra. El camarero me mira con aire aburrido mientras limpio el sudor de mi palma en mi pantalón.

—Un whisky doble. Sin hielo.

El primer trago que doy a mi bebida me quema la garganta, pero no lo suficiente. Pido otro y la quemazón se expande, pero la imagen de Sienna continúa ahí. De pie en aquel bar, diciéndome que no era mía y mirándome con desafío mientras se marchaba con la cabeza en alto.

—¿Solo? —una voz femenina interrumpe mis pensamientos.

Giro la cabeza y me encuentro a una mujer mirándome con una sonrisa insinuante. Es guapa, morena, de labios carnosos y vestido ajustado. Hay algo en su expresión que me recuerda a Sienna, aunque no es ella ni lo será nunca.

—Eso parece —respondo con una media sonrisa.

—Eso hay que arreglarlo —me dice sentándose a mi lado y antes de hacerle una seña al camarero para que se acerque a ella—.

Ponle otro y tráeme uno a mí también.

La conversación fluye con facilidad. Jackie es de risa fácil y sus manos se mueven con confianza sobre mi brazo y mi muslo. Pronto nos rodea un grupo de chicas, todas con el mismo aire de diversión y buscando algo pasajero, igual que yo o eso intento convencerme después de lo que ha pasado con Sienna.

Cuando Jackie me besa, no me aparto. Su boca es hábil y la rabia dentro de mí se convierte en una necesidad de demostrarme a mí mismo, que puedo seguir adelante y que Sienna no me tiene atrapado.

—Vámonos de aquí —murmura contra mis labios.

Acepto sin dudar. Salimos del bar y tomamos un taxi hasta un hotel cercano. Cuando entramos en la habitación, ella me empuja contra la pared y empieza a quitarse el vestido. Mis manos van a su cintura por instinto, pero algo dentro de mí no encaja. Mi cabeza está en otro sitio. No, mejor dicho, en otra persona.

Jackie sigue besándome, desciende por mi cuello, mientras sus dedos desabrochan mi camisa. Intento concentrarme, enredar mis manos en su pelo y acariciar su piel. Pero mi cuerpo no reacciona. No siento nada, solo un vacío que lo invade todo y que me hace sentir hueco.

—¿Qué pasa? —pregunta, con el ceño fruncido.

Me aparto despacio y cierro los ojos un segundo.

—No puedo hacer esto.

—¿Qué? —me pregunta con gesto de incredulidad.

Sacudo la cabeza y recojo mi chaqueta del suelo.

—Lo siento. No es por ti.

No espero a que me responda, porque salgo de la habitación con el corazón latiéndome en la garganta y con la certeza absoluta de que ya no quiero, ni puedo estar con otra mujer que no sea Sienna.

Cuando salgo del hotel, una bofetada del aire frío de la noche me da en la cara, pero no lo noto. Camino sin rumbo fijo, con el pulso acelerado y la mente hecha un puto desastre. ¿En qué momento he llegado hasta aquí? ¿En qué instante Sienna se ha convertido en el epicentro de todo?

Me apoyo en la pared de un callejón y cierro los ojos. Todas las barreras que me habían protegido durante años se están derrumbando una tras otra. Sienna lo ha cambiado todo y ha conseguido que todo lo que creía seguro se tambalee.

Pensaba que esto no era para mí, pero he de reconocer, por mucho que joda, que, por primera vez en mi vida, me he enamorado. Me he enamorado de Sienna.

Capítulo 36

Owen

Entro en mi apartamento y cierro la puerta tras de mí con un golpe seco. Mis pasos resuenan en la madera mientras avanzo hacia el salón. No enciendo la luz. No lo necesito, porque exactamente dónde está todo. Me paso una mano por el pelo, frustrado y con el corazón agitado. He intentado huir de esto, alejarme y fingir que no era real. Pero ya no tengo escapatoria. Estoy jodido. No solo la deseo, ni solo la quiero cerca. Estoy enamorado de ella. Sienna se ha metido en mi piel, en mi maldita alma, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

Mis ojos se acostumbran a la penumbra y entonces la veo. Está tumbada en el sofá, con un brazo sobre la frente y los ojos cerrados, como si intentara dormir. Pero sé que no está dormida, porque su respiración no es lo suficientemente profunda. Me acerco y me detengo frente a ella, aunque la verdad es que no sé qué coño hago aquí, pero tampoco puedo moverme. Todo lo que ha pasado, todo lo que hemos dicho y callado nos ha llevado hasta este preciso momento y, ahora que la tengo delante, sé que no hay vuelta atrás.

Abre los ojos con lentitud y, cuando me ve, su expresión no es de sorpresa al verme. Tengo la sensación de que parece que me estuviera esperando, como si supiera que, después de todo, siempre acabaría regresando a ella.

—Owen… —me susurra.

No me muevo, aunque tampoco aparto la mirada de ella. La tensión entre nosotros es palpable.

— Dime la verdad de una maldita vez —musita, incorporándose un poco.

Respiro hondo con la certeza de que, después de lo que ha sucedido, ya no puedo seguir huyendo.

—Siempre has sido mía. Desde el maldito principio —le digo con la voz grave, rota y llena de todo lo que no me había atrevido a decir hasta ahora.

Sienna deja escapar un suspiro tembloroso y sus ojos me buscan con algo que va más allá que deseo. Entonces, me inclino y la beso, aunque esta vez en nuestro beso no hay prisa, ni rabia, ni la necesidad de demostrar nada. Solo somos ella y yo, sin barreras ni dudas.

Cuando nos separamos, nos miramos con la frente apoyada en la suya.

—Pero si nos lanzamos a esto, Sienna… no hay vuelta atrás. Tu hermano…

Ella me sujeta la cara entre sus manos y me obliga a mirarla.

—Deja a mi hermano fuera de esto. Céntrate en nosotros dos, solo por una vez. Axel quiere que yo sea feliz, y esto es lo que quiero. Además, ya no soy una cría a la que deba proteger. Sé defenderme yo solita.

No hay más palabras. Solo el sonido de mi corazón golpeando contra mis costillas cuando la abrazo y la beso de nuevo, dejando, por una vez, todos mis miedos fuera de nuestro abrazo.

Me separo apenas unos milímetros, con mis labios aún rozando los suyos, mientras su aliento choca con mi boca. Sus dedos siguen enredados en mi pelo, su pecho sube y baja agitado. La tensión entre nosotros no desaparece, al contrario, se intensifica con cada segundo que pasa. Todo lo que hemos reprimido durante tanto tiempo está a punto de explotar.

La agarro por la cintura y la levanto del sofá. Sienna enreda sus piernas alrededor de mi cadera y la llevo hasta mi habitación sin apartar mi boca de la suya. Mi cuerpo la necesita, pero esta vez no

es solo deseo, es algo mucho más profundo. Es un reconocimiento, una entrega.

La tumbo sobre la cama y me coloco sobre ella, admirando la forma en la que sus pupilas dilatadas me observan. Su respiración es entrecortada, su cuerpo se arquea hacia mí en busca de contacto. Deslizo mis labios por su cuello, disfrutando del gemido bajo que escapa de su garganta cuando llego a la base de su clavícula.

—Dímelo otra vez —murmura contra mi oído.

—¿El qué? —pregunto, con voz ronca mientras mis manos recorren su cuerpo.

—Que soy tuya —me susurra.

La miro fijamente y noto cómo mi corazón golpea con fuerza contra mis costillas.

—Siempre has sido mía, Sienna, y siempre lo serás.

Capítulo 37

Sienna

Estoy de pie frente a Owen, sintiendo cómo su mirada me quema la piel, cómo su presencia inunda cada rincón de mi ser. No hay más barreras, ni más dudas entre nosotros. Ahora, solo somos él y yo, y estamos a punto de cruzar la línea sin vuelta atrás.

No se mueve, pero la tensión en sus hombros y en su mandíbula, me dice que está conteniéndose con todas sus fuerzas, pero yo ya no quiero que se contenga. Estoy cansada de jugar a esquivarnos y de fingir que esto no es lo que queremos. Así que doy un paso hacia él y pongo una de mis manos sobre su pecho. Siento el latido de su corazón, golpeando con fuerza bajo mi palma, tan acelerado como el mío.

—Si tienes algo que decir, dilo ahora —susurro, con la voz cargada de todo lo que siento—. Porque si me tocas y me besas, no te voy a dejar escapar.

Owen cierra los ojos un instante, como si estuviera absorbiendo mis palabras. Cuando vuelve a abrirlos, hay algo en ellos que no había visto antes. Ahora no hay rabia, ni lucha, ni contradicción.

—Nunca he querido escapar de ti. Solo intentaba protegerte, pero ya no puedo fingir más, porque nunca he querido a nadie como te quiero a ti.

Su confesión me llega al corazón, pero no tengo tiempo de procesarlo porque su boca ya está sobre la mía. Sin prisas y sin furia, solo entrega absoluta. Sus labios se mueven sobre los míos con una dulzura que me desarma y con una pasión que me consume

desde dentro. Sus manos recorren mi espalda, mi cintura y mis caderas, como si quisiera memorizar cada poro de mi piel.

Yo también lo toco. Paso mis manos por su pecho, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la camisa. Empujo la tela con impaciencia y él se la quita de un tirón, dejándola caer al suelo. Su piel está caliente bajo mis dedos y su respiración entrecortada cuando mis labios recorren su cuello y el camino hacia su pecho.

—Dios, Sienna… —me dice en un gruñido ronco cuando mi boca baja por su abdomen y mis manos desabrochan su cinturón con una facilidad que me hace sentir poderosa. Lo quiero todo de él sin reservas, ni miedos.

Owen me toma la cara entre sus manos y me obliga a mirarlo.

—Esta vez no ya hay juegos ni nada más—dice con seriedad —. Ahora solo existimos tú y yo.

Asiento, porque no quiero que sea de otra manera, porque quiero sentirlo de verdad, sin dudas ni lucha. Solo amor.

Owen me mira con tanta intensidad que siento que me desarma. Su aliento se mezcla con el mío en el reducido espacio que nos separa, y sus manos exploran mi cuerpo con ternura y posesión. Sus dedos recorren la piel de mis brazos con lentitud y me provoca un escalofrío que me eriza hasta la espalda. Me quita la blusa despacio, como si cada botón fuera un obstáculo que quiere saborear antes de deshacerse de él. Su mirada devora cada trozo de mi piel que queda expuesta y, cuando finalmente deja caer la prenda al suelo, la calidez de su boca se apodera de mi cuello.

Su lengua traza una línea húmeda hasta mi clavícula, bajando con besos hambrientos por el valle entre mis pechos. Se aparta apenas unos centímetros y me observa con un brillo oscuro en los ojos antes de desabrochar mi sujetador con una facilidad insultante. El aire frío acaricia mis pezones endurecidos antes de que su boca los envuelva en una succión lenta y tortuosa. Su lengua los acaricia con una precisión experta, jugando con la sensibilidad de la piel y arrancándome un jadeo entrecortado.

—Eres preciosa —murmura contra mi piel, y su voz ronca me atraviesa el pecho y me llega al corazón.

Sus manos descienden por mi espalda y me acercan más a él. La presión de su erección contra mi vientre consigue excitarme aún más. Le beso con hambre, mientras mis dedos recorren la línea de sus abdominales hasta el borde de su pantalón. Desabrocho el botón y deslizo la cremallera con lentitud deliberada.

Me quita el vestido y la ropa interior en un movimiento firme, dejándome completamente desnuda ante él. Sus manos recorren mis muslos con una reverencia casi dolorosa y su boca los sigue, dejando un rastro de calor húmedo en cada beso que deposita sobre mi piel. Se arrodilla ante mí y me obliga a separar las piernas con una suavidad que contrasta con la lujuria que arde en su mirada.

—Déjame saborearte —susurra, antes de besar el interior de mis muslos.

El primer contacto de su lengua me roba el aliento. Su boca me envuelve con una maestría que me hace jadear y aferrarme a su cabello. Me lame con una mezcla perfecta de suavidad y presión, explorando cada uno de mis pliegues con una devoción que me desarma. Sus labios succionan mi clítoris y sus dedos se hunden en mi carne con movimientos lentos y tortuosos, preparándome con una paciencia exasperante. Mi espalda se arquea y mi cuerpo responde a él sin resistencia. Me aferro a sus hombros, jadeando entre gemidos incontrolables, sintiendo cómo me derrite con cada embestida de su lengua.

—Owen… —gimo, y él gruñe contra mi piel, intensificando su ritmo hasta que mi cuerpo se sacude con espasmos de placer.

Mis piernas tiemblan, mis uñas se clavan en su nuca y el orgasmo me sacude con una fuerza arrolladora. Me ahogo en la sensación de su boca devorándome, prolongando cada espasmo hasta que el placer se convierte en un cosquilleo insoportable. Antes de que pueda recuperarme, se incorpora y me besa con fuerza, haciéndome probar mi propio sabor en su boca. Su erección palpita contra mi vientre y mis manos bajan por su cuerpo hasta alcanzar la gruesa longitud de su polla. Está caliente y dura bajo mis dedos, y cuando lo acaricio con lentitud, un gruñido gutural escapa de sus labios.

—No me hagas esperar más —le susurro contra la boca, mirándole a los ojos con deseo y necesidad.

Él me empuja con suavidad sobre la cama y se coloca entre mis piernas, colocando su glande húmedo en mi entrada. Su mirada queda atrapada en la mía mientras me penetra con un movimiento lento y profundo. Un gemido se escapa de mis labios al sentir cómo mi cuerpo se adapta a su tamaño, abriéndose poco a poco para recibirlo por completo.

—Joder, Sienna… —gruñe con los dientes apretados, deteniéndose un momento para darme tiempo a acostumbrarme.

Le rodeo la cintura con las piernas y le atraigo más hacia mí, necesitando sentirlo más hondo y más dentro. Su boca busca la mía en un beso cargado de hambre y promesas mientras comienza a moverse. Sus primeras embestidas son pausadas, una tortura deliciosa que me hace retorcerme bajo él. Pero, poco a poco, el ritmo aumenta y el placer se acumula como una tormenta imparable. Cada vez que se hunde en mí, me lleva más alto, haciéndome perder el control. Nuestros cuerpos chocan con un sonido húmedo y erótico, y la habitación se llena de jadeos entrecortados y susurros entre besos desesperados. Sus manos recorren mi piel con fervor, agarrándome de la cadera para profundizar más cada vez que embiste contra mí.

Me aferro a su espalda, arañando su piel mientras los espasmos del placer empiezan a acumularse de nuevo en mi vientre. Mis piernas se tensan alrededor de su cintura y el placer me consume sin piedad.

—Dímelo otra vez —murmura contra mi oído, con la voz rota por el deseo.

—Te quiero, Owen —jadeo, perdida en el placer.

Un gemido gutural escapa de su garganta y su ritmo se vuelve más errático. Sus labios recorren mi cuello, su respiración es caliente y su cuerpo tiembla contra el mío.

—Yo también te quiero, joder… —susurra con voz ronca, antes de hundirse en mí una última vez y explotar juntos.

El orgasmo nos sacude al mismo tiempo y nos consume en una ola de placer abrasadora que nos deja sin aliento. Me aferro a él

mientras mi cuerpo se sacude con espasmos de éxtasis, sintiendo cómo él se derrama dentro de mí con un gruñido ahogado.

Nos quedamos así, temblando, con nuestros cuerpos aún entrelazados, sintiendo el calor del otro en medio de la oscuridad.

—No hay vuelta atrás, Sienna… —murmura con un suspiro, mientras acaricia mi mejilla con ternura.

Le sonrío con suavidad y le beso despacio, saboreando el momento.

—No la quiero.

Owen me abraza con fuerza, como si tuviera miedo de que pudiera desvanecerme entre sus brazos. En este momento, tengo claro que ya no hay miedos, ni dudas, ni excusas, porque solo estamos él y yo, enredados en un amor que nos consume por completo.

Capítulo 38

Sienna

El calor de su cuerpo me envuelve antes de que mis párpados se abran del todo. La luz del amanecer se cuela tímida entre las cortinas, pintando la habitación con una claridad suave y acogedora. Su brazo está enredado en mi cintura y me sujeta con una firmeza que me hace sentir protegida, mientras noto su respiración profunda y acompasada en la curva de mi cuello. No quiero moverme, ni que este momento termine. Pero entonces, su mano se desliza por mi abdomen con una caricia perezosa y su boca roza mi hombro con un susurro lleno de besos. Se despierta de la misma manera en la que ama: con calma al principio y con una ternura que me desarma antes de volverse hambriento y posesivo. Mi piel se eriza cuando su aliento caliente se pasea por mi cuello y su lengua desciende hasta mi clavícula. Cierro los ojos y me abandono a la sensación y a la manera en la que sus manos exploran mi cuerpo, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel.

—Buenos días —susurra en mi oído, con la voz aún rasposa por el sueño.

Sonrío y me giro en la cama para estar frente a él. Sus ojos, oscurecidos por la somnolencia y el deseo, me recorren con una intensidad que me deja sin aliento.

—Buenos días —murmuro, apoyando mi mano en su pecho desnudo.

Owen atrapa mi mentón con los dedos y acerca su boca a la mía. Me da un beso lento, pero cargado de todo lo que no hace falta decir. Su lengua acaricia la mía con un ritmo pausado y deliberado,

como si quisiera saborearme y tuviera todo el tiempo del mundo para hacerme suya otra vez. Me gira sobre la cama hasta quedar debajo de su cuerpo. Me besa el cuello y desciende hasta mis pechos, donde su lengua juega con mis pezones hasta hacerme arquear la espalda. Sus manos acarician mis costados, bajan por mis muslos hasta separarlos con suavidad. Su boca se pasea por mi vientre y su lengua deja un rastro ardiente en cada poro de mi piel hasta que llega al lugar donde más lo necesito. Jadeo su nombre cuando siento su lengua perdiéndose entre mis pliegues, de forma lenta y devastadora. Mis dedos se hunden en su cabello y me aferro a él, mientras la presión en mi vientre crece, mientras me lleva al límite con movimientos expertos. Mis piernas se tensan a su alrededor y cuando el orgasmo me golpea, me sacude con una intensidad que me deja sin aliento.

Antes de que pueda recuperar el aliento, él se mueve sobre mí y se posiciona entre mis piernas.

—Mírame —me ordena en voz baja.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada azul intensa y se hunde en mí con un movimiento lento y profundo. Un jadeo se escapa de mis labios al sentir cómo mi cuerpo se adapta a su tamaño y cómo me llena por completo de la forma en la que solo él sabe hacerlo. Se mueve dentro de mí con un ritmo pausado, asegurándose de que siento cada embestida y cada centímetro de él. Su boca vuelve a tomar la mía en un beso hambriento, y nuestros cuerpos se funden en un vaivén de placer y entrega absoluta.

Cada vez que me embiste y cada vez que mis caderas buscan las suyas con desesperación, siento que todo en mí le pertenece. Que nunca he sentido algo así por nadie, ni nadie ha conseguido llegar tan hondo, no solo en mi cuerpo, sino en mi alma.

Le clavo las uñas en la espalda y su ritmo se vuelve más intenso, mientras el placer se acumula en mi vientre hasta que exploto en una ola de éxtasis, que me hace gritar su nombre entre jadeos enloquecidos de placer. Owen sigue embistiéndome mientras mi cuerpo se sacude con espasmos de placer, hasta que finalmente él también se tensa y deja escapar un gruñido gutural, derramándose dentro de mí.

Cuando acabamos, nos quedamos así, abrazados, con nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros corazones latiendo al mismo ritmo. Owen apoya su frente en la mía y me acaricia la mejilla con una ternura que me desarma.

—Te quiero, Sienna —susurra, con la voz ronca y cargada de emoción.

Mi corazón se acelera y sonrío, rodeando su cuello con mis brazos.

—Yo también te quiero a ti.

Cierra los ojos por un instante.

—Pero… ¿cómo le decimos a tu hermano que estamos juntos? —me pregunta después de volver a abrir los ojos.

La realidad nos golpea de lleno: Axel.

Mi sonrisa se congela por un instante, pero luego me obligo a respirar hondo, porque ya no hay vuelta atrás y porque lo que siento por Owen es más fuerte que cualquier obstáculo.

—Dejemos de preocuparnos por los demás —le digo, acariciando su cara—. Mi hermano quiere que sea feliz y esto es lo que más feliz me hace.

Owen me mira con intensidad, y sé que está sopesando mis palabras, que está luchando contra el miedo a lo que vendrá después. Pero yo ya no quiero esconderme ni fingir que esto no es lo más real que he sentido en mi vida.

Capítulo 39

Owen

Sienna está sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas dobladas contra su cuerpo. Se muerde el labio inferior mientras juega con el borde de la sábana que cubre su piel desnuda. Sus ojos, llenos de incertidumbre, buscan los míos.

—Va a reaccionar mal —murmura, sin dejar de mirar la pantalla apagada del teléfono.

Asiento, pasándome una mano por el pelo, e intento ordenar mis propios pensamientos. Sienna tiene razón. Axel va a enfurecerse, no tengo la menor duda. He estado en su vida desde hace años, como su mejor amigo, su confidente, alguien en quien confiaba, pero voy a romper esa confianza, porque voy a decirle que su hermana y yo estamos juntos.

—Lo sé.

Ella levanta la cabeza y frunce el ceño.

—Entonces, ¿sigues queriendo decírselo ahora?

Respiro hondo y asiento de nuevo. No hay marcha atrás. Sienna es mía tanto como yo soy de ella, y nadie va a hacerme dudar de eso, ni siquiera Axel.

Me acerco a ella y le tomo la cara entre las manos.

—No quiero seguir ocultándonos —le digo, con la voz firme—. No quiero que esto parezca un error o algo de lo que debamos avergonzarnos. Te quiero, Sienna y si Axel no puede aceptarlo, tendremos que aprender a vivir con ello.

Ella me observa por un largo segundo, y luego asiente. Sé que también está asustada, pero su valentía es una de las cosas que

más admiro de ella. Me da un beso rápido, como si en ese beso sellara su decisión, se pone una camiseta y toma el teléfono con determinación.

Busco el nombre de Axel entre mis contactos y presiono la opción de videollamada. Sienna se acomoda a mi lado, y mientras el tono suena una y otra vez, mi corazón late con fuerza en el pecho. Entonces, la pantalla cambia y el rostro de Axel aparece.

—Hey, cabrón, ¿qué pasa? —me saluda con su habitual tono relajado. Está en su casa, tomándose un café y el televisor encendido en el fondo. Pero su expresión cambia cuando ve a Sienna junto a mí—. ¿Por qué estáis los dos en la misma llamada?

Sienna traga saliva y me lanza una última mirada antes de hablar.

—Axel, hay algo que necesitamos decirte.

—Vale, me estáis asustando. ¿Qué pasa? —pregunta y frunce el ceño.

Me aclaro la garganta.

—Sienna y yo... estamos juntos.

El silencio que sigue a lo que acabo de decir es absoluto. La cara de Axel pasa de la confusión a la sorpresa y luego a la ira. Parpadea varias veces, como si intentara procesarlo.

—No me jodáis —murmura, antes de soltar una carcajada sin humor. Sacude la cabeza y deja la taza de café sobre la mesa—. Esto es una puta broma.

Sienna toma aire.

—No, no lo es. Esto es totalmente en serio.

La expresión de Axel se endurece al escuchar a su hermana y su mirada se clava en mí como si quisiera atravesarme.

—Tú. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo te follas a mi hermana, cabrón?

—Axel...

—No —me interrumpe, con la voz cargada de rabia—. ¡No me jodas! ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo estás metiéndote en la cama con ella?

Sienna aprieta los labios y su expresión se endurece.

—Esto no es solo sexo, Axel.

—Como si eso lo hiciera mejor —espeta—. Tú eres mi mejor amigo —continúa, clavando sus ojos en los míos—. ¡Eras la única persona en la que confiaba para cuidar de ella!

A pesar de que he recibido golpes antes, golpes reales, las palabras de Axel me duelen mucho más.

—Nunca he querido traicionarte —le digo, intentando que me escuche—. Esto no ha sido algo planeado, simplemente pasó. Y, lo siento, tío, pero no voy a disculparme por amar a tu hermana.

Axel suelta un bufido.

—No me vengas con eso, joder. ¡Eres mi mejor amigo! Esto es una jodida traición.

—Axel, cállate —le grita Sienna de repente. Su voz suena firme y segura. Me giro hacia ella, sorprendido por la fuerza en su expresión—. No voy a dejar que arruines esto solo porque no puedes controlarlo.

Axel parpadea.

—Sienna...

—No, escúchame. ¡Ya no soy una cría! No necesitas protegerme de él, ni de nadie. Tampoco tienes que aprobar a la persona con la que quiero estar, porque ya soy mayorcita para decidir por mí misma. Y si no puedes aceptar que lo amo, entonces ese es tu problema. No el nuestro.

Axel aprieta la mandíbula y sus ojos van de Sienna a mí y luego de vuelta a ella. Finalmente, suelta un resoplido y niega con la cabeza.

—No puedo con esto ahora —dice y cuelga la llamada sin decir nada más.

Me quedo mirando la pantalla en negro. La sensación de rechazo me golpea en el pecho. Nunca me había importado lo que alguien pensara de mí, pero esto... esto duele.

Sienna se gira hacia mí y me toma la cara entre sus manos.

—Nos necesita, pero también necesita tiempo para asimilarlo.

Quiero creerla y pensar que Axel entenderá que esto no es una traición, sino todo lo contrario. Pero ahora mismo, su furia lo eclipsa todo.

Capítulo 40

Owen

Han pasado tres días desde la llamada con Axel y desde entonces se ha mantenido en el silencio más absoluto.

Lo he intentado todo. Mensajes, llamadas, ... Nada. Es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra, como si yo ya no existiera para él.

La ausencia pesa y es como una grieta que se abre cada vez más entre Sienna y yo. Aunque intentamos hacer como si todo estuviera bien, la realidad es que el puto silencio de Axel se ha convertido en un muro invisible entre nosotros. A pesar de que Sienna se esfuerza por mantener la calma, la conozco demasiado bien y cada vez que revisa el móvil y ve que no hay respuesta de su hermano, la decepción en sus ojos me atraviesa como un puñal. No dice nada, pero la noto cada vez más distante y atrapada en sus pensamientos.

Ahora estamos en el sofá, viendo una película que ninguno de los dos está siguiendo realmente. Sus piernas están sobre las mías, pero su mirada está perdida en la pantalla, como si estuviera en otro lugar. Me paso una mano por la cara y suelto un suspiro. No aguanto más esta mierda.

—Sienna —mi voz suena grave en el silencio del salón.

Ella pestañea y me mira, como si hubiera olvidado que estoy aquí.

—¿Qué pasa?

—¿Hasta cuándo vas a seguir fingiendo que todo está bien? —pregunto, intentando no sonar como un capullo, pero sin poder

ocultar la frustración.

Su mandíbula se tensa y se incorpora un poco, separando las piernas de mí.

—No estoy fingiendo nada.

—Sí, sí lo haces. —La miro a los ojos, desafiándola a que me lo niegue—. Estás jodida, porque Axel no responde y porque te duele más de lo que quieres admitir.

—Claro que me duele —su voz se rompe un poco, y se levanta del sofá, alejándose unos pasos—. Es mi hermano. ¡Mi único hermano!

—Lo sé —me pongo de pie y camino hacia ella—. ¿Crees que a mí no me jode? Axel es mi mejor amigo. Joder, es como un hermano para mí también.

—Pues no lo parece —suelta con un tono cortante, cruzándose de brazos—. Para ti es fácil, ¿no? Seguir adelante y pensar que el tiempo lo arreglará todo.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué se supone que debería hacer? ¿Que lo arrastre hasta aquí a la fuerza y lo obligue a escucharme?

Ella aprieta los labios, con los ojos brillando de rabia y profunda tristeza.

—No lo sé, Owen. No sé qué hacer.

La desesperación en su voz me atraviesa como un puñal.

—Vamos a solucionarlo —intento calmarla, pero ella sacude la cabeza.

—¿Y si no hay solución? ¿Y si no vuelve a hablarnos nunca más?

Me quedo callado. Sé que es una posibilidad real. Axel no es de los que olvidan fácilmente, y cuando alguien lo traiciona, le cuesta volver a confiar.

—No quiero perder a mi hermano, Owen.

—No lo vas a perder.

—¿Y si ya lo he hecho? —me pregunta en un susurro cargado de miedo.

Doy un paso más hacia ella y tomo su cara entre mis manos.

—Estamos juntos en esto, ¿vale? No me importa cuánto tiempo necesite Axel para aceptar lo nuestro, pero no pienso perderte por esto.

Ella parpadea, y por un momento creo que va a tranquilizarse. Pero entonces, su expresión cambia. Algo se rompe en su mirada, algo que no he visto venir.

—Owen… —su voz tiembla—. Si elegirte significa perderlo a él… no sé si puedo hacerlo.

El golpe de sus palabras es peor que cualquier puñetazo que haya recibido en mi vida. Me quedo helado, incapaz de reaccionar. Sienna me mira, con el miedo y la confusión escritos en cada línea de su cara y en ese instante, siento que puedo perderlo todo.

Capítulo 41

Owen

Han pasado días y no ha habido ni una puta señal de Axel. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Como si de repente hubiéramos dejado de existir para él. Lo peor de todo es que esa ausencia no solo me jode a mí, sino a Sienna también. Lo noto en la forma en la que su expresión cambia cuando desbloquea el teléfono y se encuentra con la misma pantalla en blanco de siempre. En cómo su cuerpo se tensa cada vez que alguien le escribe y por un segundo cree que podría ser su hermano. Pero nunca lo es y eso está destruyéndola poco a poco.

Estoy en la cocina, con un vaso de agua entre las manos, observándola desde la distancia. Sienna está en la mesa del comedor, con el portátil abierto frente a ella, pero lleva minutos sin teclear. Su mirada está fija en la pantalla, pero no parece estará ahí. Da la sensación de estar atrapada en su cabeza, repasando una y otra vez las mismas preguntas sin obtener ninguna respuesta.

Me acerco hasta ella y la abrazo por la espalda. Ella da un pequeño respingo antes de levantar la cabeza hacia mí.

—Tienes que dejar de torturarte así —le digo en voz baja y le doy un beso en la mejilla.

—No me estoy torturando —me responde con su gesto endurecido.

—Sienna…

Suspira y cierra el portátil de golpe. Se frota las sienes con las yemas de los dedos y deja escapar un suspiro.

—No puedo evitar pensar en él. Es mi hermano y siempre ha estado ahí para mí, y ahora… simplemente tenga la sensación de que nos ha borrado de su vida.

Me siento a su lado y la observo. Parece agotada y desgastada por la incertidumbre. Esto no es justo para ella, ni para mí y ni siquiera para Axel.

—Lo sé. Pero también sé que este silencio de mierda nos está destrozando a todos. No podemos seguir así.

Ella aprieta los labios y baja la mirada. Sus dedos tamborilean sobre la mesa en un gesto nervioso.

—Necesito hablar con él. Cara a cara.

Sus palabras no me sorprenden. En el fondo, sabía que llegaría a esta conclusión, pero lo que me sorprende es que no lo haya dicho antes.

—Entonces vamos a Londres.

Sienna frunce el ceño, como si lo que acabo de decir le pareciera una locura.

—No tienes que venir conmigo.

—Claro que sí. No voy a dejar que enfrentes esto sola.

Ella me mira por unos segundos antes de asentir. Sin perder tiempo, saco el móvil del bolsillo y en menos de cinco minutos, tenemos dos billetes a Londres para la mañana siguiente.

Llueve en Nueva York mientras vamos en taxi hacia el aeropuerto. Sienna está sentada junto a la ventanilla, con la mirada perdida en el paisaje que pasa a toda velocidad. No ha dicho mucho desde que nos hemos despertado esta mañana, aunque yo tampoco.

Cuando el avión despega, ella sujeta mi mano con fuerza, como si aferrarse a mí fuera la única forma de mantenerse firme. Yo también se la tomo con fuerza, asegurándole que estoy aquí con ella y que no la voy a soltar.

Horas después, aterrizamos en Londres y un taxi nos lleva directamente al apartamento de Axel. La ciudad está gris, con una llovizna ligera que moja el cristal del coche. Sienna tamborilea los dedos sobre su muslo, y puedo sentir la tensión irradiando de su cuerpo. Ambos estamos muy nerviosos, lo noto, porque ninguno de

los dos decimos ni media palabra. Nos entendemos solo con mirarnos.

Cuando llegamos, al edificio donde está el apartamento de Axel, ambos nos detenemos frente a la puerta y Sienna respira hondo antes de llamar al timbre. Espero a su lado, sintiendo la adrenalina correr por mis venas. Unos instantes después, la puerta se abre y Axel aparece al vernos.

—¿Qué cojones hacéis aquí? —nos pregunta con gesto de sorpresa, aunque sin un rastro de sonrisa en sus labios.

—Necesitamos hablar —le responde Sienna con convicción.

Axel suelta un resoplido y se cruza de brazos.

—No hay nada que hablar.

—Axel… por favor.

Su mirada se encuentra con la de su hermana y algo en su postura se afloja, pero cuando me mira a mí, su hostilidad vuelve con fuerza.

—Tienes cinco minutos.

—Joder, tío, hemos cruzado el Atlántico para hablar contigo —resoplo.

Capítulo 42

Sienna

Me esfuerzo por respirar hondo y mantener la compostura, pero mi corazón late con furia en medio de mi pecho. Estoy sentada en el sofá, con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre mis rodillas, en un intento de ocultar la inquietud que me devora por dentro. Owen está a mi lado, con la postura firme y la expresión de quien sabe que cualquier palabra que diga podría dar pie a una discusión, por lo que imagino que prefiere quedarse en silencio. Él sabe que esta batalla es mía.

Axel, en cambio, está de pie frente a nosotros, con los brazos cruzados y nos atraviesa con la mirada. Tiene la mandíbula tensa y su respiración es lenta, como si estuviera conteniéndose de soltar todo lo que bulle dentro de él.

—No puedo creer que esté pasando esto —su voz está impregnada de incredulidad y rabia contenida. Suelta un resoplido y niega con la cabeza, clavando la mirada en Owen con una dureza que nunca le había visto.

La tensión en la habitación es asfixiante. Así que me armo de valor y hablo antes de que esto se convierta en un enfrentamiento que ninguno de los dos ganará.

—Axel, no necesito tu permiso para estar con él.

Mi voz suena firme y no titubeo en ningún momento, porque sé que, en este momento, no puedo permitirme dudar ni por un ápice de segundo. Al escucharme, su expresión cambia ligeramente, aunque su postura sigue igual de rígida y cerrada.

—Ah, ¿no? —se burla—. Porque lo parece. Estoy aquí, viendo cómo mi mejor amigo se folla a mi hermana y mi *querida hermanita* espera que lo acepte con una sonrisa.

Las palabras de Axel me golpean como un puñetazo en el estómago, pero no dejo que me tambaleen.

—Esto no es solo sexo, Axel. No es un capricho ni una aventura.

Mi hermano entrecierra los ojos para observarme.

—Eres mi hermana pequeña, Sienna. Siempre te he protegido y he estado para ti cada vez que me has necesitado, y ahora me entero de esto como si fuera un extraño más.

Me pongo de pie y me acerco a él. No voy a dejar que me haga sentir como si estuviera haciendo algo malo.

—No soy una niña, Axel. No necesito que me protejas de él, ni de nadie. Necesito que confíes en mí y que entiendas que esto es lo que quiero y no un capricho pasajero.

Axel me observa, como si me viera por primera vez. Como si la imagen que siempre ha tenido de mí estuviera desmoronándose ante sus ojos y no supiera qué hacer con lo que queda.

—No quiero que te haga daño —me dice a media voz.

—No lo hará —le respondo con convicción.

Axel se pasa una mano por la cara, frustrado. Sus ojos se posan en Owen, y la tensión vuelve a instalarse con fuerza entre los tres.

Capítulo 43

Sienna

El ambiente sigue cargado, pero hay algo distinto en la forma en la que Axel nos mira ahora. No es solo rabia, ni solo decepción. Es miedo a perderme, a que todo cambie y, sobre todo, a que Owen me lastime. Lo conozco demasiado bien para no verlo ni notar cómo su mirada evita encontrarse directamente con la mía por demasiado tiempo.

Nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos, pero la tensión sigue ahí. No es fácil para él aceptarlo, pero tampoco para mí verlo así. Lo que más me importa en el mundo es mi familia, y Axel es una parte fundamental de ella. Necesito que entienda que esto no es una traición y que no he elegido a Owen para desafiarlo o hacerle daño, sino porque lo amo.

—No espero que lo entiendas de la noche a la mañana, pero sí espero que intentes aceptarlo —le digo con voz firme, aunque hay un rastro de vulnerabilidad en ella—. No quiero tener que elegir entre mi hermano y la persona con la que quiero estar. No debería ser así.

Axel suspira y se pasa una mano por la cara. La frustración existe, pero también veo una sombra de resignación en sus ojos. Me mira y asiente levemente, como si estuviera dándose a sí mismo un momento para aceptar lo inevitable.

—Lo intentaré —murmura al fin, sin demasiada convicción, pero sé que para él eso ya es un gran paso.

Owen sigue en silencio, con la mirada fija en Axel, como esperando que haya algo más, alguna condición o alguna

advertencia adicional y la hay.

—Pero quiero dejar algo claro —dice mi hermano, girándose por completo hacia él—. Si alguna vez la haces sufrir, si la decepcionas o juegas con ella, no habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte de mí.

Owen asiente lentamente, sin titubear.

—No necesito esconderme de nada, porque no voy a hacerle daño.

Axel suelta un resoplido y se cruza de brazos. No está convencido del todo, pero al menos ha dado el primer paso. Lo observo en silencio por un momento y, antes de que pueda arrepentirse de sus palabras, me acerco a él y lo abrazo. Siento cómo su cuerpo se tensa al principio, pero luego sus brazos me envuelven con fuerza. No dice nada, pero en su silencio hay más de lo que cualquier palabra podría expresar. Finalmente, me aprieta un poco más contra él y suspira.

—No me hagáis arrepentirme de esto —murmura contra mi pelo.

Me aparto y sonrío levemente, sabiendo que esto es lo más cercano a una bendición que vamos a recibir de él.

Owen, que ha permanecido callado todo este tiempo, se acerca con cautela y extiende la mano. Axel lo mira por un instante y vacila un poco, pero finalmente se la estrecha. No es cálido, ni amigable, pero es suficiente.

Capítulo 44

Owen

El sonido del motor del avión descendiendo sobre Nueva York marca el fin de un viaje que lo ha cambiado todo. Miro por la ventana y veo las luces de la ciudad extendiéndose hasta donde alcanza la vista, parpadeando como estrellas atrapadas en el asfalto. Aprieto los puños sobre mis muslos. Sienna duerme apoyada en mi hombro, su respiración acompasada me llena de un extraño alivio. Este es un nuevo comienzo, pero también una apuesta. Una que estoy dispuesto a hacer sin dudarlo.

Cuando el avión aterriza, ella se despereza lentamente y me sonríe, con ese brillo en los ojos que me hace sentir que todo ha valido la pena. Salimos del aeropuerto tomados de la mano, algo que antes hubiera parecido imposible, pero que ahora parece natural, inevitable. Nueva York nos recibe con su frío habitual, pero yo solo noto el calor de su piel contra la mía. Da igual la ciudad, el ruido o la gente, porque lo más importante es que estamos juntos, y eso lo cambia todo.

El trayecto hasta mi apartamento es diferente esta vez. No es el mismo lugar al que regresé solo tantas noches. No cuando sé que ella estará conmigo. Cuando subimos en el ascensor, el silencio entre nosotros es cómplice. Algo se cuece en mi interior, una decisión que he tomado desde el momento en que Axel aceptó nuestra relación, aunque con reticencia.

Al cruzar la puerta de casa, dejo las maletas a un lado y busco en mi chaqueta. Mi pulso se acelera. Sienna me observa con

curiosidad mientras saco la llave que llevo días guardando para este momento. La sostengo entre mis dedos y la alzo entre nosotros.

—Toma —digo, ofreciéndosela.

Sienna frunce el ceño y la toma con cuidado.

—¿Qué es esto?

—Es la llave de este apartamento —respondo, sin apartar la mirada de la suya—. Quiero que sea tuyo también.

La expresión de su rostro cambia de sorpresa a incredulidad y, finalmente, a emoción pura. Aprieta los labios, como si procesara mis palabras.

—Owen…

—No quiero que nuestros días de convivencia terminen —continúa, dando un paso hacia ella—. Las obras en tu apartamento están casi terminadas, pero no quiero que te vayas. Quiero que vivas aquí, conmigo. No porque no tengas a dónde ir, sino porque quiero que estemos juntos. Porque esto no es solo mi casa, Sienna… es nuestra.

Ella parpadea, las lágrimas amenazando con derramarse, pero su sonrisa me dice todo lo que necesito saber antes de que pronuncie su respuesta.

—Sí, Owen. Quiero quedarme contigo.

El alivio se expande en mi pecho cuando la rodeo con mis brazos y la beso. Porque ahora sé que no hay más dudas, no hay más excusas. Solo nosotros, construyendo un futuro juntos.

Las palabras apenas alcanzan a cubrir el torrente de emociones que recorren mi cuerpo mientras la tengo entre mis brazos. La beso con urgencia, con la pasión contenida de alguien que ha estado esperando este momento durante demasiado tiempo. Sus manos se aferran a mi camisa, arrugando la tela mientras me devuelve el beso con la misma entrega.

—No tienes idea de lo mucho que he deseado esto —susurra contra mis labios.

—Lo sé, porque yo también lo he deseado igual o más —respondo, deslizando mis manos por su cintura hasta atraerla más a mí.

La levanto en brazos sin esfuerzo y la llevo hasta el sofá. Quiero celebrar esto, sentirla, saborearla y perderme en ella una vez más. La tumbo suavemente, inclinándome sobre ella mientras sus dedos recorren mi espalda.

—Owen… —susurra, y su voz es una mezcla de deseo y emoción pura.

—Voy a hacerte el amor como si fuera la primera vez —prometo contra su piel.

Cada beso, caricia y susurro entre nosotros esa noche es una declaración. No hay más prisa, no hay más miedo. Solo hay un amor profundo, uno que no necesita palabras para explicarse.

Cuando nos quedamos enredados en el sofá, con la respiración entrecortada y la piel brillando con el calor de lo que acabamos de compartir, Sienna apoya su cabeza en mi pecho y traza círculos en mi piel con sus dedos.

—Ya no es solo tu casa —dice en un murmullo—. Es nuestra.

Sonrío y beso su frente, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, todo en mi mundo está exactamente donde debe estar.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si nos dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, nos ayudas mucho a que podamos seguir publicando.
¡Muchas gracias!
Sarah Valentine y Rosie Promise

Nota de las autoras

Querida lectora,

Si has llegado hasta aquí, déjanos que te demos las gracias. Deseemos que hayas disfrutado de nuestra historia y las hayas amado tanto como nosotras mientras las escribíamos.

Si te gustan mis historias, os animamos a que le des una oportunidad a nuestras otras novelas publicadas. Mientras, nosotras seguimos trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo nuestras nuevas historias.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine y Rosie Promise

¿Dónde puedes encontrarnos?

Sarah Valentine

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Rosie Promise

Instagram: @rosiepromise.escritora
TikTok: @rosiepromise.escritora
Facebook: Rosie Promise
En mi mail: rosiepromise.escritora@gmail.com

Tenemos un regalo para ti

Si te ha gustado esta historia, te animamos a que conozcas ***Cita a ciegas*****,** la próxima entrega de esta serie ***Romance en Nueva York*****.** Esta es su sinopsis:

Cita a ciegas

Una comedia romántica de enemies to lovers con relación falsa, mucha pasión y un CEO irresistible que no cree en el amor

Él es el CEO de LoveSync la **aplicación de citas más famosa del momento**.
Ella la ha **ridiculizado públicamente en redes sociales**.
Y ahora… el **algoritmo** de la aplicación dice que son **almas gemelas**.
Zoe odia las **apps de ligoteo**, los **hombres que creen saberlo todo** y los **romances** que empiezan con un ***match***. Pero cuando hace el test de LoveSync por pura burla y le sale un **100 % de compatibilidad** con Tyler Kane, se promete desmontar esa absurda predicción… hasta que él le hace una **propuesta que no puede rechazar**.
Fingir una relación para salvar la imagen de la empresa.
Todo por dinero, visibilidad y sin involucrarse emocionalmente.
Sin besos, sin sexo y sin drama.
¿El problema?
Que **fingir no se les da nada bien** ni a Zoe ni a Tayler.
Cuando las cámaras se apagan, las miradas arden, los silencios gritan y los cuerpos empiezan a pedir mucho más de lo pactado…

Zoe descubre que lo que empezó como un trato, puede acabar siendo el **amor que juró no volver a sentir**.
Un romance cargado de deseo, pullas, química imposible y escenas tan hot que desearás estar en su lugar.
¡Te vas a enamorar!
Cita a ciegas es la tercera entrega de **Romance en Nueva York**, una serie escrita a cuatro manos por **Sarah Valentine y Rosie Promise**, dos autoras de **novela romántica contemporánea**, que han unido fuerzas para crear historias que te harán suspirar, reír y enamorarte (al menos, de sus historias).

Los tropes que aparecen en esta historia son:

- **Enemies to Lovers (De enemigos a amantes)**
- **Fake Dating (Relación falsa)**
- **Forced Proximity (Convivencia forzada)**
- **Grumpy x Sunshine**
- **Slow Burn**
- **Opuestos que se atraen**
- **Romance en el trabajo**
- **Romance Viral**
- **Mascota con personalidad**
- **Ex que regresa**
- **Cargas emocionales del pasado**

Y ahora, empieza a leerla:

Cita a ciegas
Prólogo
Zoe

La aplicación me pregunta otra vez si creo en el amor a primera vista. Suspiro y miro la pantalla del móvil como si tuviera delante a alguien empeñado en tomarte por idiota. ¡Qué manía con repetir las mismas preguntas en todas las aplicaciones de citas! ¿De verdad creen que un *match* se reduce a marcar un corazoncito junto a la frase correcta? El algoritmo, ese ente todopoderoso que se supone

que conoce mis gustos mejor que yo, ha decidido que hoy me debo emparejar con un tío que posa sin camiseta junto a un coche de lujo. ¿En serio? ¡Un coche! Si al menos fuera un perro…

Tecleo sin pensármelo dos veces.

«No, no creo en el amor a primera vista. Creo en el amor a primera ironía compartida. Pero eso no lo preguntáis, ¿verdad?»

Lo dejo como descripción en mi perfil, satisfecha, y paso al siguiente. Frente a mí aparece otro tío de torso descubierto apoyado en un coche de lujo. Después, uno con gafas de sol dentro de un ascensor y luego otro con un pez enorme. ¿Qué narices les pasa a los hombres con los peces? ¿Y con los coches?

—Estás hablando sola otra vez —dice Vicky desde el sofá con sorna.

Levanto la vista y le lanzo una mirada desde la cocina.

—¿Y qué? Así al menos tengo conversaciones más interesantes que en esa aplicación.

—No sé por qué te empeñas en seguir buscando a un tío ahí. Si tanto la odias, bórratela.

—Porque necesito material. Estoy escribiendo un artículo sobre el amor moderno. O la falta de él y este horror es parte del proceso. Trabajo de campo, lo llaman —le respondo encogiéndome de hombros.

Mi mejor amiga niega con la cabeza, pero no insiste. Sabe que llevo semanas con el corazón en barbecho y el cerebro encendido. Desde lo de Hugo no he vuelto a confiar en nada que se le parezca al amor, ni siquiera he vuelto a utilizar los emojis con forma de corazón. Así que sí, estoy cínica y, sí, me estoy vengando del sistema a base de ironía.

Pero, entonces, mientras me río de un tipo que ha escrito en su bio que busca a «una mujer real, sin filtros y que sepa cocinar», como si estuviéramos en 1953, decido que ya he tenido suficiente. Así que, abro Twitter y escribo:

«Las aplicaciones de citas: donde un algoritmo decide que eres compatible con alguien que caza osos con las manos y cree que el feminismo es una secta. Qué maravilla vivir en el siglo XXI.»

Cuando acabo de teclear, pulso a *publicar* y me quedo tan ancha.

Una hora después, Vicky me enseña la pantalla de su móvil con los ojos como platos.

—¿Tú sabes quién te ha contestado al *tuit* que has publicado antes?

—¿Quién?

—Tyler Kane.

La mandíbula se me abre por completo.

—¿Tyler Kane? ¿El gurú de las *startups*? ¿El fundador de LoveSync?

—Efectivamente, la aplicación más descargada del mes.

Cojo mi móvil y en la pantalla aparecen miles de notificaciones por todas partes. Cientos de *likes*, *retuits*, respuestas y, al inicio de todo, ahí está.

«@TylerKane: «Los algoritmos no son el problema. El problema es cuando el cinismo se disfraza de inteligencia, pero gracias por el *feedback*, Zoe.»

¿Me ha respondido con mi nombre? ¿Me ha *stalkeado*? ¿En menos de una hora?

—Este tío es un cretino —suelto, indignada.

—Y sexy, ¿has visto su foto?

Vicky me enseña la imagen de perfil y veo que el tipo ese tiene el pelo ligeramente despeinado, la mandíbula mancada y también unos ojos que parecen reírse de todo el mundo y de mí la primera. Tiene la pinta de ser ese tipo de tíos que saben que son atractivos y lo usan como arma de destrucción emocional.

—Parecer ser de esos que lo saben todo y que no escuchan a nadie.

—¿Y tú qué vas a hacer? —me pregunta Vicky con una sonrisa divertida.

Me encojo de hombros. Pero no me lo pienso mucho, porque inmediatamente regreso a Twitter.

«@ZoeWrites: «Ah, claro, porque un CEO millonario que monetiza el amor, seguro que tiene la autoridad moral para hablarnos de autenticidad emocional. Gracias por tu *input*, Tyler.»

En cuestión de minutos, la conversación se hace viral. Miles de capturas, comentarios, hilos y memes, algunos a mi favor y otros no tanto, abarrotan las redes. Pero lo importante es que ha picado, aunque… yo también, a pesar de que no estoy dispuesta a reconocerlo, porque hay algo en su tono, en su arrogancia y en la manera en que no se ha cortado un pelo, que me remueve y no precisamente para bien.

—Vais a acabar liándoos. Ya verás —me dice Vicky partiéndose de risa.

—¡Antes me enamoro de un algoritmo!

Mi amiga alza las cejas.

—¿No decías que no creías en el amor?

—No creo en los algoritmos. En el amor… en fin. Lo tengo en observación.

Nos reímos, pero noto una punzada en el pecho, donde debería sentir indiferencia. En el mismo lugar donde tengo cicatrices suficientes como para no alterarme por un tipo arrogante con millones de seguidores como ese tal Tyler, que me ladra desde el otro lado de la pantalla de mi teléfono.

Miro su perfil otra vez, leo sus *tuits* y su forma de responder a la gente. Es listo, eso no se puede negar, pero también tiene ese tono paternalista de quien cree tener siempre la razón, algo que no soporto.

Resoplo, cierro la aplicación y dejo el teléfono. Me levanto a preparar un té, porque estoy convencida de que, si sigo así, voy a acabar escribiendo una novela de odio romántico en vez de un artículo.

—Menos mal que no tendré que cruzármelo nunca —le digo a mi amiga en voz alta mientras revuelvo la taza con la cucharilla.

Pero, por lo visto, el universo, ese cabrón con sentido del humor, toma nota de lo que acabo de decir.

Capítulo 1

Zoe

—Vamos, por favor, por favor, por favor… —suplica Vicky con las palmas juntas, como si estuviera invocando a algún santo para que interceda a su favor.

La miro desde el otro lado del sofá con una ceja arqueada, la taza de té entre las manos y una resistencia silenciosa que me nace del alma. Sé perfectamente lo que va a pedirme, lo huelo desde que ha entrado por la puerta de mi apartamento hace un rato con esa sonrisa torcida y ese brillo sospechoso en los ojos.

—No —respondo, sin darle margen.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir.

—Sí lo sé. Vas a pedirme que me registre en SoulSync.

—¡Solo para probarlo! —exclama como si fuera la propuesta más inocente del mundo—. ¿Qué pierdes? Además, si no te gusta, la borras y ya está.

—Esa aplicación no me gusta incluso antes de haber entrado en ella. ¿Eso cuenta?

Vicky resopla, se deja caer a mi lado y me quita la taza de las manos sin pedir permiso. Da un sorbo y se pone a juguetear con mi móvil.

—Tú misma dijiste ayer que querías probar el sistema desde dentro para escribir el artículo. Y SoulSync es la aplicación del momento.

—Lo que dije es que quería hacer una crítica realista, no apuntarme a una secta digital, donde la gente cree que puede enamorarse en base a una serie de preguntas absurdas.

—Justamente. ¿No te parece que tu artículo sería mucho más potente si lo escribieras desde la experiencia? Además, quién sabe… lo mismo el destino te tiene guardada una sorpresita —me dice moviendo las cejas de arriba abajo.

—¿Tú te estás escuchando? ¿Destino? ¿Sorpresa? Estas aplicaciones lo único que hacen es emparejarte con alguien para que echéis un polvo y luego venga el *ghosting*, el bloqueo y el clásico «no estoy preparado para una relación».

—Zoe…

—Es así. *Match*, conversación que empieza con un «hola, guapa», dos frases con faltas de ortografía, propuesta de quedar a

las dos de la mañana y, si acaso, polvo cutre en ru casa, porque tiene miedo de que vayas a la suya y descubras que todavía duerme en una litera. Fin.

—Tienes que dejar de ser tan cínica.

—Y tú tienes que dejar de ser tan optimista.

Vicky suspira y me lanza el móvil. Lo atrapo y me encuentro con la pantalla de bienvenida de SoulSync. Color pastel de fondo, logo bonito y llamativo y un mensaje luminoso que dice «Atrévete a encontrar el amor que mereces».

—Esto es cursi hasta para ti —murmuro.

—Rellena el perfil y no refunfuñes más —suelta con una sonrisa malévola.

La pantalla me pide mi nombre. Tecleo «Zoe» con desgana. Después, edad. Profesión. Género. Preferencias. Todo acompañado de frases motivacionales que rozan el empalago.

«Tu historia comienza aquí».

«Cada conexión es un universo por descubrir».

—Qué profundo todo —mascullo mientras sigo rellenando los datos—. Me estoy enamorando del formulario.

—Calla y pon una foto decente.

Me hago un *selfie* improvisado con la taza en la mano, expresión neutra y fondo mínimamente ordenado. Subo eso sin fijarme mucho en si he quedado bien o no. Me niego a mostrar más entusiasmo del necesario.

Tras eso, la aplicación me lleva propone rellenar un test de compatibilidad. Veinte preguntas. ¿Playa o montaña? ¿Vino o cerveza? ¿Dormir con calcetines sí o no? De verdad, ¿esto determina si alguien es el amor de tu vida? A lo mejor el problema no es el algoritmo, sino que el algoritmo ha decidido que vivimos todos dentro de una comedia romántica de esas que ponen en la televisión después de comer los fines de semana.

—Estoy deseando que te salga como *match* ideal un panadero que viva en Vermont y que tenga una perra ciega y que haga galletas sin gluten.

—Estoy deseando que no me salga nadie. Así podré confirmar que esto no funciona.

Vicky me ignora, mientras yo termino el test, pulso el botón a «empezar» y la aplicación comienza a buscar perfiles que coincidan con el mío.

—Esto va a ser un circo —murmuro negando con la cabeza.

—O una historia preciosa. Mira que si encuentras al amor de tu vida —me responde Vicky con ilusión.

—Entonces me cambio el nombre y huyo del país.

Me tumbo en el sofá mientras las coincidencias empiezan a aparecer en mi pantalla. En apenas unos segundos, aparecen varios perfiles, nombres, biografías… Todos tratan de sonar originales sin parecer desesperados. Hay un tal Lewis que dice que le gusta el senderismo, el sushi y el cine de autor. Otro que se llama Ben, que asegura que toca la guitarra y que ha viajado a veintiocho países. Uno más, Matt, que declara en su perfil que «busca una mujer auténtica que no le guste jugar con las personas. Uy, qué original. ¿A qué se referirá con «auténtica»? ¿A que no sea una copia barata?

Vicky me observa en silencio, mientras leo en voz alta los perfiles, adornando con comentarios sarcásticos cada descripción que me parece ridícula.

—Este dice que le encanta leer. Seguro que tiene un libro de autoayuda en la mesilla y ya se cree Bukowski.

—Zoe…

—Este otro afirma que cocina. Igual se refiere a calentar pizza en el microondas —resoplo.

—Zoeeeee…

—Este tiene una foto con su madre. ¿Eso se supone que es tierno o inquietante?

—¡Zoe!

—¿Qué?

Vicky señala la pantalla y veo que hay un perfil que no había aparecido antes. Se carga de pronto y veo una foto en blanco y

negro, con un hombre atractivo de mirada profunda, nombre: Tyler Kane.

—No. No puede ser…—susurro.

—Sí —contesta Vicky, encantada con el drama—. El universo ha escuchado lo que dijiste ayer.

Miro la foto y compruebo que, efectivamente, es él. Con esa sonrisa de «sé algo que tú no sabes», el pelo un poco más revuelto que en su perfil de Twitter y con la camisa abierta justo hasta el punto exacto para parecer casual sin dejar de insinuar.

—¿Tú crees que esto es real? —le pregunto, con los ojos fijos en la pantalla.

—Tan real como que tienes un *match* con él.

—No…

—Sí —Vicky se carcajea mientras mi pulgar, como traicionado por el resto de mi cuerpo, se mueve hacia la derecha.

Match. La pantalla vibra, se ilumina cuando aparece un corazón y suena una música suave de fondo.

—No puede ser.

—Sí, sí que puede ser —me contesta Vicky con una sonrisa de oreja a oreja.

Me dejo caer en el sofá, con el móvil sobre el pecho y miro al techo como si desde allí fuera a caerme una respuesta.

—Me voy a arrepentir de esto, Vicky.

—O lo mismo acabas casada con un millonario tecnológico.

—Y acabo escribiendo para su blog corporativo.

—Con la perra ciega de Vermont.

—Y sin gluten.

Nos reímos, pero por dentro, una parte de mí se remueve, porque sé que este *match* no es como los demás y no por él, sino por mí. Porque hace tiempo que no sentía esta mezcla de curiosidad, nervios y ganas de saber más y eso es lo que más miedo me da.

La aplicación vibra otra vez para avisarme de que tengo un mensaje nuevo, lo abro para ver de qué se trata.

Tyler Kane:

Interesante coincidencia, Zoe.

¿Seguimos permitiendo que la ciencia haga su magia

o prefieres debatirlo con argumentos?

Leo el mensaje una, dos, tres veces… No sé si me fascina su tono o me saca de quicio.

—¡Te ha escrito! —Vicky se lanza sobre mí como si acabara de marcar el gol de la victoria en una final.

—Sí. Me ha escrito…

Y aquí viene el verdadero problema: ¿qué pasa cuando tu némesis digital, tu archienemigo público, el tío que te ha dejado en ridículo en Twitter delante de medio planeta, aparece como tu alma gemela *según la ciencia*? Pues que entras en cortocircuito.

Me levanto y empiezo a dar vueltas por el salón, con el móvil en la mano. Lo miro. Resoplo. Me lo acerco al pecho como si quemara. Lo vuelvo a mirar y resoplo de nuevo.

—¿Qué le digo? ¿Que su algoritmo tiene un virus?

—Dile que tú también estás flipando y que no sabes si es una broma o una trampa del sistema.

—¿Y si lo ignoro?

—No puedes. Estás escribiendo un artículo sobre esto, ¿no? Pues esto es oro puro.

Tiene razón. Maldita sea, siempre la tiene. Así que abro la conversación y empiezo a teclear.

Zoe:
Todavía estoy procesando que el universo digital haya decidido emparejarme contigo.
Tú crees que SoulSync está intentando redimirse o es que tiene sentido del humor?

No pasan ni treinta segundos cuando recibo su respuesta.

Tyler Kane:
Lo segundo.
Aunque puede que sea una jugada maestra del destino.

Me echo a reír al leer su respuesta.

—¿Y ahora?

—Sigue. Juega. A ver hasta dónde llega esto.

Y eso hago, porque por primera vez, siento que algo dentro de mí quiere dejar de ver el amor como un campo lleno de minas y empezar a verlo como una aventura. Aunque sea una que empieza

con una pantalla, un corazón iluminado y el nombre del tipo al que más ganas tenía de bloquear.

Aunque esto sea una locura y me acabe arrepintiendo, porque me apetece descubrir qué narices pasa cuando tu enemigo se convierte en *tu alma gemela según la ciencia*.

Capítulo 2
Tyler

La pantalla de mi teléfono parpadea con un nuevo emparejamiento y, durante unos segundos, no le doy importancia. Estoy acostumbrado a ver nombres, porcentajes de afinidad, perfiles con fotos estudiadas y respuestas programadas. Es lo que ocurre cuando eres el creador de SoulSync: sabes exactamente cómo funciona el sistema y, a veces, eso hace que te resulte todo menos mágico. Pero esta vez… esta vez el nombre que veo me hace detenerme.

Zoe.

Y tengo la certeza de que ese nombre no es un Zoe cualquiera. No. El algoritmo no sólo me lanza un 100 % de compatibilidad emocional con una mujer llamada Zoe, sino que me lanza a **esa** Zoe. La del *tuit* viral. La misma que consiguió en veinticuatro horas lo que un equipo de marketing no había logrado en semanas: llamar la atención de medio mundo con una crítica feroz, irónica y, por qué no decirlo, bastante acertada, sobre las aplicaciones de citas.

Mi mandíbula se tensa. Me echo hacia atrás en la silla y clavo la mirada en su foto. Está sentada con una taza entre las manos, con un gesto neutro y con un fondo bastante simple. Sencilla, natural, sin hacer una pose imposible y sin el filtro embellecedor que todas las demás usan para que parezca que viven dentro de una revista de decoración *absolutamente divina y perfecta.*

Carraspeo, me paso una mano por la nuca y dejo que el resto de la información se acabe de cargar en la pantalla. Por lo que me dice la aplicación su perfil es compatible al cien por cien con el mío. Tenemos una afinidad emocional total. Intereses comunes. Lenguaje

corporal que encaja, patrones de comunicación alineados… Es decir, lo que en teoría sería un emparejamiento perfecto. En teoría, claro.

—No puede ser —murmuro.

En mi despacho reina el silencio. Las pantallas que me tengo frente a mí siguen mostrando datos, estadísticas y gráficos en tiempo real. Debería estar revisando actualizaciones, mejoras en el sistema, optimización del rendimiento… pero ahora mismo mi cabeza solo está en ella, en Zoe. La del mensaje sarcástico, que desató una tormenta digital. La que se burló del algoritmo como si fuera una broma sin gracia. La que me respondió como si me conociera de toda la vida y no tuviera el menor reparo en ponerme en mi sitio frente a millones de personas.

¿Y ahora me sale como alma gemela?

La ironía es tan afilada que me dan ganas de aplaudirle al destino o de gritarle. No lo tengo demasiado claro.

—Esto tiene que ser un fallo del sistema —murmuro mientras abro la consola interna de SoulSync y repaso los algoritmos.

Pero no hay ningún fallo. El código está limpio. Las respuestas coinciden y, por tanto, la compatibilidad es real. Todo encaja. Incluso sus respuestas del test de compatibilidad tienen un patrón emocional que complementa el mío y eso no lo programa nadie. Eso es pura estadística emocional, cruda, matemática y precisa.

Lanzo un largo resoplido, cierro los ojos durante un segundo y apoyo la cabeza en el respaldo de la silla. La sensación es una mezcla entre curiosidad y fastidio. Como si el universo me hubiera gastado una broma pesada y, al mismo tiempo, quisiera que le siguiera el juego.

¿Cancelo el *match*?

Sería lo lógico. Además, podría hacerlo en menos de un segundo y nadie lo sabría. Bastaría con un solo clic y volvería a la paz de los emparejamientos previsibles. Mujeres que dicen lo que creen que quiero leer, que sonríen con esa perfección ensayada, que no me cuestionan ni me provocan. Pero Zoe… Zoe me picó. Me desmontó en dos frases y lo peor es que me hizo reír en mitad de una reunión, cuando no debía.

Además, hay algo en ella que no logro sacarme de la cabeza. Una especie de energía incómoda y desafiante. Como si se moviera en un terreno emocional que no soy capaz de adivinar y eso, para alguien que ha dedicado su vida a predecir el comportamiento humano a través de datos, es casi una provocación personal.

Tecleo y abro su perfil. Miro su foto otra vez, releo sus respuestas, disfruto de su nivel de ironía incluso en los comentarios y, en ese momento, lo decido.

—Vamos a comprobar si el sistema funciona incluso en el peor de los casos —murmuro para mí mismo.

Le envío el primer mensaje. Una frase medida, con tono provocador, pero sin pasarme. Espero, no demasiado y recibo su respuesta. Ella me contesta con agilidad y de forma inteligente, directa y sin adornos.

Nuestra conversación fluye con un equilibrio perfecto entre sarcasmo y tensión. Y eso, joder, eso es raro, porque no estoy acostumbrado a tener que esforzarme y a tener que pensar bien cada palabra que escribo. Con Zoe no puedo bajar la guardia, algo que me inquieta, pero que también me engancha.

Cuando cierro la sesión y la pantalla se vuelve negro, tengo una sensación como si acabara de salir de un combate o de una primera cita que no sabes si ha ido bien o fatal.

¿Y si el sistema realmente ha acertado?

¿Y si la persona menos compatible conmigo en apariencia… es justo la que encaja en lo que no quiero admitir que necesito?

El problema es que no creo en cuentos, ni en medias naranjas. Lo he dicho mil veces en entrevistas, en conferencias e incluso en mi propio libro. El amor es una construcción mental basada en la necesidad de afecto y lo que yo pretendo hacer con LoveSync es facilitar conexiones reales desde esa base. Es decir, que esto no es ni magia, ni destino. Sin embargo, Zoe no encaja en esa lógica. Ella es una pieza de este puzzle que no debería estar en la caja y, sin embargo, encaja mejor que los demás conmigo.

Por esto, ahora estoy ante un enorme dilema.

¿Ignoro esta coincidencia y sigo con mi vida o acepto el reto?

Sigo en silencio durante un buen rato. Las luces automáticas del despacho bajan de intensidad al detectar la inactividad. Me quedo solo con el leve resplandor del monitor y pienso que, quizá, sería interesante descubrir qué ocurre cuando tu enemiga pública número uno se convierte, según la maldita ciencia… en tu otra mitad.

Quizá el algoritmo haya hecho lo imposible: encontrar a alguien que me descoloque por completo. Algo que, en lugar de molestarme, me hace sonreír.

Confirmo la cita con Zoe. No hay fanfarrias, ni fuegos artificiales. Solo un botón que pasa de gris a verde y un aviso en la pantalla de mi teléfono que dice: «Cita registrada». El sistema hace el resto. Ella recibirá el lugar, la hora. Para Zoe, con toda probabilidad esta será una cita más, pero no para mí.

Me quedo un momento en silencio, con el móvil en la mano. No porque dude, porque ya está hecho. Pero reconozco que hay algo en esta decisión que se aleja de lo que suelo hacer. Esto no forma parte del protocolo. Esto es… otra cosa. Una especie de salto al vacío con red, sí, pero un salto al fin y al cabo.

Me levanto, camino hacia la ventana de mi despacho y observo el *skyline* de Manhattan. Siempre me ha gustado la ciudad a estas horas, cuando el tráfico se convierte en un murmullo lejano y la actividad en las calles se vuelve muy diferente a la de la primera hora de la mañana. Desde aquí todo parece más pequeño y manejable, aunque hoy no tengo esa sensación de control que tanto me gusta.

No sé si estoy haciendo esto por ego o porque me lo tomo como un juego, quizás es una mezcla de ambas cosas o porque hay algo en esa mujer que me ha llegado hasta una parte que tenía bien protegida. Lo único que tengo claro es que quiero verla en persona, sin pantallas de por medio. Quiero saber si su voz suena como me la imagino cuando escribe con ese sarcasmo tan suyo. Quiero comprobar si el algoritmo ha acertado justo en lo que parecía imposible.

Vuelvo hasta mi escritorio y abro la caja de madera que tengo junto a los monitores. Dentro está la foto de mi madre, donde ella sonríe sentada en un banco de Central Park, con las manos en los bolsillos del abrigo y el pelo recogido. La dejo apoyada frente a mí y saco el papel doblado que guardo también en la misma caja.

«No todo tiene que encajar dentro de una lógica, porque hay cosas que simplemente… encajan.»

Cierro la caja y respiro hondo. No me gusta dejar que lo emocional interfiera con lo racional, pero hay días, y este es uno de ellos, en los que no se puede evitar y, quizás, tampoco deba hacer.

Cojo el móvil y reviso por última vez los datos de la cita. Todo está en orden. El sistema ha asignado un restaurante neutro, elegante y reservado. Muy en la línea de lo que me gusta a mí, no es ni demasiado pretencioso ni demasiado informal. Perfecto para observar su reacción.

El juego ha empezado y no tengo ni idea de cómo acabará.

Capítulo 3

Zoe

—No me mires así, Bowie. Tú también has tenido citas peores.

Mi gato me observa desde el respaldo del sillón, con esa expresión suya de emperador aburrido al que todo le parece mediocre. Estira una pata, bosteza con un sonido largo y después me ignora olímpicamente. Me lo tomo como un sí.

—¿Esto cuenta como una cita? —le pregunto mientras abro el cajón donde guardo el maquillaje—. Porque no tengo claro si esto es más bien un suicidio social… o un acto de periodismo valiente.

Bowie cierra sus grandes ojos color miel, como si la sola idea de discutir eso lo agotara. Yo me acerco al espejo del baño y me recojo el pelo en un moño flojo, dejándome algún rizo suelto, mientras tanteo qué versión de mí misma quiero mostrar esta noche. No demasiado seria, pero tampoco como si me hubiesen invitado a una barbacoa. Algo… equilibrado. Sexy, sí, pero sin parecer que intento parecerlo. Aunque eso siempre es lo más difícil…

Finalmente decidido ponerme el vestido negro de tirantes finos, el que me queda justo por encima de la rodilla y tiene ese escote que no enseña, pero insinúa. Me ajusto los tirantes y cojo la barra de labios. Dudo en el color, porque quizá el rojo sería demasiado y el nude, demasiado poco. Así que, al final opto por un tono entre frambuesa y vino que deja claro que no he venido a perder el tiempo.

—¿Qué opinas? —le pregunto a Bowie mientras me aplico el labial frente al espejo.

El gato abre un ojo y aprovecha para lamerse una de sus negras patas delanteras.

—Perfecto, lo sabía —respondo por él.

Vuelvo al dormitorio y escojo un abrigo largo en color camel. Simple, elegante y funcional. Me siento en el borde de la cama para ponerme los botines negros de tacón medio. Mientras me subo la cremallera, una punzada inesperada me atraviesa el pecho. Rápida, aguda y casi imperceptible y cómo una voz que se cuela sin permiso en mi cabeza.

«No es como con Hugo.»

Me congelo un segundo. No pienso en mi ex desde hace meses o quizás más. Pero ahora, justo antes de salir, aparece. Como un recuerdo incómodo al que no le he dado permiso para regresar. Hugo fue el único hombre con quien me he lanzado de verdad. El único por el que me atreví a dejar de hacer lo que era mejor para mí. Aunque acabó huyendo cuando se dio cuenta de que yo no era su musa. Solo era demasiado para él.

Sacudo la cabeza, me pongo en pie y cojo el bolso.

—Eso fue otra historia. Una que no pienso repetir —murmuro, más para mí que para él, que ya no está.

Bowie maúlla sin demasiado entusiasmo.

—Sí, sí. Ya sé lo que piensas. Que soy una romántica en rehabilitación, pero lo de esta noche es solo un experimento. Un post divertido para el blog. Nada más, te lo prometo.

El gato baja del sillón y se despereza sobre la alfombra con la lentitud de quien no se cree ni una palabra. Me río.

—Te juro que esta vez tengo el control.

Apago las luces del salón, echo un último vistazo al móvil para revisar la dirección y salgo de casa con una mezcla rara de expectativa, ironía y ese tipo de vértigo que solo aparece cuando sabes que estás a punto de cruzarte con algo que podría cambiarlo todo, aunque finjas que no te importa en absoluto.

Nada más entrar en el restaurante, algo me huele mal t no me refiero al ambiente, que, por cierto, huele a madera pulida, a vino caro y a ego masculino, sino a esa punzada instintiva que me atraviesa justo al pasar la puerta. Como si mi cuerpo, más listo que yo, ya supiera que aquí dentro va a pasar algo que me va a dar ganas de gritar, beberme la carta entera de cócteles o marcharme sin decir ni adiós.

El local está impecable. La iluminación es justo la adecuada, la decoración es elegante sin caer en lo ostentoso y los camareros se mueven en silencio como si flotaran. Todo encaja demasiado bien y eso ya me mosquea, porque algo no cuadra demasiado aquí.

—¿Tiene reserva? —me pregunta un camarero con voz suave, mirándome como si intentara adivinar mi nivel de tolerancia al gluten solo con mi peinado.

—Sí, a nombre de SoulSync.

Él asiente y me guía hacia el fondo, hasta un salón semiprivado. Cuando dobla la esquina abre una cortina oscura y señala hacia una mesa, mi estómago cae como si me hubieran soltado desde lo alto del Empire State, porque allí veo a Tyler Kane sentado con una copa de vino entre los dedos y esa expresión de tiburón elegante que me saca de quicio con solo verla.

Me detengo en seco y no doy ni un paso más. Él alza una ceja y sonríe como si la situación le divirtiera, como si estuviera esperando exactamente esta reacción por mi parte.

—Vaya. Esa no es la típica reacción de quien se encuentra con su alma gemela —dice, con voz baja y segura.

—¿Tú? —pregunto con los ojos entrecerrados—. ¿Eres tú?

—En persona, sí. Siento la decepción.

Me cruzo de brazos y me quedo plantada. No pienso sentarme. Ni ahora, ni después, ni aunque me paguen con entradas

vitalicias al MoMA. Es Tyler Kane. El CEO de SoulSync. Pero… ¿qué hago aquí? ¿Cómo puedo haber aceptado tener esta cita con él? ¿En qué estaba pensando? Parezco tonta, de verdad… Menda pérdida de tiempo. Joder, este tío es el imbécil que me respondió en Twitter con esa superioridad que dan ganas de arrancarle la corbata y atarle con ella al ego.

—¿Estás disfrutando de esto? —le espeto.

—Un poco, la verdad... Tenía curiosidad por ver si el algoritmo tenía razón.

—No sé qué hago aquí…

—Tú sabías que teníamos una cita. Yo me lo he tomado con curiosidad, pero tú...

—Yo, ¿qué?

—Nada… Simplemente lo que nos diferencia es el enfoque que cada uno le hemos dado a esta cita.

—La diferencia está en que tú eres un capullo.

Se ríe. El muy idiota se ríe.

—Me encanta tu honestidad. Hace falta más gente así en el mundo. ¿Vas a sentarte o prefieres continuar insultándome desde la distancia?

Le lanzo una mirada de esas que en mi cabeza provocan incendios.

—¿Sabes qué? Me voy.

Doy media vuelta, pero me detengo, porque justo cuando voy a marcharme, algo en su voz me frena.

—¿Eso es todo? ¿Una crítica sarcástica y una retirada dramática? Esperaba más de ti, Zoe.

Vuelvo sobre mis pasos lentamente. Me planto delante de él, con el corazón latiendo como si hubiese venido corriendo desde mi apartamento hasta aquí, aunque por fuera me esfuerzo por mantener la compostura.

—¿Y tú esperabas qué? ¿Que me sentara encantada de conocerte? ¿Que brindara contigo por haberme traído hasta aquí como si esto fuera un experimento con conejillos de Índias?

—Esperaba que me dijeras a la cara todo lo que pensaste cuando viste mi nombre. Y sí, por qué negarlo… también esperaba

verte enfadada. Te sienta bien.

Me río de forma tan seca que casi me atraganto.

—Tú necesitas terapia, pero de las intensas. Con electroshocks incluidos, si puede ser.

Y aun así, ahí sigo de pie frente a él y sin moverme. Porque lo odio, lo juro. LO ODIO. Pero…joder, también me fascina, aunque me saca de quicio, me pone a prueba, pero… también me hace sentir que estoy viva y eso me cabrea mucho.

—Estás preciosa esta noche —añade, como si soltara la frase sin más, sin pretensiones.

—Eres un imbécil.

—Eso ya lo has dicho antes.

Nos quedamos callados. Solo un segundo, pero durante ese segundo sucede algo. No sé si es su mirada o cómo inclina la cabeza para mirarme, pero noto una descarga tonta, como si mis nervios se hubiesen confundido y no supieran si pelear o rendirse. Doy un paso atrás.

—Gracias por nada.

—Gracias a ti por venir.

Me doy la vuelta y salgo de allí como si el suelo me ardiera bajo los pies. Ni me despido. Ni miro atrás. Pero dentro… dentro de mí siento como si estuviera en llamas y no tengo ni idea donde hay un extintor con suficiente potencia como para apagar el incendio que me hace arder por los cuatro costados. Aunque… ¿realmente quiero apagar este fuego?

Continúa leyendo esta historia aquí.